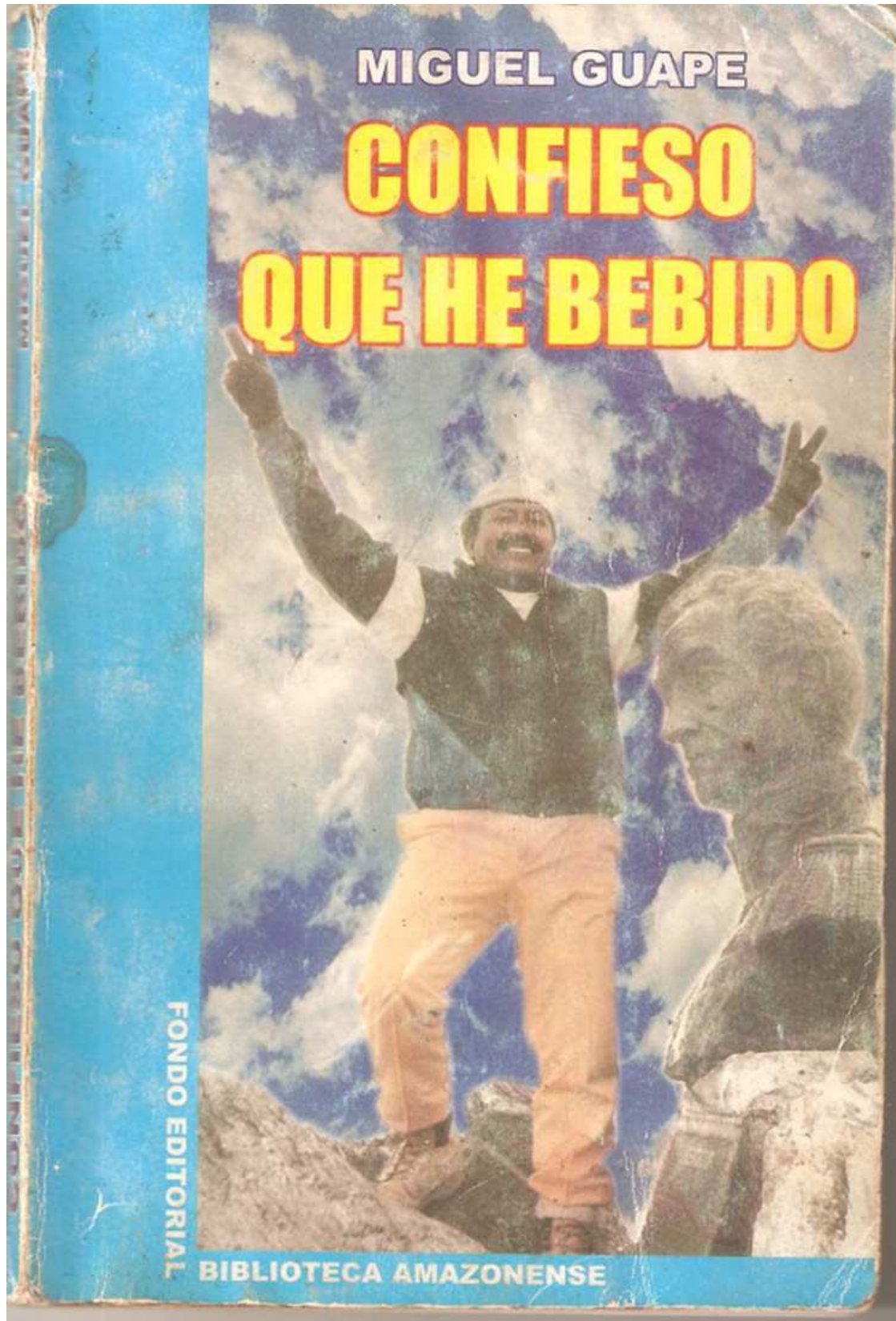




Mérida 1.991 - Pico Humboldt - Con Carlos Reyes  
y El Torito.





MIGUEL GUAPE

# CONFIESO QUE HE BEBIDO

FONDO EDITORIAL

BIBLIOTECA AMAZONENSE

Cuento

a

cuento

cuento

que

el

Raul Vallejo.

cuento

Escritor Ecuatoriano.

es

cuento.

cuento

no es

cuento

el

que

cuento

Yo.

cuento

a

Cuento

Nuestros pensamientos nos pertenecen pero no el resultado.

HAMLET.

O sea

Una cosa piensa el burro y otra quien lo va a manejar.

Dicho Popular.

“De mi parte he hecho lo que he podido, no habiendo podido lo que he deseado. Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerzas, ni la habilidad de un indio nacidos entre indios, criado entre armas y caballos no puede llegar hasta allá”.

El Inca Gracilazo de la Vega.

Comentarios Reales.

Somos pariente y qué

Hacemo las cosas al revé.

Yuri yuri.

Mavajate.

Yacame.

Yavinape.

y

Guape.

## PROLOGO

Emerger de las catacumbas de la pobreza en una orilla del Orinoco, pasar por la UCV y LUZ de Maracaibo para luego situarse en Dijon, Francia con un Master en Economía, hace ver una estela de grandes privaciones y a la vez una condición innata para la aventura y deseo de superación.

El Autor de las memorias que ahora tiene en sus manos amigo lector, amiga lectora, conoce como muy pocos a su Estado natal, el Amazonas; ha incursionado por todas las regiones de nuestra amada Venezuela y anduvo quijoteando por la vieja Europa durante casi un lustro. México, Perú, Ecuador, Brasil, Cuba, Colombia, Estados Unidos, son Países donde el Ingeniero Guape bebió poesía y, sobre todo, mucho aguardiente.

¿El Hemingway amazonense? ¿Un pirata sin barco de la Amazonía? Las dos preguntas arrojan una sola verdad: un hombre de perfil andariego, amante de la bohemia y sin un ápice de obsesión por acumular dinero. La plata que llegó a su bolsillo la invirtió en peregrinajes alrededor del mundo, libros y parrandas.

Tuvo Miguel la afición de coleccionar fotografías. Detalle recurrente que recrea y prueba los hechos hilvanados en éste recuento existencial. La narración del recorderis aquí expuesto, no lleva una secuencia. Se presenta salteada, por no decir desordenada, como la misma vida del autor.

Se nace una vez y se muere una vez. Alguna tarde hay que morir. Cabe aquí la analogía entre el buey y el toro de lidia. El primero vive largo tiempo, con cansancio, humillado, arrastrando siempre más peso bajo el sol. El segundo pasa por el mundo fugazmente con buen cuidado y bien alimentado. Ambos morirán sobre la arena de una tarde cualquiera, campestre o citadina. Es parte de la filosofía existencialista cultivada por “El Pariente Guape” desde décadas atrás.

Presentamos las siguientes páginas, cumpliendo más que el deseo, un mandato del sempiterno amigo con mucho respeto y admiración.

Los sucesos traen de todo: humor, tragedia, nostalgia... pero vislumbraran amables lectores, el profundo desprendimiento del autor (anacoreta del siglo XXI) y su inmenso amor por la tierra amazonense. Sin duda alguna, una historia bien contada de nuestro primer y (hasta ahora) único Amazonense Universal.

“No hay historia de piratas que tenga un final feliz...”

Antonio Conde. – Isla de los Enratonados. – Junio 2.004

## PROEMIO

### A MANERA DE PRIMER TRAGO PROLO(N)GADO.

Estimado lector: el libro que tienes en tus manos es obra de las vivencias de un amazonense que se propuso recorrer el mundo, de bebérselo sorbo a sorbo y gota a gota. “Confieso que he bebido”, título prestado a ese gran poeta universal, Pablo Neruda, no es una paradoja en la vida de Miguel Guape, sino una gran verdad.

Miguel, como todo amazonense es un gran bebedor, jodedor, dicharachero, mujeriego, parrandero y escritor.

Sí, escritor, porque después de deleitarnos con sus crónicas en “El Camajayero y otros viajes imaginarios” (1.996), ahora se nos presenta con la segunda autobiografía escrita por un amazonense (la primera fué escrita por Marcelino Bueno (1.882) aunque no se sepa en qué anaquel de biblioteca alguna se encuentre).

En “Confieso que he bebido”, usted se topará con un libro lleno de vida, se encontrará con el dolor, el amor, la embriaguez, la muerte, el desespero, el hambre, la miseria, el poder, la gloria y el autoconocimiento de un hombre que sólo quiso servirle a la tierra que lo vio nacer.

A través de sus páginas, usted reirá y gozará: pero también llorará y se sentirá más humano, al adentrarse en el complejo mundo y vida que le costó vivir a nuestro quiijote luchando contra la adversidad de un mundo lleno de desilusiones.

Escribir, dice Tomás Eloy Martínez, tiene que ver con el azar, con la felicidad y con el sufrimiento, pero sobre todo con el deseo. Y es que el azar tomó a Miguel Guape y lo envió a Europa a continuar sus estudios de cuarto nivel; allí lo atrapó la felicidad; luego vino el deseo de contar todo lo que había vivido y bebido. Desde su infancia, adolescencia, juventud y senectud.

Vaya pues, estimado lector, de la mano del primer Ingeniero Civil nacido en las entrañas del amazonas venezolano, a recorrer el mundo de los sueños, de las ocurrencias, de las ilusiones y las desilusiones.

Dejemos que en las próximas páginas sea el autor quien les cuente lo que ha hecho con su vida, acompañémosle por ese camino fantástico y excitante de la literatura y del arte de escribir, porque como dice Tomás Polanco Alcántara “es evidente que el escritor nace escritor, siente la necesidad de escribir y escribe. No hay por tanto una profesión de escritor. Escribir no es un oficio que se aprende y se ejerce, sino una manera de ser y de existir”.

Lic. José Ventura, Puerto Ayacucho, Bar “Mi Madrecita”, abril del 2.004

El macho Homo Sapiens se levanta en la madrugada a mear por tercera vez esa noche, pues sufre desde hace bastante tiempo de cistitis aguda. En el patio de su choza hace su necesidad fisiológica, mientras observa una luna llena del mes de junio. Entra de nuevo en su rancho de palma de moriche el techo y las paredes, de tierra el piso, donde roncan sus dos hijos y su hembra en chinchorros separados por mosquiteros. Duermen todos en el rancho de una habitación que sirve para todo: dormitorio, cocina y sala. Se detiene un momento indeciso entre acostarse en su chinchorro o singarse a la hembra y opta por lo segundo. Entra al mosquitero, la despierta y, sin casi caricias preliminares, la posee. Ambos andan por los 35 años, pero aparentan más, debido a la pobreza y sus secuelas: desnutrición generacional, penurias ancestrales, falta de asistencia médica y los infaltables parásitos en los campesinos e indígenas venezolanos. Realizado el acto sexual, ambos se duermen casi al instante.

Comienza mi primera lucha: el espermatozoide Miguel Ángel Gutiérrez - aún no es Guape - avanza decididamente hacia el óvulo, lo penetra, logra entrar y se realiza el milagro de la vida: la procreación. Los otros millones de espermatozoides han perecido en un esfuerzo supremo, porque sólo uno puede concebir. Los otros deben morir. Esa es la ley de la vida. Unos mueren para que otros vivan y siempre sobrevive el más apto. ¿Seguro? Y si hubiese engendrado otro espermatozoide... ¿sería yo mismo? Ciertamente habrían menos aptos pero... ¿no habrían otros superiores a mí? ¿Es la vida, aun en sus comienzos, una selección o un azar? Buenas preguntas que aun esperan respuestas. De lo que sí estamos seguros es que la lucha por la vida comienza desde muy temprano. Esta lucha, como cualquier otra, deja sus dividendos si se sale victorioso, pero también deja el cansancio.

Vine al mundo un Domingo de Ramos, 25 de Marzo de 1.945 marcado por el comienzo de la Era Atómica. Dentro de poco caerá Armagedón desde el Enola Gay sobre Hiroshima y Nagasaki. Está finalizando una guerra entre millones de espermatozoides adultos y como siempre triunfa el más fuerte y sobrevive el más apto.

Aquí ocurrió mi primer nacimiento.

Tengo que librar una segunda lucha -esta vez contra la muerte- que todavía me recuerdo. Al nacer sin asistencia médica, tengo que luchar por sobrevivir como sea. A la semana de nacido me bato a espada samurai contra el sarampión. Mi mamá también contrae la enfermedad y tiene que amamantarme Doña Cleotilde Santander, mamá del primo José, nacido casi al mismo tiempo. Lucho con el desespero del que desea vivir. Me resisto tercamente a morir y no muero: ¡Sobreviví!

Aquí ocurrió mi segundo nacimiento.

Otros hermanos espermatozoides no tienen la misma -¿suerte?-. Antes de mí había dos sobrevivientes y uno muerto al nacer. Después sobrevivió uno. Cuatro murieron al nacer. Yo los ví morir, aunque no tenía claro el concepto de la muerte. Morían llorando. De Mueso, decían en el campo. A los 5 ó 6 días de nacidos morían llorando: era la enfermedad de los pobres y desasistidos de la tierra: la gangrena que entraba por el ombligo infectado. Otros dos hermanos murieron ya grandes, aunque niños todavía, más tarde, junto con mamá en una tragedia de un 31 de Diciembre.

Total que de 11 hermanos espermatozoides engendrados y nacidos, solamente 4 sobrevivimos: los más aptos, los mejores dotados para la vida.

El primer recuerdo de toman conciencia como persona, como ser humano que se da cuenta que existe y del ego aflorado al mundo, es una imagen idílica que perdurará en mí hasta que yo desaparezca. Navegábamos toda la familia en un bongo, remontando por el río Orinoco al atardecer y arrimamos a una gran playa a pernoctar. En la noche hicimos el campamento y mamá prendió una fogata para cocinar. Era una gran llama que iluminaba la playa y el río. El viento avivaba la llama y la tremolaba. Estaba desnudo y el resplandor cambiante del fuego se reflejaba en mi cuerpo moreno y mi imagen se proyectaba sobre la playa como telón de fondo

horizontal, formando caprichosas figuras humanas móviles con mi sombra, como fantasmas burlescos. Corría por la playa, desnudo, tratando de despegarme de mi sombra y era libre y feliz. Esa imagen de la playa, el agua y el fuego pegado a mi cuerpo desnudo, corriendo y tratando de huir de mi sombra, ha perdurado como el significado de mi ser, de mí existir y de mi libertad.

Yo corría desnudo tras de una Carolyn desnuda. Ambos reíamos y éramos felices. Era libre porque estaba desnudo en una playa. Además, estaba presente el amor. Por fin le dí alcance y nos tumbamos en la arena a la orilla de la playa del mar Egeo. Hicimos el amor. Cuando planeábamos en Londres visitar a Grecia en el verano, nos informamos bien con los amigos ingleses que ya habían ido. Nos explicaron todo, menos que en las islas la gente se bañaba desnuda. A lo mejor para ellos era algo de lo más natural del mundo y por lo tanto sin importancia. Arribamos a Atenas en vuelo directo desde Londres. Luego de visitar los lugares clásicos de la ciudad, tomamos un barco en el puerto de El Pireo, como nos habían recomendado y arribamos a la isla de IOS, después de 24 horas de viaje, previa pernocta en Manganari. Las primeras personas que vimos estaban desnudas. Pensé que eran unos locos. Caminamos por la playa un largo trayecto y nos instalamos en una gruta de piedra, en un acantilado a la orilla del mar. Fue nuestro nido por una semana. Buena vista, un mar hermoso a los pies y toda una playa para nosotros. Emulaba a mi héroe favorito de todos los tiempos: Zorba El Griego. Había en los alrededores otras parejas y familias completas y completamente desnudas. Estábamos fuera de lugar y tuvimos que desnudarnos para poder convivir con los demás. Al primer día uno no se acostumbraba. Al segundo y siguiente fué como si uno hubiese vivido toda la vida desnudo. Lo más natural del mundo.



Grecia 1.978  
Con  
Carolyn





Grecia 1.978  
Con  
Carolyn



Mi padre era el guía de toda la familia. Era analfabeta al igual que mamá que apenas hablaba el castellano. Era Baré pura. Él siempre tuvo el sentido de lo que es más importante en la vida. Por eso siempre tomó la decisión correcta. Donde nació no había escuela. Tuvo que buscarla porque quería que sus hijos estudiaran. Sus hermanos (mis

tíos) también tenían hijos y papá los animó a emigrar en busca de escuelas. Mis tíos se fueron hacia Ciudad Bolívar y mi papá agarró con su prole hacia Puerto Ayacucho. Esa era la emigración que venía en el bongo. Era una familia extendida: dos tíos jóvenes y solteros hermanos de mi mamá, mi abuela materna, dos hermanos, papá, mamá y yo.



Victor Manuel.



Mi Papá, Adrián, Pedro, Yo, Isabel y Victor.

Año 1.952 - En Puerto Ayacucho - Actualmente es la  
Licorería de Rama.  
No tenía idea que me estaban tomando fotos

Sin embargo no pudimos llegar a Puerto Ayacucho. Carecíamos de dinero y de recursos para vivir en la ciudad. Papá decidió que viviríamos en el campo y ahí nos instalamos la familia toda. Construyó un rancho y cada tío el suyo. Éramos vecinos con una vida comunitaria donde todo se compartía. Papá era el jefe. Se dedicaba sobre todo a la agricultura y cría de cochinos y mis tíos eran sobre todo pescadores y cazadores. El sitio se llamaba “El Manguito” porque había dos enormes matas de mango. En este sitio mis primeros recuerdos son de una toma gradual de conciencia de mí ser. La naturaleza exuberante y todo lo demás que me rodeaba, tenían un significado que interpretaba de acuerdo a mis primeros conocimientos y emociones, casi todos emanados del gran amor hacia mis padres. Papá era mi héroe favorito y

mamá mi heroína. Mis tíos eran gigantescos personajes, con poderes sobrenaturales y poseedores de toda la vitalidad y energía que sólo un demiurgo podía tener. Nuestro rancho era como un palacio, donde era el más feliz de los niños. Era de palma el techo y las paredes. El piso de tierra. Medía quizás 7 X 4 mts. y servía de comedor, dormitorio y sala. La cocina era un pequeño recinto anexo. La construcción era igual a la casa principal. De noche nos alumbrábamos con lámparas de kerosén. Mi padre trabajaba el conuco que era la base de nuestra fuente de alimentos y también de ingresos. Nuestro conuco era 3 ó 4 hectáreas cultivadas en forma rudimentaria y por lo tanto daba muy pocos resultados en la época de las cosechas. Digamos que producía el equivalente a \$ 100 al año. Éramos pobres para no decir miserables, pero yo no lo sabía. Vivía el mundo maravilloso de la infancia campesina, donde todos los días tenía una aventura nueva.



El Manguito 1.982  
35 años despues



Mis hermanos mayores estaban en Puerto Ayacucho estudiando, como a 50 Kms. de nuestro sitio, trayecto que se recorría en tres días en curiara, jalando canaleta, remontando el Orinoco. No los conocía ni los recordaba.

Una noche estaba con mi mamá acostado en el chinchorro y a la luz de la lámpara veía las hileras que formaban las pencas de moriche en el techo. Hablábamos. Papá no estaba en casa. Ella me dijo que yo tenía hermanos y estaban estudiando. Yo le pregunté que cuándo venían y ella me dijo que dentro de un año. Le pregunté que cuánto era un año y ella me contestó que no lo sabía. Le pregunté que si era como las hileras de moriches del techo y ella me dijo que sí. Traté de imaginar algo parecido a los números, pero no lograba comprender.

-- “Señores y no digo señoras porque no hay, salvo una honrosa excepción, soy el profesor Antonio Álamo. Mi materia se llama Mecánica Racional y es una materia muy bonita para el que logre comprenderla. Es una mezcla de matemática y física y sus conceptos lindan en lo filosófico. Es el último escollo antes de entrar en las materias de la verdadera Ingeniería. Como ustedes saben, aquí tenemos y exigimos un nivel académico alto. Pedimos excelencia a nuestros alumnos. Esfuércense y les aseguro que el éxito lo tendrán asegurado. Para pasar esta materia, como todas las de Ingeniería, hay que lindar en lo genial”. Mi amigo Hermes Barrero y yo nos volteamos a ver y nos picamos el ojo y en una sonrisa cómplice nos comprendimos. Ya habíamos oído antes ese discurso con otros profesores en años anteriores y no era cuestión de dejarse amilanar ya a mitad de la carrera. Habíamos sufrido bastante pero estábamos decididos a graduarnos de Ingeniero en esta Universidad Central de Venezuela. Lo peor ya había pasado.

Llegaron mis hermanos de vacaciones y por fin los conocía. La primera impresión que me dieron es que les gustaban mucho los mangos los cuales estaba harto y cansado de comer. Aportaron hechos innovadores y por sus costumbres deduje que había otro mundo más allá del horizonte mío. Primero trajeron libros y con ellos se podía conversar, cosa completamente nueva para mí. Se amarraban las cobijas a los puños y entablaban verdaderos combates de boxeo. Cortaban varas y combatían como espadachines, portando antifaces y pistolas de madera. En verdad estos juegos no me llamaba mucho la atención, pues no conocía el cine, los combates de boxeo, ni otras cosas de la vida de la ciudad porque nunca había estado allí. Era un espectador. Hubo una invención que sí me gustó

bastante: el avión que hizo el hermano mayor. Lo hizo de maguey, con sus alas y hélice giratoria en la nariz. El avión giraba sobre una base móvil en busca del viento. Lo colocó en lo más alto de la mata de cañafístola que estaba al lado de la piedra. Este aparato, milagro de la física y del ingenio del hermano me interesó muchísimo. Dormí soñando con él y a la mañana siguiente, cuando se fueron al conuco me quedé solo con mamá, subí a la mata, desmonté el aparato, lo examiné y construí otro igual. Cuando mis hermanos y mi papá regresaron del conuco, había dos aviones que giraban.

Desde el avión de VIASA vemos un nuevo amanecer del viejo mundo: Europa. Vamos por tí, a tu conquista. Somos 150 profesionales Universitarios Venezolanos becados por el programa de becas Gran Mariscal de Ayacucho. Trato de resumir los últimos acontecimientos. Hoy, o ayer por el cambio de horario, me levanté todavía rascado de la despedida. Justo a tiempo para arreglarme y arreglar los últimos detalles del viaje. Nos concentramos en la Plaza Venezuela para ser transportados al Aeropuerto de Maiquetía. Encuentro a mis hermanos que me van a despedir. No siento tristeza ni nostalgia. Todo lo contrario, siento un optimismo desbordante y una confianza plena en mí mismo y en el futuro. A las 7 de la tarde es la despedida con mi esposa y mi hijo Miguelito en el Aeropuerto. El pequeño juega inocentemente e indiferente. Embarco en el avión junto a mis compañeros de aventura en busca de un nuevo futuro. ¡A la conquista de Europa! El mundo de mi país ya se me estaba haciendo muy pequeño y fastidioso. Los hombres como yo no tienen límites ni limitaciones y además tenemos un defecto: demasiada confianza en uno mismo, defecto que nos ha llevado a transitar primero por el interior de nuestra casa que es la patria. Ahora por el patio que es el mundo entero. ¿Transitaré por la ciudad donde está mi casa, que es nuestra Galaxia? Imposible, pero lo hubiese hecho, si hubiese nacido en esa época futura. Nuestro destino es Francia, país que escogí para estudiar. Me pusieron a escoger entre Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, España o Francia. Escogí Francia, porque yo también soy Francés.

En mi medio natural no tenía ni necesitaba juguetes. Tampoco los conocía. Pero eso no significaba que no me divertía. Todo lo contrario y hacía

buen uso de mi eterna y gran libertad que disfrutaba. Mis padres se iban para el conuco y nos dejaban solos a mí y a mi hermanita menor. Inventábamos juegos, a veces peligrosos.



Pedro, Adrián y Yo.  
Caracas - Enero 1.976 - Rumbo a Europa.



22 Años Despues.

Me montaba en lo más alto de los copos de mango a comerlos. Allí permanecía oliendo el horizonte y llenándome de la brisa de la sabana. Pensando quizás.

Alrededor de la casa había muchas matas de guayabas, mareyes y guanábanas. También había lechosas y riñones. Mi tarea era comérmelos, sin pensar en obligaciones y sin

saber que en el mundo existían preocupaciones. Había un caño cerca. Allí iba muy seguido a pescar y a bañarme. Había un babo al cual yo molestaba. Casi era mi amigo, pero no había confianza mutua. Un día nos comió un cochinito. Hasta ahí llegó su existencia. Mi papá lo cazó y nos lo comimos. La estación de invierno era una época esperada. Los ríos se desbordaban, el Orinoco se salía de su cauce y llegaba cerca de nuestra casa. Había abundancia de peces, me pasaba el día pescando y bañándome, observando las bandadas de aves multicolores y oyendo sus cantos. Estos eran mis juegos de niño, no como los otros niños de la ciudad, pero por otro lado llevaba una vida al aire libre, en paz y armonía con la naturaleza y observándola desde la más temprana edad. Por eso, hasta después de viejo, siempre me han gustado los juguetes de los niños. Si los compro para los hijos, primero los disfruto yo.

Así viví hasta la edad de 6 años más o menos. A medida que crecía se iban presentando en mí otros sentimientos y necesidades. Como a todo niño, me gustaba participar en lo que hacían los mayores. Había una dualidad de sentimientos: si mamá se quedaba en casa, no sabía si quedarme con ella o irme con papá a trabajar al conuco. A veces decía que iba con papá y antes de irme decidía quedarme con mamá. No sabía qué hacer ante este conflicto interno. Una vez papá iba a ir a Puerto Ayacucho y le dije que me llevara. Él aceptó pero cuando mamá comenzó a hacer mi maleta, se puso a llorar porque me iba. Decidí quedarme, pero con un cierto pesar, pues había perdido la ocasión de conocer la gran ciudad de la cual tenía noticias a través de mis hermanos.

Por fin conocí Paris, la Ciudad Luz. Era como me la imaginaba, como me la habían descrito, como me la habían pintado. Me sumerjo en sus calles a emborracharme de luz, color y arquitectura. Deambulo de un lado a otro en la Búsqueda del Tiempo Perdido con Marcel Proust. En el Barrio Latino me emborracho junto con la Generación Perdida de Gertrude Stein y Ernest Hemingway. En Pigalle tenemos una gresca con unos árabes (tercermundistas teníamos que ser) y de nuestro lado teníamos a Rufino Blanco Fombona y a Alfredo Arvelo Larriva, siempre dispuestos al lance. Ilich Ramírez Sánchez (Carlos, El Chacal) mi condiscípulo del Liceo Fermín Toro y compañero del equipo de natación

del mismo liceo, no sabe cuál partido tomar. Él es internacional y no tiene nacionalidad. Es venezolano y árabe también. El modernista Rubén Darío sale corriendo.

No todo es bohemia y el tiempo no alcanza. Solamente para conocer el museo de Louvre se necesitaría una semana. Me emborracho también de amor: Marina es mi guía y me acompaña a todas partes. Juntos somos como los dos mosqueteros: yo para ella y ella para mí. Cada día tenemos una nueva aventura en estas Misteriosas Calles de Paris con Eugene Sue. La corte de los milagros con Víctor Hugo la componen mis otros compañeros venezolanos ruidosos, dicharacheros y alegres. Así quería vivir: sin inhibiciones ni obligaciones. Soy otro. No el tipo taciturno y acomplejado que llevaba por dentro. Ahora soy abierto y franco. Franco porque ahora también soy Francés. Donde fuéreis lo que viéreis hiciéreis. Era feliz y lo sabía.

A esta edad participaba con papá en las tareas del campo. Mientras él trabajaba en el conuco yo pescaba para el sancocho en el río cercano, de tal manera que cuando él terminaba una media tarea (al mediodía), encontraba la comida ya hecha y comíamos los dos en plena comunidad de armonía de alma y de espíritu. Me sentía importante al contribuir. Me sentía grande cuando mi papá me alababa. Luego íbamos a trabajar la otra media tarea de la tarde en la cual participaba con mis instrumentos de labranza que papá había hecho de acuerdo a mi proporción y talla: un machete y un garabato. A la entrada de la noche llegábamos a casa a comer de nuevo y a dormir.

Una vez a la semana papá iba de cacería o de pesca. Yo iba muchas veces. Con él aprendí las técnicas de pescar y cazar más refinadas y también a aguantar hambre sin quejarse. El río era pródigo en peces. Llevábamos la cantidad que podíamos a casa, salábamos y regalábamos a los tíos. Ellos hacían lo mismo y esta especie de vida comunitaria funcionaba de acuerdo a la reciprocidad. En los tiempos de tala, cosecha o construcción de la casa, funcionaba el trabajo comunitario. Del producto de las cosechas mi padre dejaba una porción para la casa y el resto era la venta en Puerto Ayacucho. Criaba cochinos también y con todos estos productos se iba al mercado a venderlos para adquirir lo estrictamente necesario. Nunca alcanzaban los

reales y siempre quedábamos empeñados para la próxima temporada. En una de estas idas fuí por primera vez a la capital, Puerto Ayacucho. Aunque era una pequeña aldea, para mí era algo incomparable. Todo era nuevo: carros, bicicletas, rockolas, edificios, gente diferente, iglesias, comercios. Era un mundo irreal, inalcanzable. Algo me dijo dentro de mí que yo vivía en un mundo muy pequeño y limitado. Que éste era más grande, pero no tenía idea de cuánto.

Cuando el avión, de regreso, sobrevolaba la ciudad más grande del mundo pensé que 15 días era muy poco tiempo para conocerla. Había hecho tan sólo un vuelo rasante. Para conocerla bien hay que vivir en ella. Es la única forma de conocer las grandes ciudades. Además de esos 15 días hay que descontar los días de parrandas donde no se conoce nada ni a nadie y se desconoce a todo el mundo. Porque los mejicanos son más parranderos que los venezolanos y más peligrosos y violentos que los colombianos. Casi nos matan, si no es por mi mediación ética y diplomática. Suerte que el Alcalde de Taxco también había estudiado en Francia y al final de todo hasta nos mandó a llevar y escoltar a nuestro hotel con los mismos que nos querían matar: eran sus escoltas. Mi amigo Don Viloría ni se daba cuenta, ni se enteró, de la pea que tenía, a pesar de que fue él quien comenzó el pleito. De todos modos él siempre ha jugado con la muerte y hasta ahora la ha sabido burlar. Fuí a Ciudad de México a visitar y a parrandear con mi amigo de mis tiempos de estudiante de la UCV. Ya era mexicano. Nos veníamos juntos luego de los peos de la UCV. Se quedó esperándome en el aeropuerto. Luego nos vimos en Italia y Francia. Me fué a buscar para pelear en Nicaragua con el recién creado Frente Sandinista de Liberación Nacional. Tomando los mejores vinos del mundo tuvimos nuestra pelea filosófica. Él seguía siendo revolucionario. En cambio yo era un pequeño burgués de mierda, clase social que tanto odiábamos en nuestros tiempos de estudiante de Ingeniería. Me dijo que era decepcionante mi cobardía. Le respondí que por primera y quizás vez única era feliz y no pensaba cambiar mi estado por una pelea sin futuro. No ganarían y ya ese experimento había fracasado en otros países. Se fué arrechísimo a pelear y peleó. Ahora nos reencontrábamos en México. La revolución Sandinista ya había triunfado. Yo estaba equivocado. Él tuvo que huir de Nicaragua antes que triunfara, pues los hermanos Ortega lo iban a matar. Ya habían matado al mentor de Don, el verdadero jefe y ductor de la revolución. Veredes cosas Sancho veredes. También fuí a visitar a María Elena Puebla, mexicana amiga de

Don y su señora. Nos habíamos visto en Europa. Ella había venido a Venezuela a visitarme. Era pues obligante que visitara a tan hermosa mujer y a su hermosa Patria. Vivimos una semana juntos. Para mí fueron años.



Mexico 1.981 - Plaza Garibaldi  
Don Viloría y Familia.



Castillo de Chapultepec

...Y sigo siendo El Rey

Mexico 1.981

Teotihuacan



Xochimilco



Berna.

Suiza 1.977

Con Don



Lucerna.

Después de esta ida a Puerto Ayacucho papá decidió ser empresario. Montó una fábrica de papelón. Nos mudamos al lado del conuco donde estaba el cañaveral. Papá había decidido no enviarme a la escuela en Puerto Ayacucho a la edad de 7

años como había hecho con mis hermanos. Postergó la entrada para cuando cumpliera los 9 años. Según él, cuando uno entra muy pequeño al internado “se sutea”, o sea le pega mucho el cambio de ambiente. Estuve muy feliz por su decisión, pues nunca quería separarme, primero de ellos y luego de mi mundo particular que era el campo y los alrededores de donde vivía. Para fundar tal empresa compró (¿fió?) dos pailas, dos juntas de buey y un trapiche, para procesar la caña y hacer el papelón.

Construyó una carreta completamente de madera tirada por los bueyes. Ahí hicimos la mudanza y serviría para sacar el producto por caminos vecinales hacia la vecina Puerto Carreño, en Colombia. La carreta era toda una obra de Ingeniería Mecánica. Labró en madera ruedas, ejes y tablero. El lubricante era el sebo de ganado para aminorar el roce entre las partes de madera y evitar el consiguiente incendio. Yo viajaba montado en mi carreta con la emoción del niño ante un juguete caro.

Subía las carreteras de los Alpes Suizos, no con un bólido (preferiblemente un PORSCHE deportivo), como siempre había soñado y había visto en las películas. Subía en mi RENAULT 6 (el carro de las viejas, lo llaman en Francia). Pero subía e iba feliz y contento. Cuando estudiaba en la Universidad del Zulia, en Maracaibo, frecuentaba un bar que se llamaba el Chalet Suizo. Estaba decorado con afiches de los Alpes Suizos. También habían decorando las paredes equipos de escaladas: piolets, arneses, crampones y cuerdas. Soñaba. Y mis rascas en ese bar eran suizas: tranquilas y calmadas como sus paisajes. Me juraba a mí mismo que algún día iría allí y aquí estaba ahora: eran palabras de borracho. Tenía un mes en Francia aprendiendo el idioma y viviendo a mi manera. Ahora cumplía unos de mis sueños. Aunque a medias, pues faltaba el carro deportivo.

Papá contrató obreros para la siembra y recolecta de la caña de azúcar. Construyó un horno con una chimenea, todo de madera, piedra y arcilla. Toda una obra de ingeniería que todavía recuerdo con admiración. ¿Dónde aprendería papá esas cosas? Tenía inventiva y sabía utilizar los materiales del medio. Como empresario papá les

aseguraba la comida y Bs. 1.50 al día. Era muy poco dinero, pero en esos tiempos por allá no había gran cosa que hacer ni mucho futuro para esas pobres gentes. Llegado el momento del corte y procesamiento de la caña papá comenzó a producir el papelón. Todo esto era una novedad para mí. Yo hacía lo mismo que antes: trabajaba cuando quería, iba de pesca al río cercano y sobre todo exploraba la floresta que era más grande que la de “El Manguito”. Yo adoraba mi bosque con sus pájaros, chicharras, altos árboles y sobre todo los nuevos descubrimientos de insectos y plantas. También sabía dónde estaban sus peligros y como evitarlos. Los posibles nidos de serpiente o las aguas profundas. No sabía nadar todavía. A veces me acostaba sobre el follaje o sobre un árbol caído, con vista al cielo a embriagarme de sonidos y colores.



Suiza 1.976



Berna

Terminada la primera cosecha fuimos a vender el producto a la ciudad. No supe ni porqué ni cómo, pero la industria que papá, hombre emprendedor, montó con tanto empeño, quebró, pues al año siguiente volvimos a nuestra antigua casa sin dinero, endeudados y más pobres que nunca. Además la desgracia tocó a la

puerta por mi culpa. Jugábamos con fuego un primo y yo. Cogí los fósforos y detrás de la casa, cuyas paredes y techos eran de palma de moriche, comenzamos un juego peligroso. Le prendíamos candela a la palma y la apagábamos rápidamente antes que se extendiera. Una de esas veces no pudimos apagarla y agarró toda la casa. Mamá estaba dentro en estado de mi hermano menor, junto con mi abuelita. Mamá agarró un machete y a golpes cortó los mecates que sujetaban los chinchorros y los puso a salvo. Sin duda eran nuestros tesoros más preciados. Por primera vez tuve idea de lo que era un desastre. Ver toda nuestra casa en llamas, consumiéndose junto con nuestras escuálidas pertenencias era un espectáculo desolador. Recuerdo que se quemó una gallina que estaba echada y mamá la había tapado con un mapire para que no abandonara el nido. También se quemó la escopeta Maquiritare del tío Antonio, que estaba cargada y disparó el tiro de gracia cuando se estaba quemando. En fin, se quemaron nuestras pertenencias y entonces fuimos más pobres y desdichados que nunca. Papá llegó después corriendo, al ver el humo desde lejos. Regañó a mi mamá que lloraba desconsolada debajo de las matas de mango. Me recuerdo de su ira y de sus palabras textuales hacia ella: “debajo de esas matas de mango va Ud. a parir, carajo.” En ese momento me sentí muy culpable y apenado, pero no dije nada que la desgracia la había causado yo, por temor a una reprimenda y al castigo corporal consiguiente. Mis padres murieron y jamás les dije que fuí yo quien quemó la casa. ¿A cuanto alcanzaban nuestras pertenencias? Muy poca monta. Tal vez Bs. 500 de la época. La familia nuclear estaba compuesta por el padre, la madre, la abuela y 4 hermanos. Yo creo que el 80% de nuestras entradas la dedicábamos a sobrevivir y el resto para comprar lo estrictamente necesario en ropa y calzado. Nuestras entradas alcanzarían unos Bs. 800 al año. Los hermanos mayores estaban internos en el colegio de los curas y eran éstos los que se ocupaban de su alimentación, como más tarde se ocuparían de mí. Papá a veces se iba de viaje y no nos dejaba dinero. Se suponía que no era necesario en el campo. Antes de irse nos provisionaba de cacería y pescado. Su ausencia duraba tal vez 2 meses en viaje de “negocios”. En realidad buscaba oportunidades de trabajo en otras plazas. Siempre llegaba donde familiares y amigos. Siempre llevaba muy poco dinero consigo. Mamá y yo nos quedábamos solos. Muchas veces se nos acababa la comida, pero siempre estaban los tíos que colaboraban con nosotros. El espíritu comunitario siempre funcionó. Por ese tiempo vivíamos en la casa del tío

Andrés. También por ese tiempo, un 31 de Diciembre, nació mi hermano menor. Papá estaba de viaje. Cuando llegó trajo un vino para celebrar. Un damesano lo llamaban, una botella grande como de 8 ó 10 litros. Me dieron mi primer trago de vino.

Era la ruta de los Grands Crus o ruta de los vinos en la Bourgogne francesa. Me había aficionado demasiado a los buenos vinos franceses. Una vez a la semana tomaba mi carro para ir a vagabundear por esa ruta. Había decidido hacerme un experto en vinos de esa región. Y la única manera de lograrlo era con la práctica de la degustación. Con el tiempo lo logré y en mí dejaron huellas como los canales de los sembradíos de las uvas de esas tierras. Gevrey Chambertin, Chambolle Musigny, Vosne Romaneé, Nuit St. Georges, Aloxe Corton, Mersault, Beaune; son nombres de pueblos y vinos famosos en Francia y el mundo. Los degusté a todos con el hambre de un indigente.

Al tío Antonio yo lo admiraba mucho. Era un magnifico cazador. Nunca olvidaré su imagen. Para mí era un gigante. Se iba en una mañanas cualquiera y aparecía en la tarde con dos venados terciados en la espalda y la escopeta en la mano. ¿Cómo se podría olvidar esa imagen de película? Mi otro tío, Andrés, era un experto en la caza de la tortuga, arte sumamente difícil. Tenía flechas especiales que disparaba a un blanco móvil a 25 ó 30 mts. Sabía calcular la dirección del viento, tensión del arco, distancia y muchas otras variables para poder acertar en una trayectoria parabólica en un blanco de 30 ò 70 cm. de diámetro. Todo un prodigio y lo lograba.

Algunas veces, en Navidad, nos íbamos toda la familia de fiesta. Alguien invitaba y todas las familias de los alrededores acudían. Al compás del arpa, cuatro y maracas se bailaba el joropo, se bebía, se enamoraba y también se peleaban entre los mayores. Las fiestas duraban 2 ó 3 días seguidos, de día y de noche, alumbrados en las noches con lámparas de kerosén. Eran muy alegres y todo el mundo se emborrachaba y olvidaban por momentos sus penas, pesares y pobreza.

Por este tiempo (7 años) mis hermanos habían llevado algunos libros a casa. En toda casa campesina siempre hay una troja, especie de diván entre el techo y el piso de tierra.



Routes des Grands  
Crus - Côte d'Or -  
Bourgogne. 1.976  
Con Carolyn.



Es para guardar las cosas que no se van a utilizar muy pronto. En el nuestro había maletas de madera, trapos viejos y los libros y medallas que mis hermanos iban coleccionando, pues eran muy buenos estudiantes. Había una escalera rudimentaria, hecha en un tronco, pieza única de madera que daba al diván. A veces me montaba y me ponía a registrar nuestros enseres. Encontré los libros y sabía que mis hermanos los leían. Traté de hacer lo mismo. El libro era el clásico de Vidal que luego encontraría en primer año de bachillerato en el Liceo Amazonas de Puerto Ayacucho. Tenía un león negro pintado en la portada y la palabra ZOOLOGÍA. Al parecer yo tenía la idea intuitiva de lo que era letra y palabra, no sé cómo, pero sabía que era un león y traté de relacionar la palabra ZOOLOGÍA con LEÓN pero resultaba muy larga. Me dije pues entonces aquí dice LEONCIO y pronuncié en voz alta. Me sentí muy satisfecho de poder leer.

Por fin salí de sexto grado. Fué una larga lucha y ya contaba 15 años. Había un Liceo y decidí inscribirme para continuar estudios. Mi papá me llamó a rendez vous: “Bueno hijo, si Ud. va a continuar sus estudios aquí en este rancho Ud. puede vivir y comer lo que pobremente encontremos. Si no, Ud. se me va pa`l carajo.” Respondí: “no se preocupe papá que yo voy a continuar estudiando. Ya me inscribí. Además voy a trabajar de maestro donde los curas para mantenerme.” Mi papá nos crió a todos sin sentimentalismo de ningún tipo. Son muy duras estas lecciones y dejan huellas en el alma.

Aquí, en el Liceo ocurrió mi segundo cambio de personalidad.

Cuando tenía 8 años fundaron una escuela en el caserío cercano (Sapo). La maestra era Doña Ramona Blanco. No sé de donde vino, pero sabía leer y se casó con el más rico de los alrededores, Don Matilde Linares, quien tenía algún ganado. Mi padre decidió enviarme a la escuela. Era una nueva experiencia. Todos los muchachos de mi edad nos encontramos allá y comenzamos a aprender las primeras letras. Yo iba en la mañana a casa de mi maestra que distaban unos 5 Kms. de la nuestra. Entonces, en compañía de ella, nos íbamos caminado por la orilla del río Orinoco, en plena montaña, hasta la escuela que quedaba a otros 5 Kms. en Sapo, en la casa de Don Félix Escobar, donde funcionaba. Estos 10 Kms. no

era una jornada agotadora para mí, sino una alegre caminata en medio de la naturaleza. De regreso, caminaba a lo mejor 7 Kms., pues para acortar camino me venía por un atajo sólo, y mi maestra tomaba el sendero anterior.

Conocía todos los alrededores en 10 Kms. a la redonda como la palma de mi mano. La selva y los ríos no tenían secretos para mí. Tampoco les temía. Una vez me quedé jugando metras en la escuela y llegué a mi casa casi de noche, cuando debí llegar al mediodía. Mi papá no estaba (menos mal) y mi mamá me pegó. Cuando me soltó me fuí corriendo hacia la montaña cercana. Llegué hasta el lecho del río seco y me acosté en la arena blanca. La luz de la luna se filtraba entre los árboles e iluminaba mi llanto, acostado boca arriba en la arena, en medio de la noche. Lloraba de sentimiento. Oía que me llamaban, buscándome. No conocía el miedo ni a la oscuridad ni al monte ni al río. Eran mis amigos. Después de viejo le agarré pavor a todo esto. Sabía donde estaba el peligro y como evitarlos. Una vez venía con papá de pescar y había una culebra a la orilla del camino. Creo que ella estaba descuidada y cuando pasó papá la culebra se dispuso al ataque en forma de resorte característico. Él pasó muy rápido y no le dió tiempo de atacarlo. Más atrás venía yo y la culebra estaba lista para el ataque. De todos modos yo tenía un sexto sentido para el peligro y ví claramente, como en cámara lenta, cuando la culebra me atacó, pero mis reflejos eran más rápidos que los de la culebra y salté antes que me alcanzara. Corrí a decirle a papá que me había atacado una culebra, pero ni siquiera se volteó a mirarme. Siguió caminando y me preguntó si me había mordido y yo le dije que no. Seguimos caminando como si nada hubiese pasado. Es ahora después de grande y civilizado que puedo ver el valor calculador y frío de mi padre y cómo desafiaba el peligro sin muchas dificultades. Yo no necesitaba leer historietas de tarzán y superman para saber que había acciones heroicas. Con ver a mi papá y mis tíos me bastaba.

Tour de Montaña C.A. se llamaba mi empresa en Mérida. Era una empresa de turismo de aventura y su lema era: “lo llevamos mas cerca del cielo”. Llevábamos turistas al Parque Nacional Sierra Nevada en caminatas y escaladas. Había decidido vivir en Mérida para estar más cerca del cielo. La empresa no producía ganancias, pero

nos divertíamos bastante. Hicimos felices a mucha gente al guiarlos por los senderos, caminos, trechos y picos de los Andes Venezolanos. Los guías de la empresa eran todos muchachos universitarios y montañistas de primera. Tenía una bonita casa con una vista privilegiada al Pico Bolívar, un buen carro deportivo, dinero y mis hijos. Pero cuando iba a ser feliz el destino tocó a mi puerta. Me quitaron a mis hijos y entonces fuí más infeliz que nunca. Abandoné todo.

Tour de Montaña c.a.  
1.990  
Nustros Montañistas (Guias).



Roberto Uribe (Gerente), Dora Ocanto  
Beba, Bebe y Yo. - 1.990



Atras: Antonio Zerpa, Roberto Uribe, Rekling Gonzalez  
Lino.  
Delante: Alejandro Liñayo, Bebe, Miguelito, Beba,  
Nelson Saldeño y Alejandro Toro (El Torito)

Una vez estábamos en Puerto Carreño, ciudad colombiana a la orilla del Orinoco. El río estaba crecido y unos soldados colombianos le pidieron la canoa prestada a papá con el fin de inspeccionar los alrededores. Se las cedió, pero debían ser

cachacos que no sabían manejar una curiara y se trambucaron en el río como a 10 mts. de la orilla con botas, fusil y demás equipos militares. Uno logró agarrarse a la curiara y salió como pudo, pero el otro se estaba ahogando. Mi padre, con la rapidez del rayo, se tiró al río a salvarlo.

Cuando llegaba nadando hasta el soldado, éste trató de agarrarlo, situación muy peligrosa, porque se podían ahogar los dos. Se sumergió en el agua, lo rodeó y lo agarró por detrás para salvarlo y así salvarse él también. Después volvió al agua y tras varias zambullidas encontró el fusil como a 5 brazadas de profundidad. Ni las gracias le dieron y él tampoco las necesitaba. Yo me sentía muy orgulloso de mi padre. ¡Quién no! Definitivamente, era mi héroe favorito. Ese espíritu de desafío frío al peligro mi padre trataba de transmitírmelo, pienso yo.

Otra vez estábamos bañándonos en un río y le dije que quería aprender a nadar, que me enseñara. Yo estaba sobre un árbol caído y me dijo que me lanzara. Le dije que estuviera pendiente de mí. Él me dijo de acuerdo. Tenía miedo. Conté hasta 3 y luego hasta 5 y me lancé. Ni siquiera se molestó en verme. La corriente me arrastraba. Trataba de nadar y tragaba mucha agua. Por fin salí por mis propios medios, arrastrado por la corriente, lleno de resquemor hacia él que, indiferente, me daba la espalda. Así era mi padre. Sus lecciones eran muy prácticas y duras y sobre todo nada de sentimentalismo. Pero él me quería a su manera. Me preparaba para la vida que debía enfrentar.

Me recuerdo una vez que estaba solo con mi abuela y mamá. Yo estaba muy pequeño y vimos una culebra en el patio que venía hacia la casa. Todos nos subimos a la troja a la espera que pasara la culebra. Mi papá la hubiese matado enseguida.

Otra vez íbamos a buscar agua al jagüey y una culebra estaba debajo de un árbol caído. Yo acababa de saltar el árbol cuando mi madre vió la culebra y me gritó: “¡Una culebra, cuidado!” Instintivamente corrí hacia su protección y al pasar de nuevo por donde estaba la culebra, ésta me tiró a morder, pero le pegó el árbol caído. Llegué hasta donde estaba ella que me abrazó y lloraba por su hijo resucitado. En ese momento yo podía palpar el amor de una madre, cuánto se quiere a un hijo, que acaba de pasar un gran peligro. Mi padre también me

quería, pero debía prepararme para sobrevivir en un mundo hostil donde los sentimientos sobraban.

Fué muy difícil sobrevivir en la UCV. Me rasparon el primer semestre. Pasé el segundo. De 115 alumnos que iniciamos el curso pasaron 10. Repararon 100 y pasé yo sólo. Cerraron la Universidad y me vine a mi rancho en Puerto Ayacucho. Pasé un año tomando caña de sol a sol y de luna a luna. Mi papá había cambiado mucho. Ya no era el hombre de hierro de otras épocas. Era flexible y yo era el único de los sobrevivientes que lo visitaba y estaba más tiempo con él. Los demás habían emigrado e incluso había uno estudiando en el extranjero. Cada día me levantaba muy tarde luego de la pea. Mi papá dudaba de mí y a la vez se vengaba de mi flojera. Trabajaba en Obras Públicas como obrero y cuando yo pasaba cerca de él en la plaza me gritaba a todo pulmón, delante de las demás personas: “¡Mira hijo, allá te dejé la comidaaa! ¡Hay arroz con caraota y ñemaaa!” Todos formaban la chacota a costa de mí. Cuando llamaron de nuevo a clases me dispuse a viajar. Un día me despedí y me fuí al Aeropuerto. El avión me dejó y regresé sorpresivamente al rancho. Papá al verme me abrazó y comenzó a llorar. Me dijo algo que me impactó: “me hubiera gustado más bien que yo hubiese sido hijo tuyo.” Verdaderamente no le entendía. Yo no lloraba porque él me enseñó así. Él, que me había enseñado el camino, ahora lloraba. Debía ser la edad. Él cambió y yo no supe cuándo ni porqué.

Las culebras eran mis peores enemigas. Maté no menos de 20. Tenía mis propias técnicas para cazarlas. Cuando oía un pollito chillando, un sapo, o rana o ratón, sabía que era una culebra que lo había cazado y en ese momento la culebra era tan culebra que la podían matar pero no soltaba su presa y no prestaba más atención que a ésta. Y yo llegaba con un palo y tranquilamente la mataba. También me divertía con ellas cuando las encontraba cruzando una laja que había cerca. Allí no podían esconderse y yo comenzaba a tirarle piedras y las corría. A veces ellas se detenían arrechas y listas para atacarme y yo me detenía listo para correr. Fuera de éste enemigo público, no había otro peligro en los alrededores. Por esto yo podía caminar 10 ó más Kms. en plena selva, en sabana o cruzar un río

sin ningún miedo, para ir a la escuela o al conuco. La escuela era como un juego para mí. El aprendizaje también y mis otros compañeros no estaban muy contentos conmigo debido a mis adelantos en las lecciones. Esto era natural, pues yo entré un poco viejo a mi primera escuela: a los 8 años.

    Mi profesora de francés era una maravilla. Para empezar bien las clases se acostó con todos los alumnos. Era el prototipo de francesa sobre la cual nosotros habíamos pensado: ninfómana, maestra insaciable haciendo el amor, erótica, desinhibida, bonita y alegre. “Bon jour les enfants. Maintenant notre première lesson.” “¡Allez!”:

A Paris rue de Rivoli  
un jeun homme appelle un taxi  
A Paris rue de Rivoli  
un jeun homme sourit a´ la vie  
A la vie, a´ Paris, rue de Rivoli.

Verdaderamente Elizabeth era una tronco de profesora. Y así valía la pena aprender.

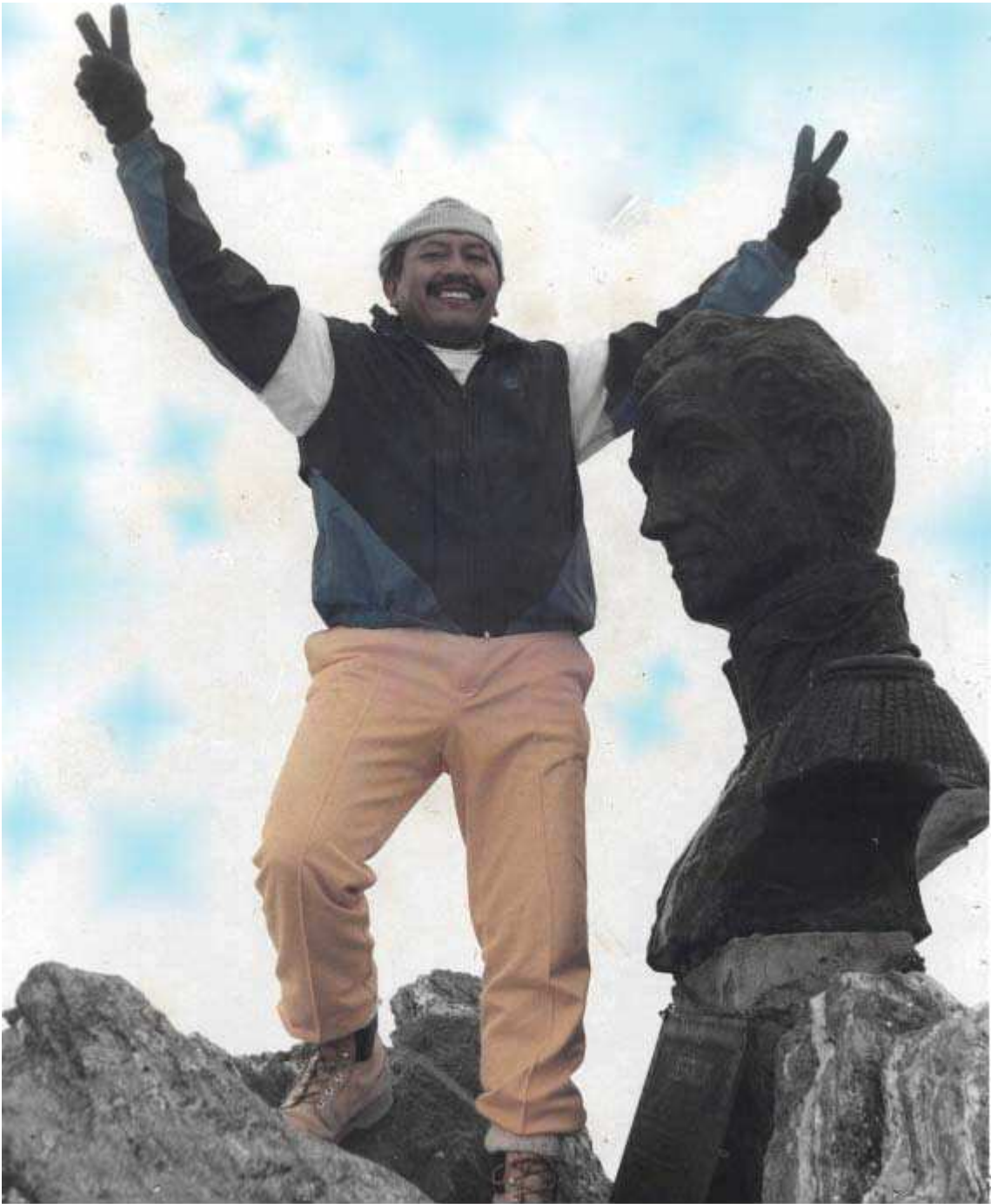
    Papá no se cansaba de enseñarme. ¿O era yo quien no me cansaba de aprender? Me puso en ancas con carga y todo sobre un burro. Ibamos al conuco. No supe por qué causa el burro se encabritó y comenzó a correr conmigo encima. Pasó cerca de una piedra donde era el cagadero de todos. Yo salté con una parodia al estilo cow boy y aterricé sobre la piedra en el mierdero, en cuatro patas, pero sano y salvo. Papá corrió, claro está, hacia el burro, para atajarlo. De mí, ni pendiente. Más tarde, cuando ví las películas de cow boy, ví que ellos caían de una manera más elegante y en zonas más higiénicas. Además salían sonrientes de sus aventuras: ni el sombrero se lescaía .

Inocentemente trataba de inventar lo ya inventado: trataba de vencer la ley de la gravedad, de inventar el parapente con una cobija, de colar café más rápidamente, sin resultado alguno. A veces peligraba sin saberlo. Una vez me propuse talar un árbol como hacían los mayores. Lo fuí talando día a día hasta que consideré que estaba listo par caer. ¿Por qué no caer junto con él, montado yo en la copa? Amarré un mecate a una rama, me monté y le dije a mi hermanita que tirase del mecate. Ella comenzó a halar, pero no caíamos por falta de fuerza. Me bajé del árbol furioso a halar junto con ella y éste cayó con todo su estruendor.

Aquí ocurrió mi tercer nacimiento.

¡¡¡¡ CUMBREEEE!!!! Y es el grito desafiante que reverbera con el eco por los páramos andinos.

¡¡¡¡ CUMBREEEE!!!! Y es que no quepo dentro de mi cuerpo de lo inflado que estoy de orgullo. Abrazo a mis amigos Carlos Reyes y Orlando Toro (El Torito). Su emoción es diferente a la mía, pues es la primera vez que escalo el Pico Bolívar. Para ellos es algo normal. Para mí es extraordinario. Veo todos los horizontes y mi imaginación vuela tan alto como el cóndor. Me había preparado para esta escalada con esmero y por eso resultó un paseo. En realidad es fácil. Lamentablemente los sueños, sueños son. Tenemos que descender hacia el mundo corriente, común y mortal, después de haber estado en el Olimpo de mi Patria.



**Pico Bolívar 1.990**



En la Cumbre.



Asalto Final - La Chimenea.



Pico Bolívar entre La Garganta Bourgoin  
y El Glaciar Norte



Orlando Toro (El Torito), La Gata y Yo

Otra aventura que me gustaba mucho era la cacería a pie, que practicábamos papá y yo. A veces íbamos a la caza del morrocoy a varios kilómetros por 2 ó 3

días. Estos se encontraban en abundancia y el único problema era que no podíamos coger muchos, pues eran muy pesados. También íbamos a la búsqueda de galápagos y a veces pasábamos sin comer el día completo, para luego llegar a casa muertos de hambre y de cansancio. Una vez le dije a mi papá que nosotros “aguantábamos más hambre que un morrocoy” y él celebró bien el dicho con carcajadas por mi ocurrencia.

Una vez un león nos mató un cochino. Esa fué su sentencia de muerte. Salieron a buscarlo con una escopeta prestada, pues mí papá nunca pudo comprar una. A esta cacería no me llevaron. La consideraban muy peligrosa. Salieron en la mañana con los perros tigreros y en la tarde ya traían al león muerto. Faltaba un perro. La fiera hizo pagar cara su vida.

Por estos tiempos mis hermanos volvieron de Puerto Ayacucho más transculturizados que nunca, como más tarde sería yo. Al conocido combate de boxeo y al de espadachines, se unieron los juegos de lucha libre y de pistoleros.

Yo creo que nuestra situación económica iba de mal en peor y cuando ya andaba por los 8 años y medio mi padre decidió emprender una nueva aventura y esta vez nos mudamos a una isla en el medio del Orinoco llamada Santa Elena. Mi padre siempre tuvo espíritu de colono y mi tío Antonio enseguida emigró también y se estableció en una parcela al lado de nosotros con su mujer e hijo. La isla era de lo más pobre tanto en suelo como en recursos y además era anegadiza en la época de invierno. Pasaba por lo menos 4 meses bajo las aguas del Orinoco, época muerta, la cual aprovechábamos para otras actividades, sea en Puerto Ayacucho, sea en Albarical, al frente de la isla, pasando el Orinoco, lugar donde el tío Antonio estableció otro rancho para pasar el tiempo en el cual la vega estaba anegada. Mi padre sembraba maíz y frijol. Hizo un rancho de palma, como todos los anteriores y trabajábamos de sol a sol. En las aguas vecinas había suficientes peces que nos aseguraban la subsistencia.

Recuerdo que en la primera cosecha fuimos a Puerto Ayacucho a vender el producto de la vega al pulpero que nos fiaba, pero para nuestra gran sorpresa quedamos endeudados, pues

mi padre debía sacar fiado lo elemental para nuestra supervivencia: el jabón, el arroz, la sal y la manteca. Ese es el eterno drama del campesino venezolano y cada día es más pobre y paupérrimo. Visitamos a los hermanos que estaban internos y mi padre aprovechó para inscribirme en el nuevo año escolar. El momento de ir al internado había llegado y solamente me quedaban unos 3 meses de mis eternas vacaciones a las cuales ya me había acostumbrado. Como era la época de lluvias nos quedamos en Puerto Ayacucho en casa de amigos. Nuestras pobres economías no alcanzaban para la subsistencia y realmente no sé cómo sobrevivimos. No poseíamos nada y nuestra vega estaba anegada. Mi padre nos dejó Bs. 20 a mi madre y tres hijos y se fue en “viaje de negocios” por 2 ó 3 meses. Creo que vivimos de la caridad de los otros. Con la llegada de la época de verano mi padre regresó y se fué con mi madre, el hermano mayor, que ya había salido de 6° grado y los dos pequeños a talar la vega. A mí y a mi hermano Pedro nos dejó internos en Puerto Ayacucho. Había cambiado de golpe mi vida. Tuve que adaptarme y aquí ocurrió el primer cambio de personalidad de mi vida.

Por fin entraba a la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ingeniería. La escogí casi al azar. Mucho antes había discutido con mi padre el asunto. Yo quería estudiar Economía. Pero él se encargó de frustrarme: “¿Para qué vas a estudiar Economía, si no tenemos nada que economizar?” Ví que no dejaba de tener alguna razón. En el Fermín Toro pregunté cuál era la carrera más difícil. Me dijeron que era Ingeniería y por ahí me metí. Insensateces de la vida, temeridad de cabeza dura. Estaba tan mal preparado que de vaina clasifiqué: puesto 970 de 1.000. Además esta carrera la escogían generalmente gente de dinero y por lo tanto judíos. Eran muy mafiosos y muy hábiles para pasar los exámenes. Se ayudaban entre sí. Venían de escuelas privadas y por lo tanto mejor preparados que nosotros, los que veníamos de escuelas públicas. Mi beca era de Bs. 300 mensual equivalente a \$ 70 de la época. Estaba cansado de aguantar hambre a causa de los estudios. Pero aun así me quedé. El ambiente universitario me gustó. Me gustaba la efervescencia de las ideas de los años 60. Me enamoré de esa voluptuosa y seductora revolución. Aunque ya venía contaminado, mejor dicho, enamorado desde el Liceo. Solamente que en el recinto Universitario fué el clímax del amor y aquí ocurrió mi tercer cambio de personalidad.

Haber estado interno en un colegio de curas es una de las experiencias más desagradable de mi vida. Me afectó el cambio de ambiente tan brusco. Yo venía de un campo, no conocía, a los 9 años, las ruindades y vilezas humanas porque en mi medio vivía solo. Recuerdo que los primeros días traté de comportarme como en mi medio, alegre, espontáneo y amable. Respondía a las preguntas que me hacían mis compañeros de cautiverio sin ninguna mala intención. Pronto descubrí que estos escondían en sus preguntas segundas intenciones, tergiversaban mis respuestas y se burlaban de mí. Esto me dolió mucho y por primera vez en mi vida caí en una depresión total. No tenía ganas de hablar ni jugar con nadie y me la pasaba triste y recuerdo que un compañero hizo un comentario soez al respecto: “Este carajito que se la pasaba tan contento y ahora se la pasa tan triste. Sería que se lo cogieron.” Un nuevo concepto entraba en mi vida, el del sexo y me dí cuenta enseguida de tanta vileza humana y que debía prepararme para enfrentarlas. Mi padre era un sabio: mandó a los dos hermanos mayores casi juntos al internado. Cuando uno salió, entré yo. Mi hermano Pedro era mi Ángel Guardián y en ese mundo de animales encerrados, no permitía que nadie me pegara. Yo lo ví muchas veces caerse a trompadas con alguien más grande que yo que se había atrevido a pegarme y mi hermano era muy buen peleador. Nunca lo ví perder una sola pelea. Aquí describiré de una manera breve el internado, sus costumbres y su gente.

La Universidad de Dijon estaba ubicada en el centro de la ciudad del mismo nombre. Ya había aprobado el curso de idiomas y ahora entraba a la Universidad a cumplir dos viejos sueños. Primero, iba a estudiar Economía. Aprovechando las ventajas de las matemáticas aprendidas en Ingeniería escogí la especialidad “coco” de la Economía: la Econometría. Mis compañeros eran Franceses, Africanos del Norte (árabes) y Africanos subsaharianos (negros). También había un hindú. Mis profesores eran franceses y suizos que muchas veces venían de otras partes a darnos clases. Tenía un apartamento, un carro, estudiaba, tomaba vinos, comía bien y, sobre todo, paseaba. Este era mi otro sueño. El rigor de los estudios no era tal. A lo mejor era que ya estaba acostumbrado, es decir tenía una mente esquematizada y adaptada al intelecto: aprendía rápido y fácil. Pero yo vine aquí “sobre todo” a

pasear. Es así como estudiaba poco y paseaba mucho, pues yo investigaba todo en los alrededores y más allá. En pleno curso de idiomas di varias vueltas por Italia, Suiza y Alemania. Ahora en curso de 4º nivel, continuamente me perdía por el mapa de Francia e Inglaterra. Quería conocer a Francia como conozco a mi país. Totalmente me sumergí en ella y quería conocer la historia de esta clase de gente iguales a nosotros, pero diferentes a la vez.

Aquí ocurrió mi cuarto cambio de personalidad.

El Asilo Pío XI estaba ubicado en el centro del pueblo, donde actualmente está, pero antes era una vieja construcción con techo de zinc. Había un patio enorme rodeado de construcciones que eran las aulas. También había un huerto que nosotros sembrábamos con topochos, plátanos, piñas y guanábanas. Había muchos mangos. Era el sitio donde todos los internos trabajaban una hora diaria en limpieza y sembrado. También era el ring donde se dirimían las diferencias a trompadas. Era el campo del honor donde se peleaba, pues no existía vigilancia de los curas. El centro del patio servía de cancha de fútbol.



**Universidad de Dijon, hoy de Bourgogne.**

Había un edificio principal donde estaba el dormitorio, los WC, baños, la despensa, la capilla, un pasillo y la Dirección de la escuela. El comedor era una construcción aparte. Estaba administrada por curas y hermanos misioneros salesianos. La disciplina era rígida y éramos muy maltratados tanto corporalmente como en nuestra dignidad y condición humana. El asilo era para indígenas, pero también había hijos de criollos. Había un régimen para internos y otro para externos. También había otro régimen para los seminternos. No pagábamos nada. Dormíamos hacinados en camastros de lona, al estilo recluta. Estos camastros olían a orín, debido a que entre los internos había muchachos que todavía se meaban de noche. Nos daban cobijas para arroparnos y las utilizábamos a la vez como mosquiteros guindándolas en alguna parte, pues había tanta cantidad de zancudos que lográbamos dormir solamente gracias al sueño pesado que tiene cada infante. Nos parábamos a las 6 de la mañana, a las palmadas famosas de un cura y al sonido de una campana que siempre portaba. Media hora haciendo fila para entrar por turno a los baños sucios y mal olientes y poderse bañar en unas regaderas destartaladas e insuficientes para el número de internos, pues éramos alrededor de 80. Media hora para arreglarse, peinarse, cepillarse y vestirse. A las siete hacíamos la fila para ir a rezar a la capilla y a esa hora también comenzaban los insultos y los golpes de los curas. Había que estar en completo silencio en la fila y al que se tardaba un poco en hacerla ahí iba el palo, el campanazo o la cachetada acompañada de insultos: indio sucio, estúpido, cretino. Estos eran los señores que enseñaban el evangelio, golpeaban e insultaban en nombre de Cristo. Puedo dar nombres de los más crueles: el cura Antenor Fontana y el cura Rufino Sánchez, ambos vivos aun. Qué cínico considero al mundo y sus gentes cuando ahora los veo como unos santicos y todavía hoy me pregunto: ¿Será que se habrán arrepentido? ¿Serán las mismas personas? Solamente ellos pueden responder. Yo, sin creer en dios, los perdono.

El Liceo Amazonas fue un descubrimiento de grandes proporciones para mí. Me asombró sobremanera el régimen de libertad de un Liceo. En mi concepto era imposible faltar a clases en una escuela. En el Liceo en cambio nos podíamos jubilar prácticamente cuando quisiéramos. Además había un recreo de 10 ó 15 minutos por cada hora de clase. ¡Que libertad! Y además -¡inconcebible!- personas de diferentes sexos en la

misma aula. ¡Imposible! Tampoco existían los plantones ni los coscorrónazos, ni los palos ¡Qué felicidad! Ninguna rezadera a toda hora, ni obligación de ir a misa, ni comulgar los domingos. ¡Eso era el verdadero paraíso! Mucho más: ya no había que defenderse a puñetazos, sino que era más importante ser un hombre de ideas. Eso valía más que las peleas callejeras ¡Magnífico! Y por último, ya las vejaciones e insultos de indio asqueroso, cretino y estúpido eran cosas del pasado. Casi todos los profesores del Liceo eran los mismos curas del ahora Colrgio, porque en el Amazonas de esos tiempos no había gente preparada, pero ¡ah! ironías de la vida, no nos insultaban, no nos vejaban y mucho menos nos castigaban corporalmente. ¡Imposible! ¡Increíble! ¡Esto era una verdadera revolución para mí! Ahora yo podía tutear y hablar con los mismos curas que fueron mis antiguos maestros y en este momento me dí cuenta de que, como en todas partes, los curas eran humanos y no dioses, como ellos, sin querer queriendo querían hacerle creer a uno. Para mí, como ellos me criaron, siempre creí que eran seres superiores en todos los sentidos del saber y de la vida, pero en este momento comprendí, que en cierta forma se había caído un mito. Aun siendo mis profesores en el Liceo, yo podía dirigirme a ellos de igual a igual, con el derecho a consultar y ya no estaban en un altar o una tribuna de primer grado donde uno no tenía derecho a la duda. Antes ellos eran todopoderosos. En el Liceo yo tenía derechos y ese descubrimiento era un paso gigantesco. También de esa época vienen mis lecturas de Bertrand Roussel y Nietzsche. En mí influyeron mucho “Porqué No Soy Cristiano” y “Así Habló Zaratustra”. También de esa época, por joder más a los curas, decidí ser un comunista ligto. Al menos por un tiempo. Tenía que resolver la ecuación de to be or not to be. Creer o no creer. Y la resolví: jamás volví a ser cristiano. Mucho menos de otra religión.



**Asilo Pio XI - Alumnos en 1.954**

**Colegio Pio XI - Alumnos en 1.957**



Fo

tos de la página anterior.

Primera Foto. Primera Fila, de izquierda a derecha.

- |                          |                   |                        |
|--------------------------|-------------------|------------------------|
| 1- Alejandro Gómez.      | 2-                | 3- Luis Pantoja.       |
| 4- Manuel A. Carrasquel. | 5- Luis Mújica.   | 6- Oswaldo Londoño.    |
| 7- Miguel Guape.         | 8- Víctor Blanca  | 9- Abel Romero.        |
| 10- Oswaldo Pérez.       | 11- Manuel Pérez. | 12- Clemente Chavarro. |
| 13-                      | 14- Boro Jordán.  | 15-                    |
| 16- Romero               |                   |                        |

## Segunda Fila:

- |                         |                        |                       |
|-------------------------|------------------------|-----------------------|
| 17- Lara                | 18-                    | 19- El mocho Herrera. |
| 20- Roseliano Añez      | 21- David Guzmán.      | 22-                   |
| 23- Gilberto Rojas.     | 24- Ramón Herrera.     | 25- Pedro M. Pérez.   |
| 26- Eduardo Rodríguez.  | 27- Pedro Guape.       | 28- Luis Silva.       |
| 29- Eulogio Padrón      | 30- Julián Marcano.    | 31- Panela Romero.    |
| 32- Hermenegildo Silva. | 33- Guamita Fuenmayor. | 34- German Salas.     |

## Tercera Fila:

- |                         |                      |                        |
|-------------------------|----------------------|------------------------|
| 35- Freddy (El Apureño) | 36- Eduardo Linares. | 37- Hermano Guillén.   |
| 38- Vicente Cariban.    | 39- Pozon Caballero. | 40-                    |
| 41- Rdo. Luis Cocco.    | 42- Carlos Bossio    | 43- Mons. Sdo. García. |
| 44- Jesús Briceño       | 45- Rdo. Luis Uhl.   | 46- Anija.             |
| 47- Rdo. Dávila.        | 48- Luis Curvelo.    | 49-                    |
| 50- Hermano Altini.     |                      |                        |

## Cuarta Fila.

- |                      |                  |                         |
|----------------------|------------------|-------------------------|
| 51- Lino Heredia.    | 52-              | 53-                     |
| 54- Tomás Payema.    | 55-              | 56-                     |
| 57- Graciano Montes. | 58- El Piroco.   | 59- Gallineta Ceballos. |
| 60- Cariban          | 61- José Cortez. | 62-                     |
| 63-                  |                  |                         |

Quinta Fila:

|     |                |                        |
|-----|----------------|------------------------|
| 64- | 65-            | 66-                    |
| 67- | 68- José Rojas | 69- Liobo R. Chirinos. |

### Segunda Foto.

Atrás de Izquierda a derecha:

Eduardo Rodríguez, Graciano Montes, Alejandro Gómez, Luis Pantoja, Heraclio Azavache y Ramón Olivo.

Delante de Izquierda a derecha:

Padre Sánchez, Graciano Jordán, Clemente Chavarro, Pedro Guape, Monseñor Segundo García, Julián Marcano y Tirso Azavache.

Al entrar a la capilla un cura celebraba una misa y todos rezábamos durante más o menos media hora. De ahí hacíamos la fila para ir al comedor, situado en la parte baja del edificio. Volvíamos a rezar antes y después de comer. Grandes mesas y bancos largos de madera rústica era el mobiliario. A esta hora comenzaban a llegar los externos para las clases hacia las nueve. El desayuno consistía en maíz con guarapo servido en un pocillo de aluminio. Una vez mejoró nuestro menú con unos quesos parmesanos decomisados por la sanidad porque ¿estaban hediondos? Al parecer era la primera vez que por aquí se olía el queso parmesano. Los curas lograron que se los asignaran y nos lo daban en el desayuno, junto con el guarapo y el maíz. El queso molido lo revolvíamos con el maíz y

era frecuente meterselo en el bolsillo del pantalón para luego comerlo en el recreo o simplemente hacer trueques con los externos, que al parecer sus condiciones de vida no eran diferente a la nuestra. Todo tenía su precio: una vieja camisa costaba 2 bolsilladas de mañoco con queso parmesano reunidos en dos días consecutivos; una bolsillada era cambiada por un trompo. Todo tenía un precio según esta moneda original. Cuando entrábamos a clases era el único momento agradable para mí.

Kumi me miraba constantemente con interés. En vista de eso yo también comencé a mirarla. Cuando salimos a un receso nos acercamos mutuamente y me habló en un idioma que no entendí, pero no era inglés, lengua que ambos estudiábamos en el Westminster College, cerca de la estación Victoria del Metro de Londres. Ella era bella, morena, alta y de facciones pariente, como las mujeres Ye`kuana Amazonenses.



Londres - 1.977

Museo de Cera  
de  
Madame Tousseaut



Entonces me habló en inglés y me dijo que era de Malasia, tierra donde sus hombres son parecidos a mí, o sea, un pariente. Yo le dije que en mi tierra indígena Amazonense también había mujeres igualitas a ella. Creyó que yo era de su tierra. Le dije que yo creía que ella era de

mi corazón. Ella era militar en su tierra. Le dije que yo era un príncipe indio. Me aceptó y nos fuimos juntos a descubrir Londres. Nos perdimos en sus laberintos y aparecimos tiempo después. ¿Y Anneliesse Engler? La descuidé y me botó, sin celos ni recriminaciones, como buena alemana. También estudiaba el curso de inglés. Juntos salimos hacia Escocia a conocer la región donde hacen el whisky. Nos rascamos de amor en el camino y nunca llegamos. El destino nos separó.

Como entré a los 9 años a la escuela tenía una edad mental madura y además quería aprender. Nuestros maestros en los primeros grados eran exalumnos contratados para darnos clases. En los grados superiores eran los curas los profesores. Aprendí rápidamente a leer y a escribir. Siempre fui un alumno sobresaliente, el primero de la clase durante toda la primaria, siguiendo la tradición de los otros hermanos, que también siempre fueron los mejores.

Llegó el tiempo de repartir boletines de calificaciones en el Liceo Amazonas. Yo trabajaba, estudiaba y además era el mejor alumno del 1<sup>er</sup> año de bachillerato, sección única. Papá fué a buscar la boleta. Me situé en el marco de la puerta, al final del salón. La Directora Violeta Manrique repartía las boletas y cuando llegó mi turno le dijo a papá en público: “Este es el mejor alumno. Lo felicito a Ud. y a su hijo. Que siga adelante.” Papá se paró, tomó la boleta y en pleno público le dijo a la Directora: “Y si se porta mal dígamelo para joderlo.” Me escapé como pude entre las burlas de mis compañeros. Mi novia también se sentía avergonzada. Agarré mi bicicleta y me fuí para el bar de Enriqueta a emborracharme. Desde esa época comencé a tomar aguardiente y a emborracharme. Odiaba en ese momento a mi papá. Tenía 16 años.

Daban un recreo como a las 10 de la mañana de media hora y entonces continuábamos clases hasta las 12 del día, hora en que los externos se iban a sus casas y nosotros hacíamos la fila para ir al comedor. Rezábamos antes y después de la comida. El almuerzo no era mucho mejor que el desayuno. El pan era desconocido y las carnes

casi nunca las comíamos. Nuestra dieta consistía principalmente en arroz y cereales. A la 1 de la tarde íbamos al dormitorio a hacer cualquier cosa durante 1 hora o al patio a recrearnos.

Nunca he entendido porqué los Europeos carecen del sentido del humor. A lo mejor éste es diferente. Estábamos en un auditorium de la Universidad de Dijon y nombraban en la lista a un compañero mío apellidado FOLLTÊTE (Cabeza Loca) y nadie se reía. Me suponía la misma situación en una universidad venezolana y seguro que el auditorium se caía de las estruendosas carcajadas. Para evitar esta catástrofe será que nuestros apellidos son tan serios. Me trasladaba a mis primeros años en la Universidad Central donde había un compañero de apellido JULIAC y había un profesor extranjero (Polaco) que lo nombraba JULIA. Cuando faltaba a clases un jodedor se encargaba de decirle al profesor que andaba con el novio, en medio de la chanza general y la cara de turbación del profesor, que no comprendía la broma. Y como nadie se reía en esta universidad europea, más ganas me daban de reír ante tanta seriedad. Entonces salía al pasillo a reírme como un poseído del dios Baco.

A las 2 entrábamos al estudio, un salón que tenía una pequeña biblioteca que yo aproveché muy bien. Hacíamos las tareas, estudiábamos, leíamos o nos dormíamos sobre los mismos pupitres hasta las 4 de la tarde, hora en la que salíamos a trabajar a la huerta, a barrer el patio o los salones de clases o hacer cada cual su trabajo asignado. Cada cierto tiempo se nombraban responsables de ciertos trabajos que había que hacer. El trabajo de servir la mesa de los curas era el más anhelado. Así el que tenía la suerte de desempeñarlo podía comer un poco mejor, con las sobras que los curas dejaban. Comer las “delicatesses”, como los caramelos, jamás lo podíamos soñar. Una vez me encontré 2 bolívares en el patio y en seguida fui a buscar a mi hermano Pedro, quién se escapó a la bodega de la esquina a comprar pan y leche condensada y nos subimos a la troja de la escuela a comernos ese manjar, escondidos, para que nadie nos pidiera. Pasé el resto del año mirando hacia el suelo, con la esperanza vana de encontrar otra vez dinero para comprar este regalo que me cautivó tanto que aún hoy lo disfruto. El que lograba por cualquier medio comprar algo de pan, muchas veces tenía que repartirlo entre tantos hambrientos y otros, como Rogelio Mirabal, simplemente

primero lo escupía para que nadie le pidiera y luego se lo comía solo. El más aborrecible era limpiar los escusados. Ahí eran destinados generalmente los castigados.

    Mi primer trabajo como Ingeniero de la Republica fué de Director de Obras Públicas del Amazonas. Yo quería ese cargo porque mi papá fué obrero ahí y siempre les decía a sus amigos y colegas que algún día yo lo ocuparía y los mandaría a ellos. Sería como su reivindicación ante una vida de penurias y esfuerzos. En espera de ese gran día se había retirado de obrero porque le daba pena que él, teniendo hijos en la Universidad, fuera obrero. Además no iba a permitir que su hijo lo mandara. Ese puesto me lo iban a guardar a mí, su hijo preferido, porque era quien pasaba más tiempo con él. Papá no pudo ver ese gran día: murió 1 año antes. También agarré ese puesto por convicción. Yo pertenecía a la generación que fundó la Asociación de Estudiantes de Amazonas, que predicaba que el Amazonas debía ser gobernado por sus propios parientes. Y para empezar, los que nos graduáramos debíamos venir a nuestra tierra a servir. Yo era el primer Ingeniero que paría mi tierra y debía poner el ejemplo. No estaba preparado para el cargo. Yo era un Universitario nato, un Académico. Pensaba que la Universidad era como la calle y la calle era como la Universidad. En ese momento comencé otra Universidad, donde los valores son otros y el título vale si uno lo hace valer. Entraba de nuevo a la ley de la selva.

    Cada cierto tiempo se rotaban éste y otros trabajos. A las 5pm nos íbamos a la merienda que consistía en alguna fruta de la propia huerta como un mango, cambur o lechosa. Estábamos en recreo hasta las 6 y media cuando cenábamos algo parecido al almuerzo, previo rezo antes y después. A las 7:30pm. salíamos a un recreo de ½ hora y a las 8 entrábamos a la capilla a darnos “las buenas noches”. Rezábamos y antes de irnos un cura nos hablaba, cuando de religión, la fórmula para llegar a ser santos, cuando no, nos daba el último insulto del día. Recuerdo una vez que el cura Fontana, para demostrarnos de la manera más sarcástica posible lo indio e ignorante que éramos nos pidió que levantaran la mano los que habían ido a Caracas. Solamente la levantó Santamaría y él, más disgustado que nunca porque

había al menos uno que había ido, continuó su retahíla de insultos, antes de mandarnos a dormir.

A los dos meses de estar en Dijon en curso de idiomas agarré de nuevo mi adarza el hombro y tomé el camino de Roma. En total iría 4 veces más. Iba en mi carro, con mi amigo Alberto Salazar por la vía Apia. ¿Por qué tardé tanto en conocerte, tú, Roma de los Césares, Imperio del Mundo, patria de Miguel Ángel y de Leonardo Da Vinci? Ya te conocía por la Historia, cuna de la Mona Lisa y de la Divina Comedia. De algo sirvió haber estudiado Historia y la Historia del Arte en bachillerato y haberme apasionado por la Historia de Roma. Ahora recogía los frutos al saludar personalmente al Moisés, al David, a la Pietá y tirarme patas arribas a observar la Creación del Hombre en la Capilla Sixtina. Tenía ganas de tirarme del Ponto Veccio, no para suicidarme, sino para nadar de felicidad en el mierdero del río Arno. Ya lo dijo Miranda, Venecia huele a mierda, pero me deleité con tanta Historia tan bien contada y mejor vivida en las Termas de Caracalla, el Foro Romano y el Coliseo, donde aun retumban los gritos del público sádico, de las fieras combatientes y de los gladiadores que luchaban por sus vidas sin esperanza alguna. También tiré de espaldas mi moneda a la Fontana Trevi con la petición y esperanza de volver algún día a Roma y volví a esta gran ciudad de los ensueños sin iguales.



Roma 1.976



Con Alberto Salazar  
y  
FOLLTÊTE

A esa edad no comprendía bien lo que era un insulto y tampoco había insultado a nadie. El sentido de esto lo vine a comprender más tarde. No era así con los golpes los cuales si sentía. No todos los curas eran malos. Podría nombrar buenos curas porque no golpeaban ni insultaban

nunca: Monseñor Segundo García, Ferronato, Dávila, Cocco, Bonvechio, Uhl, Berno y algún otro que se me pueda escapar a mi memoria. Estos sí eran buenos representantes de Cristo en la tierra. Para ellos mis eternos reconocimientos y respetos. Había otros curas malos, además de los que nombré antes. Había dos españoles cuyos nombres eran José Azuara y Ledezma.

También los hermanos salesianos golpeaban.

Había un Italiano llamado Altini que creo era fascista. Siempre amenazaba y daba sus “capaccione” y cuando quería insultarnos nos llamaba “abisinios”. A lo mejor había peleado en esa guerra de África. Con razón no ganaron. Después se salió de hermano y Rogelio Mirabal, que ya había crecido, aprovechó para darle unos coñazos antes que se perdiera del mapa.

También hubo alumnos que enfrentaron los golpes aprovechando la igualdad de estatura con el cura Sánchez. Rafael Reyes y Pedro Gómez alguna vez llegaron a devolver los golpes. A las 8pm. nos íbamos todos a dormir, salvo alguien que hubiesen dejado de plantón o recostado de una mata de mango del patio, cumpliendo algún castigo. La indisciplina se pagaba cara. Los castigos corporales estaban a la orden del día. Los curas y hermanos no perdían ocasión de insultar, vejar y golpear. Había varias clases de castigo. El clásico era parado o recostado en una mata de mango. Una vez nos llamaron a formación y era para ver castigar a alguien. Lo pararon con los brazos extendidos en cruz y le pusieron una piedra en cada mano. El pobre lloraba y sudaba frío. Y a Elio La Cruz en la misma posición, con unos mangos con sus ramas que se había robado.

Las cachetadas y palos eran corrientes. Los insultos y burlas gratuitos. Las causas eran muy variadas: mal parado en la fila, hablar en el dormitorio o -cosa grave- tener a una novia a escondidas. Había un internado similar al nuestro de monjas para las muchachas y todos teníamos nuestras novias, la mayoría de las veces eran supuestas e inventos de nuestros sueños infantiles. La misa de los domingos era una buena ocasión para mirarse aun cuando sea de lejos, pues nunca nos permitían reunirnos ni estar juntos. Una vez una muchacha le escribió una carta de amor a Pedro Zerpa y el cura Sánchez la agarró. Nos reunió en el salón de estudios y la leyó delante de todo el mundo y del atribulado muchacho. El cura lo humilló y lo ridiculizó delante

de todos con sus sarcasmos. Era una advertencia hacia los demás: nada de amor, así sea platónico.

Una de las épocas más divertidas de mi vida fue cuando fuí camarógrafo del cine Continental. Me pagaban poco – Bs. 20 mensual – pero podía ver todas las películas que quisiera. Eran casi todas mejicanas y las canciones rancheras mejicanas que sonaban por los altoparlantes para llamar al público. Mi amigo Alejandro Romero era mi compinche, el que me metió en la farándula del cine, porque éramos unos verdaderos artistas y teníamos novias. Me fuí al chinchorro con Eliana, porque no teníamos cama. Ella era de mi misma edad y ninguno de los dos había hecho el amor antes. Yo no pude desnudarme por vergüenza. Se me había olvidado que no tenía interiores debido a la escasez. Tenía 14 años.

Otro delito grave era leer suplementos de cualquier tipo, aunque estos circulaban clandestinamente.

Yo leía todo lo que caía en mis manos. Los curas tenían una biblioteca en el salón de estudios y allí comenzaron mis viajes y sueños extraordinarios a través de la aventura del intelecto. Cuando no dormía la siesta de la 1 de la tarde recostado en mi pupitre, leía de todo lo que en esa biblioteca existía. Mis preferidos eran los viajes de aventuras. Clásicos como Salgari y Julio Verne los devoraba. También me aficioné a la Historia Sagrada (un resumen de la Biblia). A los 12 años traté de leer por primera vez El Quijote. Leía además los libros de cursos más avanzados, de tal manera que siempre iba a la vanguardia en el nivel académico. También leía clandestinamente a Tarzan, Superman, el Enmascarado de Plata y toda clase de suplementos que podía encontrar.

Los libros y cuadernos del curso mi papá me los compraba una vez al año en la librería que los curas tenían para tales efectos y exigía en términos enérgicos y como siempre, delante de todo el mundo: “al finalizar el año me los devuelve igualitos”. Y se los devolvía en

impecables condiciones al finalizar el año escolar. Con los zapatos era igual y nos compraba alpargatas para que no los gastáramos. Al terminar el año ahí debían estar los zapatos. Nosotros, para ahorrarlos, los utilizábamos solamente los domingos para ir a misa.

Al comienzo del bachillerato me aficioné por los libros de aventuras al estilo Jack London y los de ciencia-ficción. Con Movi Dick y Herman Melville paseé por todos los mares del mundo. En Caracas, cuando estudiaba el segundo ciclo de bachillerato mi preferencia se orientó hacia el existencialismo: Jean Paúl Sartre, Françoise Sagan y Albert Camus plenaron mi vida. Cuando los leía me decía a mi mismo que toda mi vida sería así y así ha sido y será. También por esa edad ví la película Zorba El Griego y leí el libro de Nikos Kazantsakis y desde esa época siempre conservo mi música de Mikis Tehodorakis, a veces la bailo y en Londres perdí la oportunidad de hablar con Anthony Quinn, al encontrármelo de frente por casualidad. Nos quedamos mirándonos, con curiosidad, como dos viejos conocidos y así se nos pasó la vida: de largo, para luego vivir arrepentido por no haber abordado a uno de los hombres que siempre admiré. Me dije que toda mi vida sería así y así ha sido. Al entrar a la Universidad si es verdad que una avalancha de lectura se me vino encima. Leía todo el tiempo. La literatura revolucionaria me avasalló. Era un campo propicio para una fértil siembra. Comencé a estudiar de lleno las corrientes del pensamiento Universal. Total que he leído tanto en mi vida que pierdo la cuenta de los innumerables libros que por mis manos han pasado. Aunque tengo muy mala memoria, pues hay libros que he leído varias veces y cada vez que lo leo es como si fuera la primera vez que lo leyera y lo disfruto igual. Sería inútil tratar de hacer un inventario de los libros leídos y de las bibliotecas tenidas y desaparecidas.

Otro delito grave era escaparse del internado, de esa prisión horrible, para ir a ver a los familiares o simplemente, pasearse por el pueblo. Particularmente me escapé en dos ocasiones y felizmente no fuí descubierto, porque esta falta era castigada con la expulsión.

Los sábados, domingos y fiestas nacionales o religiosas el ambiente cambiaba un poco en el colegio. El sábado no había clases. El domingo era el día de la gran fiesta. En la

mañana íbamos a misa en la catedral del pueblo y era una buena ocasión para ver a “las novias”. Por doble motivo había que vestirse pulcramente y para tales ocasiones disponíamos de uniformes blancos de tela muy sencilla. Terminada la misa nos cambiábamos de ropa y enseguida tomábamos un destartalado camión para irnos de paseo a los balnearios. Este reencuentro con la naturaleza era vivificante y curaba todos los males del espíritu y hasta los curas malos se volvían amables, bonachones y humanos. Los mejores paseos eran a la colonia indígena salesiana de Coromoto, donde había un magnífico balneario.

Era mi primer verano en Europa y estaba de vacaciones. Quería conocer la Costa Azul Francesa, famosa por los famosos que viven en ella. Tomé la Ruta del Sol hacia el sur con Martha. Ella tenía dinero y por lo tanto no le gustaba hacer camping. Le gustaba la buena vida y a mí también. Paseamos por Saint Tropez, San Raphael y Jean les Pins. Todo era muy bonito, pero a las famosas playas caribeñas de mi País no le llegan. Sobre todo a mi playa Colorada, cuyas arenas se parecen a las arenas doradas de la playa Keela Wee de El Fantasma. Se la echo a cualquier otra playa del mundo entero. ¡Ah! Y estas playas de aquí no tienen cocoteros y para mí, una playa sin cocoteros no es playa.



Martha Carolyn

Costa Azul 1.976  
Con Martha  
Con Carolyn

1976



Martha Carolyn



1976

A la hora del almuerzo en el balneario todos esperábamos ansiosos los famosos macarronadas o “pasta sciutta” del padre Cocco, acompañada de refrescos. Era el manjar más exquisito, al cual teníamos derecho una vez a la semana.

La cocina Francesa sí es la mejor del mundo. Si bebía vino, tenía que bien acompañarlo. Me volví gourmet también. En Marsella, al Sur de Francia, su plato regional es la sopa Bouillavaise. Es un plato marinero, originario de los pescadores que hacían una sopa con los sobrantes de pescado y mariscos de la pesca. A nuestro famoso -entre nosotros- Cuajao no le llega. Algún día nuestro plato será internacional y famoso. El mañoco si es internacional ya. En Paris comí mañoco. Lo llevan los negros subsaharianos donde es su comida básica. Y su plato nacional es el pescado con mañoco, a sea Cuajao. ¿Algún Amazonense lo impuso? No. Fueron los brasileños que ya tienen sus pies e intereses en África quienes impusieron esta comida.

Y los negros se llevan el mañoco a Europa como los Amazonenses nos lo llevamos a Caracas, como parte imprescindible de nuestra dieta y para calmar el ratón.

Una vez comidos y bañados regresábamos al pueblo donde nos esperaba otra delicia del Domingo.

A mí de Cuba no me gustó el régimen porque elimina la libertad del hombre. Sí me gustaron sus paisajes y su gente. Fuí a la playa de Varadero con Bahilde. Un grupo moreno, como yo, me saluda con alegría: “¡Viva México jójole de la chingada!”. Yo les respondí de igual manera: “¡Viva Venezuela, carajo!”. “Mano creíamos que tú eras mexicano”. “Si lo soy y también soy cubano y venezolano. Somos hermanos. Somos

Latinoamericanos”. La rasca fue enorme. El alboroto peor. Me llevaron en hombros como a los toreros.

Todos esperábamos ansiosos las películas por series que nos pasaban y que toda la semana nos tenía en suspenso. Eran famosos entre nosotros “Los Tambores de Fu Man Chu”, “El Látigo Negro”, “Comando Cuddy”. Películas por series con “episodios mortales” que nos tenían en suspenso el resto de la semana, pensando y discutiendo en el qué pasará en el próximo episodio y cómo haría “el muchacho” para salvarse del “episodio mortal” de la última entrega. Durante la función de cine era una buena oportunidad para escaparse a la ciudad, por la concentración en la película. Terminada la función, nos íbamos todos a dormir, no sin antes ir a la capilla a rezar y a darnos las consabidas buenas noches.

Había también otras épocas especiales cuando venía algún alto prelado de la iglesia. Entonces nos vestíamos de gala y todos al aeropuerto a recibirlo. Fue en esta ocasión cuando tuve por primera vez la oportunidad de ver de cerca un avión, un DC 3 gigantesco, para mí.



La Habana Y Varadero con Bahilde - 1.990



Los aviones supersónicos Concorde corrían por las pistas del aeropuerto de Orly en París. Venían y partían a distintas partes del planeta: Nueva

York, Caracas, Tokio. No añoraba mi País. Quería más bien volar hacia otros destinos. En eso pensaba mientras esperaba a mi esposa e hijo. Mi matrimonio había fracasado. Fué muy duro para mí aceptar esta realidad, pues me había casado ilusionado, quería ser una persona normal con un hogar, una esposa e hijos. Tantos años de vivir solo me había afectado. Antes me había casado con mi carrera, me debía graduar porque sí y para ello puse todo mi empeño y esfuerzo. Apenas me gradué me casé. Entonces añoraba mi libertad y mi soledad, porque mi esposa no me quería. La ruptura llegó, con la decisión de venirme al extranjero. El programa de becas daba la oportunidad de llevarse a la esposa e hijos con gastos pagos y nosotros decidimos darnos, no una oportunidad para rectificar que no existía, sino para que ella también viviera y conociera otras partes. Mis épocas pasadas de existencialista aun estaban presentes en mí: a lo mejor yo no sé lo que quiero, pero sí estoy seguro de lo que no quiero; a lo mejor yo no sé para qué sirvo, pero sí sé para qué no sirvo. Para ser jefe de hogar no sirvo. Y cuando una piensa así y se lo dice a las mujeres, tiene mucho éxito con ellas, porque instintivamente tratan de redimirte, de que ellas no son así y se toman como misión en la vida hacerte cambiar de parecer, pero tú estas claro que no tienes remedio. Hasta que se decepcionan de tí y se van. Por eso he tenido tantas mujeres, quizás, como libros he leído. No recuerdo cuantas, porque siempre extravió la cuenta, pero fueron muchas. A veces es una ventaja tener mala memoria.



Paris - 1.976 con Esposa e Hijo.





Paris - 1.976



Una vez recibido el alto prelado en el aeropuerto, nos íbamos todos a la iglesia a rezar.

Fui a Roma varias veces, pero no a rezar ni a ver el Papa. Fui a ver a Bruneschi y a Miguel Angel. A admirar esta maravilla arquitectónica que es el palacio donde vive el Papa. Pero me estacioné junto al carro del Papa y me pegaron una multa que nunca pagué. En total durante mi estadía en Europa me pegarían tantas multas por estacionarme mal que formarían una bonita colección. Los venezolanos tercermundistas éramos muy irreverentes en estos países demasiado organizados. Yo no tenía a nadie a quien llamar en Venezuela, pero mis otros compañeros se las arreglaban para poner directo los teléfonos públicos y hablar cuánto quisieran en llamadas internacionales sin pagar nada. Si hubiera un premio Nóbel para la tracalería, creo que los venezolanos nos lo ganaríamos. Una vez vivía en Londres en una casa de habitaciones para alquilar, donde el agua para bañarse y la calefacción había que meterle monedas como a la rockola para que diera cierta cantidad de agua para bañarse y cierto tiempo de calefacción por moneda. El cuarto era muy frío. Calculé que si le metía una moneda cada 15 minutos que duraba la calefacción prendida, me arruinaría. Me recordé de CADAFE en Venezuela y trabé la rueda giratoria del medidor con una película de fotografía y entonces vivía con el cuarto todo el tiempo caliente.

Había un africano de Nigeria que vivía en su cuarto embojotado y cuando hablaba echaba humo por la boca de lo frío que estaba. Había un Americano de Oklahoma que convivía con una holandesa rubia, hermosa, espigada y atlética. Cuando el Americano se fué de vacaciones ella se mudó para mi cuarto por lo caliente y además porque yo “me parecía algo a un novio brasileño que había tenido”. Había un inglés del país de Gales y todos nos las pasábamos en mi cuarto porque era el único calentito y ellos creían que yo tenía mucho real. Formábamos juntos las parrandas y comilonas.

Una vez nos fuimos de farra en mi carro por Londres, llevábamos como 12 tragos de whisky en el buche cada uno y nos pararon unos policías de tránsito. Vieron que estábamos emparrandados toda esta mezcla de nacionalidades. Mi carro era pequeño y entre estos gigantes el más pequeño era yo. Como no cabíamos, el americano llevaba en sus piernas a la holandesa y por lo tanto íbamos con exceso de pasajeros. Una infracción no tan grave. Pero manejar en

estado de ebriedad sí es una falta grave y es válida para un juicio con pena de cárcel. Y si sacas un carnet de Diputado, General, Chavista o Adeco es peor la vaina. Nos preguntaron si andábamos tomando y por supuesto que no. Para salir de dudas se dispusieron hacerme el test alcohólico, soplando en un pito con una bolsa. Yo me preparé, inspiré el “aire puro” de Londres, tranquilé la traquea y expiré el aire contenido en mi cavidad bucal y no el de los pulmones. Ante el asombro de mis compañeros salí negativo, cuando lo normal es que con más de 2 whiskys ya se salga positivo. Si hubiese salido positivo, me habrían llevado a un hospital para una prueba de sangre y eso sí es válido para un juicio. Ya tenía tiempo viviendo en Londres, escapado de Francia, pues no se debía salir del país sin permiso del programa de Becas, cosa que nunca respetábamos. La policía nos pidió disculpas por haber dudado de nuestra palabra y nos perdonó la falta menor. De regreso a casa mis amigos me preguntaban ¿cómo lo hiciste? Yo les dije que en mi tierra mis padres eran brujos y por lo tanto yo lo era también. Celebraron bien la ocurrencia, pero nos fuimos todos a dormir aliviados de habernos salvado de un gran problema.

Mi secreto de la calefacción no se lo decía a nadie, pero en Inglaterra el voltaje de la electricidad es diferente al de Francia y los aparatos eléctricos tienen un tri way como toma. Mi radio era francesa con 2 tomas. Mediante inventiva y conexiones logré enchufar la radio a la corriente y el inglés que era estudiante de electrónica le pareció eso “very stupid”. Como estábamos tomando, en la euforia, le enseñé mi secreto de la calefacción y eso le pareció “very clever”. Le dije que hiciera lo mismo y me dijo que no, que ellos no hacían eso. Así son ellos y así somos nosotros.

La policía era también demasiado decente. Una vez salí en la noche en Londres a comer el clásico “fish and chips” a 3 cuadras de la casa. Un policía me pidió los papeles y le dije que los había dejado en el cuarto. Me dijo que fuéramos a buscarlos. A una cuadra se detuvo a esperarme porque, según él, estaba seguro que yo era un gentleman y no era conveniente entonces que mis vecinos me viesen acompañados de un policía. Le traje mis

papeles y se fué complacido. En Venezuela ese policía se hubiese quedado esperándome toda la vida.

No todo era decencia. En Francia me metieron preso por camorrero y borracho. Andaba con mi amigo Oriental Juvenal Malavé de farra. Por un perro empezó la pelea en un bar. Mientras orinábamos el perro nos comió la cena y mi amigo le reclamó al dueño del perro. Él se ofreció a pagar, no solo la cena sino las cervezas también, pero mi amigo estaba alebrestado y el francés le dijo que si lo que quería era pelea también la tendría. Salieron afuera a pelear y llegó un policía y les dijo que si querían pelear que peleasen. Se fajaron y la pelea estaba indecisa pero cuando mi amigo comenzó a darle rolo al francés, el policía le cayó a rolazos al venezolano. Yo le agarré la mano al policía para que no le siguiera pegando, pero en eso llegaron otros policías y nos cayeron a rolazos a los dos. Nos llevaron presos por una noche, hasta que se nos pasara la pea. No presentaron acusación contra nosotros. Valió la pena conocer el calabozo. Era una celda individual toda de machihembrado de madera con un muro para dormir, sin colchón y por el medio del cuarto pasaba una canal con agua que corría. Yo no logré saber si era para beber o para cagar porque escusado no había. A la mañana siguiente nos soltaron y yo le pregunté al policía que si el francés hubiese ganado la pelea, él hubiese intervenido. Me dijo que no porque a él le pagaban para defender a los franceses y no a los extranjeros.

La segunda vez que fuí preso sí fué fea la vaina. Hasta el Consulado de Venezuela tuvo que intervenir. Andaba con mi amigo Carmelo González de Barinas, en su carro, pero manejaba yo, con la licencia internacional vencida. Andábamos tomando. Dí un giro no permitido y nos pararon unos policías de civil. Mi amigo se alebrestó y le dió una cachetada a un policía. Éste y todos los demás policías le cayeron a golpes y a patadas. Yo intervine para que no le siguieran pegando y también me dieron, pero con menos intensidad que a mi amigo. Presos los dos, uno en cada celda ya descrita. A la mañana siguiente a declarar. Acusación: borrachos, agresión a la policía, resistirse al arresto, etc, etc, etc. Les pido llevar a mi amigo al hospital, porque estaba muy mal. Ellos dicen que no tiene nada y busquemos a nuestro abogado.

Llamo a mi abogada, venezolana y amor mío Edith. Ella hace las diligencias ante el Programa de Becas y éstos ante el Consulado, donde los becados teníamos representación. Los franceses nos previenen: “aquí la policía es muy dura y represiva, inclusive con nosotros.” Insisto en llevar a mi amigo al hospital. Dudan, insultan, pero ya no se atreven a golpearnos ante las llamadas del prefecto de la ciudad, de los franceses del Programa de Becas, responsables de nosotros y del representante nuestro en el Consulado. Pero continúan insultándonos y el policía de la cachetada me grita que qué vengo yo hacer aquí, maldito negro extranjero. Yo le respondo que no soy negro, sino indio y rico y por lo tanto puedo andar por donde me dé la gana. Me quiere pegar. Los otros lo detienen. Lo reto. Le digo que si es un ser superior que echemos un round. Que en mi país somos machos y arreglamos las vainas a coñazos. Él me dice que también es un macho. Que está de acuerdo. Los otros dudan, consultan y al fin deciden: 1 minuto para que se le pase la cólera al cacheteado. Pero que ninguno de los dos presentáramos cargos si alguno sale aporreado. En la misma sala nos fajamos por el minuto más corto de mi vida. Dí, me dieron y al final yo tenía un ojo maltratado y él la nariz rota. Su cólera por el contrario aumentó. Quiere seguir peleando. Yo también. Los otros se oponen.

Llegó la orden de llevar a mi amigo al hospital. Le diagnosticaron fractura (fisura) en el tobillo y ahí sí es verdad que los policías se preocuparon, porque en el país de la Igualdad, Fraternidad y Libertad, nosotros podíamos presentar cargos contra ellos por abuso de autoridad. Cuando le caen a coñazos a alguien como le cayeron a mi amigo tiene un nombre raro en francés: passage à tabbac. Traducido sería: pasado a tabaco.



Roma, Venecia  
y Pisa

1.976





Alemania - 1.977

Munich y Franfour



Consultas a alto nivel y decidimos de común acuerdo no presentar cargos nadie contra nadie. La pelea era empate justo el round antes del cual con seguridad perderíamos. Ya me estaba cansando de ser extranjero en un país. Comencé a añorar mi Patria.

Todo el resto del día eran fiestas religiosas del mismo estilo. Al menos se cambiaba la rutina y esto era importante.

Otros días diferentes eran las de las fiestas patrias. Ensayábamos desde meses antes los desfiles y marchas militares para el día del desfile, al compás de tambores, cornetas y chirimías, que resultaban muy floridos y alegres.

También estaban las fiestas religiosas y no había clases. En esta ocasión rezábamos en la catedral y se hacía la primera comunión. Hice la primera comunión. Me confesé por primera vez y me mantuve en retiro espiritual “para no pecar” y según me dijeron iba a ser el “día más feliz de mi vida”. ¡Cómo podía ser feliz en esas condiciones de encierro y maltratos! En otra ocasión hice la confirmación y también comulgue los 14 primeros viernes del mes -seguidos- para ganarme la vida eterna. Si el cielo existe, estoy más que jubilado para entrar a él. Yo venía de una pobreza extrema, pero en mi campo al menos era libre. Añoraba tanto mi libertad que no me daba tiempo de pensar y acongojarme por los insultos y los golpes. Mi mundo era como el del autómatas, insensible y frío y me acostumbré a obedecer por señales debido a este régimen de acondicionamiento de reflejos al cuál nos tenían sometidos.

La Universidad es el lugar para formar las amistades solidarias que duran toda la vida. Responden a intereses personales comunes que se transforman en grupales. Mis amigos eran cuatro: Hermes el Oriental, Tulio y Don los Valeranos y Freddy el Caraqueño de El Valle. Salvo Don que se mudó a México, todos nos visitábamos unos a otros aun después de graduados. Muchas veces fuimos todos juntos a los Andes a casa de Tulio o a Oriente a casa de Hermes. Y todos estuvieron en Puerto Ayacucho. Hermes vivió aquí varios años como Director del M.T.C. Todos conocimos a la familia de cada quien y era como un miembro más. Cuando estudiantes, esta patota universitaria servía para todo solidariamente: para estudiar las diferentes materias, la discusión ideológica, el intercambio de libros de lecturas y de información y, sobre todo, para la bohemia y las parrandas. Éramos una hermandad que

duró mucho tiempo, aún después de graduados. Yo no tenía novia en la Universidad, nunca la tuve a pesar de que había muchas mujeres. Era muy tímido y pobre para tenerla. “Un hombre sin dinero apenas si tiene libertad y sin libertad... ni es hombre ni es nada” (E. Hemingway). “La timidez es una condición extraña del alma, una categoría, una dimensión que se abre hacia la soledad. También es un sufrimiento inseparable, como si se tienen dos epidermis y la segunda piel interior se irrita y se contrae ante la vida. Entre las estructuraciones del hombre, esta calidad o este daño son parte de la aleación que va fundamentando en una larga circunstancia, la perfectividad del ser”. (P. Neruda). La falta constante de dinero me inhibía, cuando no tenía ni para convidar un refresco a mujeres tan exigentes. Eso no quiere decir que no tenía mujeres. Con Nimia empatados en total sumaríamos 10 años y nació Malinda. Con Clelia serían unos 5 años y nació Katiuska. Y ya al final de la carrera en una despedida Maracaibera con Carmen, según mis amigos Maracuchos, nació otro, cuando tenía meses en mi tierra.

Sin embargo hice un amigo. Era el segundo en la clase después de mí. Se llamaba David Guzmán y quizás nos identificáramos por el intelecto y por las disputas que invariablemente terminaban a puñetazos, pero sin rencores. Por estos tiempos ya había aprendido a pelear después de quedar invicto en varias peleas donde no gané ninguna. El aprendizaje era completo y mi hermano intervenía a defenderme si el oponente era mayor que yo, pero si era del mismo tamaño, jamás intervenía. Yo debía aprender a defenderme sólo. Todas las lecciones eran muy duras. David tenía una novia verdadera muy bonita. Yo me inventé enseguida otra muy bonita llamada Odessa y yo la llamaba María. Ya en el Liceo, no ella, pero sí su hermana llegó a ser mi novia. Veíamos a la familia una vez al año, cada Julio y algunas veces en Diciembre si mi papá nos venía a buscar para pasar las navidades juntos. El segundo año salimos en Julio después de un año de encierro. La vega estaba anegada y no podíamos ir allá. Decidimos quedarnos en Puerto Ayacucho. Alquilamos una pieza por Bs. 10 al mes. Ahí vivía la familia toda: papá, mamá, la abuela y 4 hermanos. Había una pieza contigua que servía de cocina y comedor. Nuestros vecinos dueños de la casa era una numerosa familia y había cuatro muchachas entre 12 y 18 años. Todos los hermanos nos enamoramos enseguida, yo

platónicamente pues todavía no podía abandonar la idea del “sucio sexo” predicada por los curas.



Con Hermes y Freddy de Farra.



Con Tulio Javier y su hermano



Con el amigo Graciano Montes, de gira.

- Amigo: Con sinceridad me da vergüenza decir que soy amazonense. Cuando me preguntan los otros estudiantes de otras partes del país de dónde soy, les digo que soy Brasileiro.
- ¿Por qué amigo? Nosotros somos indios, pero valemos. Nuestra tierra es hermosa. Sobre todo mi terruño donde nací, Crespo, aunque me crié en Maroa y me formé en Puerto Ayacucho.
- No me refiero a las bellezas naturales. Yo también nací en un medio selvático y paradisíaco. Fui muy feliz en mi niñez con el arrullo de mis selvas y ríos. Me refiero al aspecto político administrativo de nuestro Territorio: hasta ahora ningún gobernador que haya pisado nuestra tierra ha sido amazonense, salvo la honrosa excepción de Marcelino Bueno y eso hace muchos años. Verdaderamente, me siento avergonzado.
- Ahí sí tienes razón amigo. Yo también siento lo mismo que tú. Lo he pensado y requetepensado. Debería sentirme orgulloso que el único amazonense que ha sido Gobernador del Amazonas haya nacido en mi tierra, Maroa. Los otros son advenedizos, que van al Amazonas con ánimos de enriquecerse solamente. No les importamos para nada. Y llevamos más de siglo y medio con esta misma situación.
- ¿Qué podemos hacer nosotros, amigo, para cambiar todo esto? Somos estudiantes, apenas empezando, pobres y por lo tanto con un futuro incierto.
- La solución está, amigo, en prepararnos, estudiar, unirnos y luchar. Cuando nos graduemos tendrán que pararnos bolas. Y ahora también si nos unimos. Fíjate bien: nosotros, a pesar de todas las penurias que hemos pasado somos unos privilegiados al estar entre los primeros amazonense que han pisado una Universidad, cuando muchos de nuestros compañeros, aunque nos duela, se han quedado en el conuco. Así es que, ánimo amigo mío, que el futuro es nuestro.

Esta conversación se llevaba acabo en la residencia Universitaria de la UCV, donde actualmente funciona o funcionaba la escuela de Sociología, en el 2º piso. Ahí vivía “el amigo” como acostumbrábamos llamarnos entre nosotros. Finalizaba el año 1.965 y comenzaban las actividades académicas. Yo tenía 20 años y comenzaba a estudiar Ingeniería. Graciano Montes, mi interlocutor, tenía veintipicos. Era de edad y de estatura indefinida, debido a un defecto físico que supo sobrellevar y que nunca -mucho menos- lo acomplejó. Lo había conocido mucho antes. Estudiamos juntos internos donde los curas, en el Asilo y Luego Colegio Pío XI en los años 50. Era -¿éramos?- muy callados y taciturnos. Dedicado a los estudios. Lo recuerdo aprendiendo a escribir a máquina. ¡Oh prodigio! Nunca logré entender como lo hacía si le faltaban todos los dedos de la mano derecha. También, ya en la Universidad, tocaba el cuatro con igual maestría. Cuando salí de 6º grado ya estaba en el Liceo. Cuando entré al Liceo ya se había ido para Caracas a continuar estudios. Cuando entré a la Universidad ya Montes tenía 2 ó 3 años en ella. Cuando salí de la Universidad Montes se quedó en ella y salió 2 ó 3 años después. Montes fué el fundador y primer presidente de la Asociación de Estudiante de Amazonas. Yo fuí el segundo. Luego de graduados Montes fué fundador y primer presidente del Centro de Ingenieros del Estado Amazonas. Yo fuí el segundo. Montes murió primero. Yo seré el segundo.

Pero no crean que Montes perdía el tiempo inútilmente. Pensaba. Empleaba el tiempo de otra manera con pensum diferente. Le había perdido la pista hasta ese reencuentro en la Universidad de los años 60. Cuando entré ya era un veterano. Sus amistades eran los amigos Orientales que estaban en la guerrilla. Sus profesores los teóricos del Marxismo de la Universidad convulsionada y enguerrillada. Montes no era un militante. Pero había aprovechado su tiempo para analizar, pensar, oír, escuchar y comparar. En fin: aprender. Nuestra desventajosa situación sociopolítica no había escapado a su análisis crítico. Era, en esos momentos, un teórico que quería llevar sus ideas a la práctica. Yo en ese momento ignoraba todo esto. No se me ocurrió pensar que el amigo ya había tomado una decisión. Ya había hablado con otros estudiantes Universitarios o Técnicos: Néstor Rafael González, Omar España,

Julián Marcano, Nelsy Cova, Enrique Silva, Antonio Acosta, Pedro González, Ramón Rivas, Donato Ladino, Rafael Escobar, Cesar Azabache (†), Eleazar Silva y otros que escapan a mi memoria. Sembraba en terreno abonado, porque todos pensábamos y sentíamos lo mismo hacia nuestra tierra. Montes decidió en ese momento ser un líder a la usanza de los Universitarios de los años 60 y lo fué. Nuestro primer gran líder. El que tuvo la visión clara del momento que vivíamos. Decidió organizar a los estudiantes Amazonenses bajo una bandera de lucha.



Dirse Henríquez  
y  
Graciano Montes.



Caracas 1.967  
Estudiantes Fundadores de la Asociación  
de Estudiantes de Amazonas.

Nelsy Cova,  
Vianney Pérez,  
y  
Nilene Henríquez.



Angel Belizario, Vianney Pérez,  
Andres Jimenez, Graciano Montes,  
Nilene Henríquez, Julián Marcano,  
Edgar Ramirez, Nelsy Cova, Justa  
Fernandez, Tito Cortez, Hilario Puerta,  
Yo, Luis Rivas, Dirse Henríquez,  
Eleazar Silva y Nestor Gonzalez.



Hilario Puerta, Luis Orozco, Vicente  
Ladino, Abreu, Juan Mirabal, El Chamo  
Rufo, Tomás Puerta, Andres Jimenez y  
Rafael Escobar.



20 Años despues.....

Yo, Bahilde García, Graciano Montes,  
Eleazar Silva y Nestor R. González.

Fueron unas vacaciones magnificas. Vivía en la ciudad a la orilla del río Orinoco donde hice mi hábitat consuetudinario. Me bañaba todos los días en el río, pescaba en las ribazones y estaba enamorado. Estas vacaciones me sirvieron para apreciar mi libertad perdida y a disfrutarla con más intensidad. Pero como todas las cosas buenas, tuvieron que finalizar pronto y en Septiembre tuve que reintegrarme a mi internado y mis padres a su vega. Mis dos hermanos mayores, que ya habían salido del 6° grado, decidieron quedarse en la ciudad trabajando. Mi papá se fué con los menores a trabajar la vega. Comencé a añorar de nuevo mi libertad perdida. Nada había cambiado en el internado. El mismo régimen estricto, el mismo horario, la misma rutina y el mismo etcétera. Hasta el aprendizaje me resultó aburrido y comencé a leer libros de años superiores a los míos. Yo quería avanzar y mi impaciencia era grande. Los días se me hacían esta vez más y más largos en espera de las ansiadas vacaciones

de Diciembre que no llegaban. Al fin llegaron y mi padre nos fué a buscar a la ciudad. Eran tres días en curiara y toda la familia nos fuimos a la vega.

Quería conocer al Brasil gigante. Me embarqué vía fluvial Puerto Ayacucho – Samariapo – San Fernando de Atabapo – Río Orinoco – Brazo Casiquiare – San Carlos de Río Negro – Cocuy – San Gabriel de Cachoeira – Manaos. Veinte días en un carguero hasta San Gabriel y luego 5 días más hasta Manaos.

Yo venía de Manaos  
 que es Paris y Nueva York  
 por el humo, por las naos  
 por la risa y el amor.  
 Nueva York durante el día:  
 fabricante, comercial;  
 y en las noches de alegría  
 un Paris primaveral.

A Manaos llegan barcos de todas partes del mundo y lo que provoca es continuar el viaje: Tabatinga, Iquitos, Leticia, son nombres que atraen. Belén do Pará, puerta del mundo marítimo y fluvial es un nombre que sabe a aventuras. Brasil es demasiado grande. Es un gigante dormido a nuestro lado. Regreso por tierra vía Manaos – Boa Vista – Santa Elena de Uairen.

Yo venía de Manaos...

El Poema “Balada de un viejo viaje” es de Alfredo Arvelo Larriva. Vivió en nuestra tierra entre 1.901 – 1.903 y fué a Manaos por la misma ruta, cuando todavía no existía Puerto Ayacucho.

En la vega nos esperaban tres hermanos más pequeños, mamá y la abuela. Yo y los otros hermanos mayores, nos integramos al trabajo duro de sol a sol, con apenas un pequeño descanso al mediodía para comer. Había que desmontar y cuidar lo ya sembrado, pues los pájaros, monos y otros animales se comían el maíz y había que espantarlos. Yo estaba acostumbrado a la vida dura y esta clase de trabajo lo aceptaba con esmero y era un juego para mí. En esta época, 31 de Diciembre de 1.956 quiso la desgracia una vez más tocar a la puerta de nuestra pobre familia.

Era mi familia ésta familia inglesa. Conocí a Carolyn en Francia y después decidimos vivir un tiempo en Inglaterra. Llegamos a casa de sus padres. Inglaterra es como una gran ciudad. Casi no hay espacios vacíos y las casas aparecen por todas partes. Vivíamos en la ciudad y en el campo. Eran demasiados decentes según nuestros parámetros. Nos llevaban a Carolyn y a mí el desayuno a la cama. Tuve que huir porque eran demasiados decentes.



My English Family

England - 1.978





My English Family  
England - 1.978





Sailing with my English Family

England 1.978



Ese año nuevo lo íbamos a celebrar en Albarical, pequeño caserío situado al otro lado del río, al frente de la isla, margen derecho del Orinoco, como a 5 kms. en época de sequía (así era en ese diciembre) y a 100 mts. de la misma orilla en

época de invierno. Estábamos invitados a la tradicional fiesta del tío Antonio, con arpa, cuatro y maraca. Para pasar había una curiara grande y otra pequeña. Como a las 4 de la tarde decidimos que los hermanos mayores, Adrián de 17 años y Pedro de 14 y los menores Víctor de 7 -cumplía año ese mismo día-, Isabel de 8 -única hermana- y Luis Bernardo de año y medio -aun mamaba teta- junto con mamá, atravesaran el río en la curiara grande. Mi padre y yo nos quedaríamos en el conuco espantando los loros hasta que se escondiera el sol, tiempo de ellos irse a dormir. Dió la mala suerte que cuando iban en medio del Orinoco se desató una tempestad poco común en bravura. Mi mamá y hermanos remaban con las fuerzas que da el desespero por salvar sus vidas y la de los menores. Las olas y el viento aumentaban su fuerza y su furor. Aquí ocurrió mi cuarto nacimiento y mi primera muerte.

En los momentos desesperados siempre me recuerdo del poeta inglés Chesterton. Escribió un poema llamado “La balada del caballo blanco”. Se trata del rey Alfredo de Inglaterra, derrotados por los Vikingos, se refugia en una isla del Támesis. El rey está herido, su espada rota, su reino perdido y él moribundo. Se le aparece la virgen y él le pide:

Virgen dime algo para mi esperanza  
algo para mi consuelo.

La virgen le responde:

No tengo nada para tu esperanza  
menos para tu consuelo.  
Solamente te digo que  
la noche se vuelve más oscura  
y el mar se pone más alto.

Cuando comenzó la segunda guerra mundial y Hitler empezó a bombardear Londres, el Times, principal periódico de la ciudad, solamente publicó en sus páginas las dos últimas estrofas de este poema en caracteres gigantes. Es lo mismo que Churchil prometió: sangre, sudor y lágrimas.

Alcanzaron a llegar hasta más o menos 15 mts. de la orilla, cuando la curiara ya no pudo resistir más la tempestad y comenzó a zozobrar delante los ojos aterrorizados de unos seres inermes y la furia de una naturaleza desatada. Mi hermanita fué la primera en sacrificarse, saltó fuera de la curiara en un intento vano y sin esperanza que los demás se salvaran, desapareció entre las olas, pues no sabía nadar. La curiara zozobró. Pedro agarró al que tenía más cerca, a Víctor, que tampoco sabía nadar y logró en decisión macabra, llevarlo hasta la orilla. Lo colocó sobre la playa y pero las olas eran tan enormes que amenazaban con llevárselo de nuevo. Tuvo que quedarse junto a él porque, loco de terror, buscaba de nuevo tirarse al río. Este hermano ha nacido dos veces en 31 de Diciembre diferentes. Mamá sabía nadar, pero tenía a su pequeño entre los brazos y no lo soltaba por nada del mundo. Adrián estaba alejado de ella en la curiara, nadó hacia ella, la sacó, ya ahogada, sin su hijito entre los brazos. Mi madre fué depositada sobre la arena de la playa y pudiera ser que todavía fuera salvable, pero no conocían los métodos de primeros auxilios para salvar ahogados. Tal vez fué mejor que muriera mi madre, pues ella no hubiera soportado tanto dolor al ver a sus pequeños desaparecidos.

Yo lloraba recostado de mi brazo y de un poste de la carretera de Southamton ese 31 de Diciembre. Carolyn estaba a mi lado y me consolaba arrepentida -¡arrepentidos!- de haber peleado. Yo estaba borracho. En mi desesperanza añoraba mi Patria. Me había tomado, solo, una botella de whisky ante el asombro de unos circunspectos ingleses. Deseaba emborracharme y estaba borracho. Sería la medianoche y la nieve caía sobre mi cabellera abundante y reclamante de un barbero. La pelea comenzó porque dentro de la pea, yo comencé a manejar por la derecha, cuando allá se maneja por la izquierda. Ella quiso manejar, pero mi carro tenía el volante a la izquierda y allá lo tienen a la derecha. No pudo con

los cambios al revés. Nos detuvimos, ella se bajó furiosa y yo también me enfurecí. Me puse a llorar y le decía que nadie me quería. Pero ella me quería, me decía. Yo le decía que no era eso, sino que yo quería en ese momento estar en mi patria. Ya era suficiente la aventura Europea. Ya había sacado el título de Master en Economía y estaba preparando el Doctorado. Pero 3 años era suficiente. No aguantaba más. Me iba. Que el otro año, 31 de Diciembre -¡lo juro!- estaría en mi Patria. Ya estaba cansado de esta mierda de Europa, donde discriminan a uno. Que cuando estaba en Francia me discriminaban porque creían que yo era árabe. Y allá les tienen arrechera a los árabes porque son los pobres Marrocanos y Argelinos los que van. Que aquí en Inglaterra quieren a los árabes porque son los ricos árabes Sauditas los que vienen, entonces a mí aquí me discriminan porque creen que yo soy un hindú. ¡Y Uds. les tienen arrechera a los hindúes! -¡I haven't luck!-. -¡Je n`ait pas de chance!-. -¡Yo no tengo suerte!-. Que se fueran todos a la mierda, porque yo tenía un País. -¡Mi País!- donde nadie discrimina a nadie. Y éste 31 de Diciembre que viene -¡lo juro!- debo estar allá. En algún momento de mi estadía en Europa me descuidé, quitándome la coraza protectora de mi alma y la discriminación racial se coló dentro de ella, hiriéndome. Yo había llegado preparado para todo y ahora era un ser vulnerable que me afectaba hasta el frío invierno. Sí, definitivamente, era el tiempo de regresar.

    Mi hermano mayor decidió ir en busca de ayuda, mientras Pedro cuidaba a Víctor y a mi madre muerta. Corrió por la orilla del Orinoco embravecido, atravesó una tupida selva llena de cubarro, abandonó la ropa para atravesar nadando un rebalse -como de 500mts.- infestado de caribes, atravesó desnudo la selva de la otra orilla y una sabana, para por fin llegar desnudo a la casa del tío Antonio donde todos estaban preparando la fiesta. En total unos 15 Kms. en 2 horas. Enseguida se movilizó la gente para el rescate como a las 7 de la noche. Mientras, papá y yo, terminábamos nuestra faena de cuidar nuestras riquezas. Y como a esa misma hora tomamos la curiara pequeña y atravesamos el mismo río que, aunque más calmado, presentó dificultades. El accidente había sido aguas arriba del puerto y por eso no nos topamos con la expedición de rescate. Llegamos directo al puerto y caminamos los 5 Kms. para llegar a la casa del tío Antonio. Ya era de noche. Apenas

llegamos, a la luz de las lámparas de kerosén, nos dieron la terrible noticia: mamá muerta y los dos pequeños desaparecidos. Esto fué como un latigazo en mi cerebro, no comprendía porqué tenía que haber sucedido esta desgracia y comencé a gemir y a llorar con desespero y dolor. Mi padre comenzó a correr, llorando también, desandando el camino por donde habíamos venido y yo lo seguí. Recuerdo que una de las mujeres me agarró por el brazo, tratando de sujetarme para que me quedara, pero yo me solté en un movimiento brusco y seguí a mi padre. Él corría delante de mí, hacia nuestra desgracia ya cierta, rumbo a la curiara, el camino alumbrado de vez en cuando por una luna clara de diciembre, que debía ser alegre, pero que ahora también lloraba sangre junto con nosotros. Yo lloraba y corría sin experimentar cansancio y mi mente no podía concebir que mi madre hubiera muerto.

Yo corría hacia el Intipunko (Puerta del Sol) en los Andes Peruanos, rumbo a la ciudad perdida de Macchu Picchu. Este era el cuarto día y último del “Camino Inca”, ruta incaica de 38 Kms. entre 3.000 y 4.200 mts entre las montañas andinas. No iba cansado, porque me había entrenado durante una semana en los Andes Venezolanos específicamente en Los Nevados con mis amigos Carlos Reyes y Orlando Toro (El Torito), montañistas ambos. Ahora veía los frutos de mi entrenamiento y por eso iba feliz hacía mi destino indígena: corría en el último tramo. ¡A esta edad! ¿Hasta donde llegaré con mis aventuras? ¡Ah! Ya sé. Mi próximo viaje y quizás el último será a un Carnaval de Río. Me dicen que es lo máximo en alegría sobre el planeta y no quiero perderme esa semana donde Baco y Dionisio bailan juntos la Samba. Sí, quizás sea mi último viaje.





Inicio de El Camino Inca.  
Perú - 1.999





En El Camino Inca  
Perú - 1.999





Machu Picchu - Final de El Camino Inca  
Perú - 1.999



Llegamos a la curiara, la abordamos y comenzamos a jalar canaleta con desesperación aguas arriba por la orilla. Como a los 15 minutos vimos una luz de linterna que se acercaba cada vez más. Los que habían ido a rescatar lo que quedaba de mi familia traían a mi mamá acostada en el fondo de una curiara. Entre ellos venía desconsolado mi

tío Antonio. Nunca olvidaré esa imagen de la muerte de un ser querido. Llegamos todos al puerto y no sé de dónde salió un chinchorro, allí metimos a mi madre muerta, colgaron los dos extremos del chinchorro a un palo y de esa forma, entre dos hombres por turnos, la trasladaron a la casa del tío. Lo que debería ser una fiesta se convirtió en un velorio. Acostaron a mi madre sobre una mesa y yo tenía la esperanza de que reviviera. La veía en una actitud tan plácida, sin terror en su rostro, que yo me agachaba y pegaba mi oreja en su pecho, para ver si latía su corazón. Latía, pero el mío.

A la mañana siguiente iniciamos la búsqueda de los otros hermanos desaparecidos. Vino otra gente de los alrededores a ayudarnos y mientras unos buscaban en el río, otros se dedicaban al entierro. La urna consistió en la parte delantera de una curiara trozada al tamaño de mi madre. En la tarde la fuimos a enterrar al cementerio de Sapo. Llevamos el cadáver hasta el puerto. Ahí ví la explosión de llanto, ira y dolor del tío Antonio, al correr desesperado tras la urna. Él, que era tan ponderado. Luego por río y otra vez a pie hasta el cementerio.

La búsqueda de mis hermanos no concluyó en nada por ese día. Al siguiente, como a las 12, encontramos a mi hermanita. Los peces le habían comido el cuero de la cara, respetando el cuero cabelludo y habían comenzado con el tórax. Ya se veían las vísceras. Era un espectáculo macabro el que ofrecía mi pobre hermana. Ese mismo día la enterramos en las adyacencias a la casa del tío Antonio. Aun hoy se le venera como un ánima buena y los lugareños le prenden velas y le llevan flores para pedirle favores y que interceda por ellos en el más allá. Treinta años después, Víctor y yo regresamos a arreglar estas tumbas. Ahora, ya a los 58 años, ni arreglo tumbas ni prendo velas. Que mis seres queridos esperen mi regreso a la madre tierra y nos veremos en el más allá. Mi hermanito Luis Bernardo nunca apareció.



Tumba de Mi Mamá en Sapo.  
Con el Tio Antonio - 30 años despues.

Al otro día, 3 de enero de 1.957, nos fuimos los sobrevivientes del desastre de la familia a la vega. Mi padre había decidido abandonar todo. Recogeríamos algunas pequeñas pertenencias para mudarnos a Puerto Ayacucho. Llegamos a la isla y papá en un gesto patético quemó el rancho. A lo lejos se oía el ruidoso festín de los monos, loros y guacamayas comiéndose nuestro tesoro -el maíz tierno- en alegre camaradería selvática. No había vuelta atrás. Atravesamos de nuevo el río Orinoco con nuestras pocas pertenencias, sin dinero y un gallo. En un barranco de la orilla nos pusimos todos a llorar, a la espera de una embarcación que nos llevara a Puerto Ayacucho. Como al mediodía pasó el Sr. Infante que venía de Las Iguanitas rumbo a la ciudad. Le hicimos señales para que se detuviera, se acercó y le pedimos que nos llevara. Nos pidió dinero y le dijimos que no teníamos. Le contamos nuestra desgracia y le ofrecimos el gallo para que nos llevara. Él aceptó en un gesto simbólico para no tener que llevarnos gratis. Volvíamos todos, una vez más, de nuevo, a comenzar en condiciones desventajosas ante la vida. Ahora éramos menos y el concepto de

familia en el sentido tradicional en ese momento desapareció. Yo creo que, en ese barranco a la orilla del Orinoco, cada uno, sin darse cuenta, comenzó a abrirse paso ante la vida a fuerza de coraje y sacrificios enormes, hasta llegar a ser independiente lo que cada uno fué. Cada quien agarró su propio rumbo y su propio destino. Fué la diáspora nuestra.

Cursaba el 5° año de bachillerato en el Liceo Fermín Toro de Caracas e iba bien, pero aguantaba mucha hambre. Vivía solo en una pensión. Era el único estudiante y la mayoría policías que reprimían las manifestaciones. Mi Liceo era muy revoltoso en los años 60 y los enfrentamientos con la policía era el pan de cada día. Los fines de semana los policías se rascaban y me iban o tocar la puerta con la punta del revolver: “ven a tirar piedras coño e` madre”. Yo les decía que me dejaran quieto, que yo me estaba muriendo pero de hambre y si querían que me mataran de una vez. Con el tiempo fuimos amigos y muchas veces me dieron de comer y beber. Fuí donde mi Ángel Guardián, mi profesora Arteaga, mi profesora guía a pedirle la boleta de retiro. Buscaría un sitio donde pudiera vender mi trabajo por un pedazo de pan. Estaba cansado de llevar a cuesta la cruz de los hambrientos. Con la seguridad del pan se obtiene la seguridad de la mente y del espíritu. Ella me preguntó que qué me pasaba, que le contara porque para eso estaba ella, para ayudar. Yo no quería contarle nada, solamente quería mi boleta de retiro para irme. Ante tanta insistencia comencé a decirle que ya estaba cansado de tanto aguantar hambre, que no aguantaba más mi situación, le puse en cuenta de las condiciones inhumanas en la cual sobrevivía con 200 bolívares de beca mensual. Comencé a llorar y mi profesora lloraba junto conmigo de puro sentimiento ante mi situación que ella consideraba inverosímil. Me dió 20 bolívares, me consiguió una beca adicional de 60 bolívares al mes y logró que yo comiera en el comedor del Liceo el almuerzo. Era la primera vez que decididamente iba a abandonar los estudios y hubo una persona buena que me salvó.

Aquí ocurrió mi quinto nacimiento.

Esto marcó el fin de una época y el comienzo de otra. Dejamos de ser campesinos para convertirnos en obreros y marginales de la ciudad. Una nueva vida y destino nos esperaba a todos. Abandonamos definitivamente el campo. Ese año mi hermano había salido de 6° grado y por lo tanto del internado. Víctor, aunque tenía solamente 7 años tuvo que entrar a la escuela interno porque mi papá no tenía donde dejarlo. Era el más pequeño de todos en el internado y ahí tuve yo que poner en práctica mis conocimientos como tutor y guía, que había aprendido de mi hermano. Entonces me tocaba a mí las peleas a puñetazos por defender a mi pequeño de la misma forma que mi hermano se había peleado por mí. La vida en el colegio siguió igual que siempre. Ya era un veterano que me conocía todo el mecanismo cómo funcionaba eso, como también las artimañas para evadir los castigos. Por esta época mis dos hermanos llegaron a ser maestros del colegio y mi papá consiguió trabajo como Obrero de Obras Públicas. Ganaba Bs. 5 diarios.

Mi padre era un tipo muy espontáneo, extrovertido y dicharachero. Pero a todos sus hijos nos crió tímidos, taciturnos e introvertidos. Tuvimos que adaptar nuestra personalidad a las circunstancias a través del tiempo. Estando Pedro y yo en Caracas, estudiando yo y trabajando él, nos fué a visitar. Era la primera vez que iba a la gran ciudad. Llegó a la pensión donde vivíamos con una algarabía típica de él. Lo primero que nos expresó con una alegría inmensa era que ya sabía firmar, agarró un papel y un lápiz y estampó su firma. Él no sabía comer con cubiertos, pero no se amilanó por eso. Fué a trinchar el huevo frito y éste saltó del plato y fué a tener al piso, para embarazo nuestro y de los demás comensales. Él siguió adelante como si nada. La sopa gallega no le gustó porque, según su expresión, “él no era iguana para comer hojas”. De noche le dieron ganas de orinar y se salió al patio interior donde vivíamos. Yo le dije que fuera al baño, porque ahí no se orinaba y nos podían llamar la atención los demás. Me dijo que después de viejo nadie iba a decirle donde él debía mear. Yo le dije que entonces que se meara donde le diera la gana. Claro está, de muy buena manera. Vivía pendiente de “sus matas” y de “sus clientes” pues era vendedor de prendas. Caracas no le gustó. Criticaba la manera de vivir arriba del vecino en los edificios de apartamentos, como duermen las gallinas, que las de arriba cagan a las de abajo. Lo llevé a ver

el mar y eso sí le gustó. Me preguntó que para donde corría. Se puso el traje de baño y se metió con el agua hasta las nalgas y se puso a lavarse el culo delante de todo el mundo, sin pena ni inhibiciones, como hacíamos en nuestro medio natural, en los ríos. A mí me daba pena, pero admiraba su temple auténtico. Me moría de la risa, de sus ocurrencias y lo que ahora aquí escribo, siempre lo he recordado con mucho cariño. Era como un hombre niño que no maduró nunca y él me transmitió esa actitud ante la vida, porque aún no logro arrepentirme de lo que fui y soy.

Llegó Julio otra vez y nos fuimos de vacaciones, mi hermanito con mi abuela que se había venido a vivir a Puerto Ayacucho, junto con los dos hermanos mayores que eran maestros y yo con mi padrino de confirmación, su esposa y su hijo el cual me aceptó como sirviente, pues mi padre estaba en muy precarias condiciones económicas y además había comenzado a agarrarle gusto a las bebidas alcohólicas y a las mujeres. Casi no lo veíamos. Yo creo que todo era justificable dado su estado emocional y su nueva condición de viudo. Más aun si el núcleo familiar había prácticamente dejado de existir. Yo me ocupaba de los trabajos domésticos en la casa del padrino: cuidaba al niño, lavaba los platos, limpiaba la casa y hacía los mandados. Yo añoraba mucho mi hogar perdido y me trastornó mi estadía en una casa extraña. Así pasé las vacaciones sin pena ni gloria y a la entrada de clases, en septiembre, mi padrino me propuso que estudiase externo, para así poder continuar ayudándolo y a su mujer en los quehaceres de la casa. Yo acepté y vino también otro ahijado a vivir y a estudiar en la misma casa. Pasó otro año escolar el cual aprobé satisfactoriamente y mi condición de externo no mejoró para nada mi condición antigua. Lo que hacía era trabajar y estudiar todo el tiempo, sin un lugar para el esparcimiento. Las vacaciones para mí no existían y cuando iba a la casa donde vivían mis hermanos y mi abuela veía que no podían ocuparse de mí y tenía que continuar con mi condición de explotado y sirviente a la edad de 12 años. Solamente me daban la comida y nunca dinero. Entré a otro año escolar que ya era el 4º y continuaba siempre trabajando y estudiando. Así llegaron las vacaciones de Diciembre del año 57 y mi padrino me llevó con su familia a Caracas, para continuar de sirviente. El 1º de Enero del 58 estábamos allá cuando estalló la sublevación contra Pérez Jiménez. Mi padrino

estaba muy asustado, pues era un funcionario del gobierno en Amazonas. Regresamos y yo comencé de nuevo a estudiar y a trabajar. El 21 hubo una nueva sublevación y concluyó con el derrocamiento del gobierno el 23. Mi padrino tuvo que huir y se asiló en la Guardia Nacional. Yo tuve que mudarme a casa de mis hermanos y abuelita, que era lo que yo más anhelaba. O sea que ese día a mí también me liberaron. Papá a veces se aparecía por allá. Continué estudiando como externo.

Estaba cansado de no hacer nada en Puerto Ayacucho. Puras parrandas y mujeres. Vivíamos con papá en el rancho de tablas. Pero la culpa la tenía el gobierno de Caldera que nos había cerrado la Universidad hacía casi un año. ¿Qué hacer? Mi papá (y con razón) ya no creía en mí. Dudaba que yo saliera del tremedal. Pero un día me dije ¡Ya basta! Me voy. ¿Para dónde? No sé. Pero me voy de Puerto Ayacucho, así no haya clases en la Universidad. Me fuí. Hablé con mis amigos en Caracas. Todos estaban desorientados al igual que yo. Don Vilorio se iba para México. Pues yo te acompaño. Le pedí el pasaje a mi hermano. Me dijo que tardaría una semana en dármelo. Don ya tenía su pasaje y se fué. Me esperaba allá dentro de una semana. Mientras, me fuí a Maracaibo a ver la Universidad de allá. ¡Sorpresa!. Aquí nunca se habían parado como nosotros en la UCV, que ya llevaba dos años acumulados de paros, más un año y medio que me habían raspado, tres años y medio perdidos. Aquí no eran revolucionarios como nosotros. Me quedo. Me inscribí con los pocos papeles que tenía y me aceptaron provisionalmente en el semestre que estaba por comenzar. Ya iba por la mitad de la carrera. La UCV era extremadamente difícil. Aquí todo era fácil y por lo tanto los emigrados de la UCV éramos los mejores estudiantes. Además aquí la Universidad alojaba y alimentaba a los estudiantes en la ciudad. Más nunca en mi vida ni me rasparon ni volví a aguantar hambre. ¡Que molleja primo! Me volví maracucho. Pobre Don. Se quedó esperándome en el Aeropuerto de México.

Entre los recuerdos gratos fue la pandilla que formamos los muchachos de mi edad del barrio. Éramos como 10 e íbamos a clases en la mañana, comíamos al mediodía y enseguida nos íbamos a bañar al río Orinoco, desde la 1 hasta

la 5pm. Nos íbamos también de pesca para la manutención. Nuestra diversión era jugar en el monte cercano los juegos más diversos. Había crecido y las muchachas que había conocido años antes también y nuestros amores de ahora ya no eran tan platónicos. Todavía vivíamos en la misma pieza de años antes y continuábamos pagando Bs. 10 mensual. También comencé a gozar de más libertad, sin ningún control y encontré más interesante la vida. Qué más podía pedir: iba a la escuela en la mañana, me bañaba el resto del día en el Orinoco, o me iba a pescar, todo el tiempo con los amigos. Esta vida comenzaba a gustarme. La libertad perdida después de muchos años volvía a mí y la recibía con la alegría y la timidez feliz de alguien que reencuentra algo grato que había perdido. Comencé el 5° grado y lo pasé bien. Esperaba ansioso mis vacaciones de Julio y mi papá se me adelantó. Vivíamos en el rancho de tablas propio, pero en el mismo barrio y papá decidió darle un parao a mi libertad. Me puso a trabajar con un comerciante de la localidad. Era un trabajo duro de más de 12 horas diarias como despachador de mercancías. A veces era doblemente duro como cuando me pusieron a mudar mil bloques de concreto de un lado a otro. Trabajé dos meses sin paga. Mi papá no perdió oportunidad de ir por allá “por si me portaba mal”. A los 2 meses me pagó Bs.60 o sea que ganaba Bs. 2 diarios. No dije nada, pero desde ese día comencé a robarme un promedio de Bs.10 por día. Trabajaba hasta los Domingos y decidí robar al ladrón también. Con la plata lo único que hacía era invitar a todos los amigos del barrio al cine. Era muy bueno tener tanto dinero. Afortunadamente todo terminó el día en que el comerciante quiso enviarme a vender plátanos a la calle en una carretilla. Claro, yo como empleado y él ganándose todos los beneficios. Me negué y me botó para mi regocijo. Además comenzaban las clases.

Vendí mi carro para poder pagar el pasaje y estadia en EE.UU. Había sido tan izquierdista que aún sentía resquemor hacía el gran país del Norte. Mi hermano estudiaba allá y sería mi guía. Éste país se parece a Brasil en que todo es “lo más grande del mundo”. Visitaba a mi hermano porque casi nunca nos veíamos. Se fue a estudiar a Brasil donde estuvo 7 años. Se graduó y se vino a Venezuela. Pero entonces me fui para

Europa. Cuando regresé, él se fue a EEUU a estudiar donde estuvo 4 años. Total que al hermano que más conocía, era casi un desconocido para mí y cada vez que lo reencontraba era un hermano diferente. Ahora pasábamos la Navidad juntos y nos decíamos de nuevo hasta luego.

Comencé el 6º y último grado. Volvía a mis primeras ocupaciones de estudiar, pescar y bañarme en el río, que era lo que en realidad me gustaba. Llegó Diciembre y me rasqué por primera vez. El primer mal síntoma de un vicio al cual le dedicaría gran parte de mi vida. Un comienzo de una vida alocada, sin frenos y sin límites.

Monsieur Duchene era un buen Médico, Psicólogo y Psiquiatra. Me lo recomendó la guía profesional. Hice una cita con él. Ahora que estaba en Francia, con calma y bastante tiempo había decidido consultar y buscar remedio a tantos males tanto del cuerpo como del alma. Hablamos largo y tendido. Le pregunté por qué yo tomaba tanto y seguido. Me preguntó cómo eran mis borracheras. Le dije que a veces eran tan horribles que no sabía si estaba borracho o soñaba que estaba borracho. No sabía si era sueño o realidad. Deseaba curarme, pero sin dejar el aguardiente. O al menos controlarme.



Universidad de Cornell.

Navidades 1.982 - EEUU

Con Victor y su Familia - Cena de Navidad.



Niagara Falls.

Me dijo que Ud. entonces no quiere curarse y por lo tanto no tiene remedio. Vaya paradoja del bendito aguardiente. Al despedirme dijo que me iba a decir algo muy duro. Primero que yo era incurable. Segundo que los que se rascan como yo, hasta perder el conocimiento, en el fondo lo que quieren es morir.

Vivíamos en el rancho de tablas mi abuela, mi hermano menor y yo. Mi padre a veces llegaba por allá a llevarnos lo indispensable para la subsistencia. Llegaron mis 15 años y me gradué en educación primaria. Continué visitando a los amigos del barrio vecino, pues mi padre había construido el rancho muy cerca. Durante mi vida siempre he soñado, de manera recurrente, con ésta casa y éste barrio. También sueño continuamente con la carrera de Ingeniería, que soy estudiante, estoy presentando exámenes y no sé nada de las preguntas. O que tengo muchos años estudiando ingeniería y nunca logro graduarme. Son pesadillas y me despierto sobresaltado y me toco para cerciorarme que soy yo y soy ingeniero. Así sería de frustrante esta carrera. A otros profesionales les pasa lo mismo. En cambio los sueños con el rancho de tablas y el barrio siempre son agradables y plácidos. Estas vacaciones las pasé más en la calle que en el río y el barrio. Me inscribí en el Liceo Amazonas para estudiar bachillerato. Aquí comenzó también la diáspora de la familia. Los dos hermanos mayores se fueron a estudiar al centro del país y más nunca volverían a vivir en Puerto Ayacucho. Quedábamos en la casa de tablas mi abuela, mi hermano menor, yo y a veces mi papá. Conseguí un puesto de maestro donde los curas y abandoné uno de camarógrafo de cine, pues me había cansado de ver tantas películas mejicanas.

Actualmente existen muchos Liceos en mi región con diversificación en la enseñanza y ningún cura es profesor. En la nueva generación de amazonenses hay muchos profesores graduados en pedagogía que, felizmente sustituyen a los curas. Es cierto que los curas me educaron y en cierta forma soy un producto de ellos. Pero la culpa la tiene el Estado que de acuerdo a todas las constituciones habidas y por haber tiene a la Educación como gratuita y obligatoria. También me obligaron a abrazar una religión sin posibilidades de escoger. Más tarde se me presentaron problemas filosóficos como creer o no creer en dios. Llegué a la conclusión que la religión católica es una falacia y si algún dios existe, debía ser mi amigo. Verdaderamente en el primer año de bachillerato -¡qué ingenuidad!- me comencé a sentir un científico. A través de lo que me enseñaban, podía explicar el Universo entero, de comienzo a fin.

Hice nuevos amigos y relaciones y sobre todo tenía novia oficial. Era una sensación maravillosa y nueva. Trabajaba en la mañana, estudiaba en la tarde en el Liceo y en la noche parrandeaba. Tenía una bicicleta que era una joya. Comencé a interesarme por los placeres que da el ser “rico”, adolescente, bonito y con real para beber. Me comenzaron a interesar las fiestas, pero no sabía bailar. En esos tiempos andaba con un compañero de estudio que era muy vivaz y enamorado. De él aprendí muchas técnicas para caerles bien a las muchachas, pero las aplicaba a medias pues era muy tímido. Además yo no sabía bailar y mi amigo me dió las primeras lecciones. Nos íbamos de fiesta los viernes y los sábados y las muchachas se levantaban era bailando. Un sábado cualquiera debía debutar como bailarín y para darme ánimo me tomé varias copas antes. Mi amigo me animaba. Por fin me decidí y saqué a bailar a la que me pareció más vieja y fea, pues temía caer mal con las jóvenes y bonitas por no saber bailar. Comencé a bailar y aquello era un desastre. Esa pieza era interminable, sudaba frío y al final mi amigo me vino a felicitar, muy serio, “por haber bailado tan bien”. Ni él mismo se lo creía. Desde ese momento, a los 16 años, comencé a bailar y ya no me perdía ninguna fiesta. Estas eran famosas en la época y se hacían en cualquier casa de familia y a veces invitaban a uno, pero la mayoría de las veces nos coleábamos. Muchas veces las fiestas terminaban a puñetazos, cosa en la cual nunca participé. Mi amigo Luis Agrimón (†) era muy locuaz, bonachón y de mucha chispa para las mujeres y las relaciones sociales. Trataba de imitarlo, pero era demasiado tímido. No sé cómo hacía para robarle tiempo al tiempo, pero lo hacía. Trabajaba, iba a clases y bonchaba. En tiempo de exámenes me quedaba hasta altas horas de la noche estudiando. Lo tal es que pasé mi primer año de bachillerato con un promedio de 18 puntos sobre 20. En éste tiempo mi vida había cambiado. En mi dedicación al estudio, al trabajo y a los bonches no me quedaba tiempo para ir al río a bañarme ni a pescar. Encontraba ahora más placer en andar con las novias, 2 platónicas y una no tanto, en los botiquines con los amigos o en las fiestas, que practicar la vida natural que llevaba antes, con las correrías por el bosque cercano, los baños en el río o la pesca. Dejé atrás el espíritu campesino que tenía y ahora era el típico estudiante de Liceo pequeño burgués y bohemio. Ahora quería estudiar, aprender, educarme y ser alguien en la vida a través del estudio, no me importaba qué sería en ese

momento ni cómo llegaría a la meta, pero lo importante era llegar. Era un optimismo exagerado y no pensaba en lo difícil que sería el camino.



Liceo Amazonas - 1.963

Oswaldo Pérez, Rómulo Romero, Luis Agrimón y José Díaz.



Antonio Acosta, Félix Solano, Yo y Cristino Ojeda.

Estaba instalado en la Universidad del Zulia. Me iba bien en los estudios y era preparador (ayudante del profesor titular) en la materia Mecánica de los Fluidos.

Pero mi inscripción había sido provisional, pues me faltaban algunos papeles para que fuera definitiva. Mi profesor guía era Roger Nava, un alma de dios. Tenía que ir a Caracas, a la UCV, solicitar los papeles, traerlos, entregarlos, hacer la equivalencia de pensum etc, etc. Un papeleo y si no lo hacía, perdería el semestre, perdería el semestre en la UCV que por fin había comenzado después de un año perdido, perdería la oportunidad de ir a México, bueno, un desastre. El primer problema era el dinero para los traslados y estadías. Luego, agilizar las equivalencias en la Facultad de Ingeniería y en el Consejo Universitario. Una tarea inmensa y

me sentía abrumado. Le expuse el problema del dinero a mi profesor guía y me extendió un cheque. Me trasladé a Caracas, perdiendo una semana de clases, pero traje mis papeles. Mi profesor era del Consejo de Facultad e hizo todas las diligencias para aligerar los trámites. Lo mismo hizo en el Consejo Universitario y todo salió bien. Cuando me gradué de Ingeniero le llevé el título y le dije: “Esto se lo debo a Ud. Profesor”. Lo mismo hice con mi Profesora Arteaga en el Fermín Toro. Aun estaba allí y le dije lo mismo. Ella me respondió: “Siempre fuiste mi alumno preferido. Siempre confié en ti”. Volvimos a llorar juntos, como la primera vez, pero de alegría. Sí hay personas buenas en este mundo que se ocupan del prójimo y siempre he procurado imitar a mis dos Ángeles Guardianes que me salieron en mi carrera como Ingeniero.

Aquí ocurrió mi sexto nacimiento.

Los estudios eran todo el tiempo un embudo o pirámide. De 60 que comenzamos la primaria terminamos 5. Ahora, en primer año de bachillerato éramos 60 y terminamos 5. La ley de los 5. Solamente yo llegué al 4º nivel de esos 5. No voy a decir con falsa modestia que no me siento orgulloso. Sí. Solamente me hago la reflexión que si escogí bien el camino de la vida. No estoy seguro. Fué todo tan duro, sobre todo al comienzo que todavía sufro de pesadillas que aún estoy en la carrera de Ingeniería. Si tuviera la oportunidad de escoger de nuevo a lo mejor escogería otra cosa, como por ejemplo, asaltante de Bancos y, estoy seguro, también hubiese llegado a ser sobresaliente. Alguien dijo que más ladrón era quien fundaba un Banco que quien lo asaltaba. Tiene razón.

Llegó el fin del año escolar y con ello empezaron las vacaciones las cuales aproveché para bonchar, parrandear y mujerear más. Ya había finalizado mi primer año de vida como estudiante de Liceo y me sentía cada vez más estimulado para seguir adelante. Creo que estas fueron experiencias inolvidables y jamás pensé que iban a finalizar tan pronto. Llegó la entrada del nuevo año escolar y me botaron del trabajo. Además las clases en el Liceo eran de doble turno, en la mañana y en la tarde. No podía trabajar.

¡Desastre! Se agotaron mis entradas económicas y tanto gusto que le había agarrado al dinero. Volví al Liceo como un estudiante proletario, sin dinero y sin bicicleta. Mi papá me daba Bs. 5 semanales. Entonces me entregué a la lectura. El tiempo libre lo dedicaba a las actividades intelectuales, a leer libros y a interesarme en las ideas políticas. Eran los años duros de la guerra de guerrillas, de la ascensión de Fidel Castro al poder y yo me sentía atraído por las ideas de izquierda. Quizás también era un buen motivo para molestar a los curas que continuaban siendo nuestros profesores. Era una sutil y dulce venganza. Otros compañeros de clases utilizaban métodos de venganzas menos sutiles que los míos. Por ejemplo, el Chapo Olivo, el jodador del salón. El cura Sánchez, hablando de santidad, echaba el cuento de un milagro de un santo no recuerdo qué nombre, quien fue decapitado por sus creencias. La cabeza rodó y habló: “Viva Cristo”. Todos oíamos embelesados el cuento, pero nos sacó de nuestro trance el Chapo Olivo cuando le preguntó al cura: “Padre, dígame Ud. ¿y cómo murió San Lucas?”. La carcajada fué general y el cura se puso rojo y no sabía si arrecharse o reírse, parado en medio del salón con una sonrisa sardónica.

Estudiaba y leía mucho. Mi papá ni se preocupaba por mis parrandas ni por mis calificaciones. Confiaba en todos sus hijos que éramos muy buenos estudiantes. Continuaba yendo a las fiestas, pero la época de las grandes parrandas tuvo un receso por los momentos por motivos económicos. Mi mejor amigo se buscó a otros amigos con más dinero para brindar y una de mis novias se empató con otro. Son lecciones inapreciables que vas aprendiendo en el camino de la vida: tanto tienes, tanto vales, como dice la canción. Continuaba siendo un buen estudiante y como tal tenía mucha ascendencia sobre los compañeros de clase. Mi padre me suministraba lo esencial en comida y techo. Pero nada más, pues realmente no podía porque su sueldo era de 400 Bs. al mes y además tenía sus aficiones por las mujeres y eso cuesta dinero. Así pasó un año escolar, el 2º de bachillerato, sin penas, ni glorias y sin dinero.

La primera vez que fuí a Bogotá fué irrelevante y no vale la pena recordarse. En esta segunda ida, nos habíamos cansado de tomar aguardiente en

Venezuela con el amigo Macareno y decidimos ir a seguir la parranda a Bogotá. El amigo Vargas, que nos esperaba, nos quiere llevar a conocer la vida nocturna y nos mete en un barrio. Estábamos todos perdidos. Nos agarró una redada a las 2 de la mañana en pleno barrio de mal vivir y peor beber. Había un perrocalientero cerca y cuando los soldados se acercaban les pregunté que quién quería comer perrocalientes y todos levantaron la mano. Entonces hagan fila aquí y todos hicieron la fila mientras yo repartía los perrocalientes. Eran 14 en total. ¿Y quién quería repetir? De allí nos sacaron en los mismos camiones militares hacia zonas más civilizadas. Son ingenios de borracho. Al que paga la cuenta jamás se jode y hay que protegerlo. Al otro día le dije a mis amigos que yo vine a Bogotá a bien parrandear y no a ser matado. Por favor, vayamos a zonas más tranquilas, que por plata no se preocupen por que aquí hay. Fuimos a una zona elegante y cuando ya estábamos borrachos ¡otra vez otra patrulla militar! Yo me tiré al piso y le decía al oficial encargado de la patrulla “¡Mátenme, Mátenme!” Menos mal que el oficial tenía sentido del humor pues lo que hacía era reírse, sin darle mayor importancia a las payasadas de un borrachito. Mis amigos estaban mudos de terror porque con los colombianos no se juega y menos cuando de la muerte se trata. Son suertes de borracho. Al otro día me despedí de mis amigos y me vine, porque yo no tenía ganas de ser matado sino de parrandear. La próxima vez buscaría lugares menos violentos.

Llegaron las vacaciones y papá decidió probar suerte en las minas del Estado Bolívar. Nadie podía ocuparse de mí en Puerto Ayacucho. Tuve que irme a vivir a Albarical, sitio donde aún vivía mi tío Antonio y cercano a la vega, donde había ocurrido la desgracia familiar hacía 7 años. Todo un estudiante próximo a cursar 3<sup>er</sup> año de bachillerato irse a vivir al campo otra vez. ¡Inaudito!. Ya yo no pertenecía a ese mundo y me fastidiaba de lo lindo. No encontraba el encanto de los bosques, ríos y sabanas de mi infancia. Me hacía falta la ciudad, la diversión, los amigos, mis novias, la lectura. Los mosquitos me fastidiaban y no hallaba ningún interés en hablar con gente ignorante y con costumbres que me eran extrañas. Hacía lo imposible por readaptarme y no podía. A veces no me paraba en todo el día de mi chinchorro, acostado y tratando de leer alguna cosa. Otras me iba a pescar o a pasear en curiara a los pueblos cercanos tratando de divertirme, pero la verdad es que nada de eso me

llamaba la atención. Añoraba mi ciudad, la bulla del liceo, el bonche. Estaba desarraigado del campo y transculturizado a la ciudad. Por fin terminaron estas “vacaciones” y me fuí de nuevo a mi ciudad a comenzar en el Liceo el 3<sup>er</sup> año de bachillerato. Éste comenzó como el año anterior y en las mismas condiciones. De los 60 que comenzamos el primer año solamente quedábamos 15 en el salón. La cúspide de la pirámide se iba estrechando más y más. Nuestro Liceo contaba hasta 3<sup>er</sup> año de bachillerato en aquella época y la idea de irme a Caracas me fascinaba.

Traté varias veces de reconciliarme con Caracas. Pero no podía perdonarle a ésta ciudad su falta de delicadeza y solidaridad al dejarme aguantar tanta hambre. Por eso la detesto. En el último intento de reconciliación estuvo de por medio Bahilde. Yo la quería, pero odiaba a esa ciudad. Ella me quería, pero detestaba a Puerto Ayacucho, a pesar de ser nacida aquí. Al final sobrevino la separación a causa de éstas ciudades. Ella se quedó en su ciudad a la cual ama, y yo me vine a la mía, a arrullarme en su seno.

Mi hermano mayor me habló y me dijo que debido a nuestras condiciones económicas, veía conveniente que me metiera a estudiar en la Escuela Militar, donde los estudios eran gratis. La idea no me gustaba en absoluto. Veía en la disciplina y régimen militar un atentado a mi libertad y espíritu bohemio.



Liceo Amazonas 1.963.

Armando Calderon, Eleazar Caballero, Carlos Chavarro  
Manuel Azavache, Rómulo Romero, José Sué,  
Manuel Santaella, Luis Agrimón y Fernando Olivo.



Además: Rdo. Luis Uhl, Lorenzo Trabanca y Yo  
al fondo.

De alguna manera asocié la Escuela Militar con el régimen despótico y tenebroso colegio de curas por donde una vez había pasado. No me gustaba la idea, pero tampoco le dije nada al hermano para no desanimarlo. Quería en ese momento una carrera Universitaria. Todavía no sabía cuál era.

Terminó el 3<sup>er</sup> año y las vacaciones las pasé en Puerto Ayacucho, hasta el momento de la presentación en la Escuela Militar para el examen. Me fuí a Caracas y prácticamente era la primera vez que iba.

La segunda vez que fui a Paris fué volando en las alas de Cupido (¡otra vez!). Genoveva era uno de mis amores, pero quería puro amor romántico. En un arranque impetuoso e irreflexivo le digo: “Vámonos a Paris a vivir nuestro amor por 15 días”. Hacían 2 años que había regresado. Me dijo enseguida ¡vale! Porque ninguna mujer resiste una invitación a la Ciudad Luz y con romance incluido menos. Fueron 15 días de felicidad pasajera, 15 días que me olvidé del resto del mundo.

Puerto Ayacucho en ese tiempo pertenecía a la categoría de ciudades bucólicas y románticas. Todo se arreglaba por las buenas y... a veces por las malas. El sentido caballeresco siempre estaba presente. El Sapo Cuaimo era mi amigo y mi compinche. Era una de las pocas personas que me visitaban en mi casa de tablas. A muy pocas personas les decía donde vivía, debido a las condiciones de extrema pobreza en que estábamos. Mis novias siempre me querían visitar y siempre evadía el tema. Con Sapo Cuaimo parrandeábamos y en caso de camorra él era quien peleaba. Para eso se entrenaba donde el Negro Mata en lucha y boxeo. Sus profesores eran el mismo Negro Mata en boxeo y Francisco Acosta, un Oriental, en lucha. El Sapo Cuaimo era famoso tirando la mano. Llegó a Puerto Ayacucho a Gobernar el copeyano Paco Ettegui en su primer gobierno. Trajo consigo dos especie de guardaespaldas o familiares muchachos caraqueños tiralamano. Uno, el más encuerpado, lo llamaban “El Perro”. El otro, más pequeño, pero una masa de músculos andante le decían “El Tigre”. Habían jodido a todos los peleadores o no de Puerto Ayacucho. A medio pueblo. Los Ayacuchanos le decían que todavía les faltaba por joder a uno llamado Sapo Cuaimo. Para arreglar el asunto de manera definitiva se fueron los 2 animales a buscar a Sapo Cuaimo a su casa y le tocaron la puerta y el asunto: hemos jodido a todo el mundo y solamente nos faltas tú. Escoge con cual de los 2 te vas a joder. No temas que es uno sólo el que va a

pelear. El sapo Cuaimo escogió a “El Tigre”. “Pero ya-ya-ya-va, de-de déjame ponerme la camisa”. El Sapo, que vivía cerca de Canovaro, es tartamudo y al parecer no le gustaba la idea de pelear sin camisa. Salieron al cuadrilátero formado por las esquinas de Díaz Vera, La Coca Cola, la farmacia de Canovaro y Delpino. Allí se jugaba el destino y el honor de la ciudad de tantos agravios ante el último de sus hijos: el Sapo Cuaimo. Manos al cielo, “El Perro” de árbitro y se trenzaron en un feroz combate sin dar ni pedir cuartel, sin límite de tiempo ni descalificación. Indefinición de la pelea al principio y favorable al local a lo último por K.O. ¡Nos salvamos los amazonenses con el último de los mohicanos o de los Sapo Cuaimo! El epilogo y comentario final de “El Perro” al tratar de levantar y reanimar a “El Tigre” herido fué: “Viste, eso te pasa por comer mañoco”. Esa fué la vez que el Sapo Cuaimo nos salvó.

El Sapo Cuaimo era además un amigo porque profesábamos ideas de izquierda. Tito Cortes (El Pata e` Troja) me había prestado un revolver calibre 32 para conocerlo y verlo de cerca. Pura curiosidad porque ni siquiera llegué a dispararlo por falta de cápsulas. Se lo presté al Sapo Cuaimo con la misma finalidad, según él. Se alzó Boballo en las guerrillas en Amazonas y lo agarraron. Al tiempo, cuando le reclamé el revólver me dijo que se lo había dado a Boballo para pelear. Que él mismo se iba a ir pero a lo último se arrepintió, pero colaboró con el revolver. Fué uno de los tres armamentos, dos báculos y un revólver, que le agarraron a la guerrilla de Boballo. Ante mi reclamo airado el Sapo Cuaimo solamente me hizo el comentario: “Es – es – estaba esperando que nos viniera a buscar la guardia”.

¡Que grata impresión! Mi hermano estaba instalado en una pensión de gallegos y ahí nos reunimos. Apenas llegué a la pensión, él me dejó y yo me fui a pasear por los alrededores sin siquiera abrir las maletas antes. Tenía 18 años, pero la gran ciudad era algo impresionante para mí, el tráfico, sus edificios y su inmensidad. Encontraba de todo y fácil de obtener. Definitivamente, debía conquistarla. Me fuí a presentar sin ningún ánimo los exámenes en la Escuela Militar. Llevaba la secreta intención de que me rasparan. Examen físico bien. Nos pusieron a correr 2 vueltas al estadiun en grupos de a 8. En mi grupo llegué de primero. Record académico 18 puntos de promedio. Examen psicotécnico sin

problemas. Se me presentó un problema con la partida de nacimiento y mi hermano me la fué a buscar. Faltaba la prueba final que era la entrevista y no me presenté. Me fuí a casa en Caracas y de ahí a Puerto Ayacucho contento de no haber sido aceptado. Ahora tenía que ser “Doctor” a juro y ésa había sido siempre mi meta.

Por fin había llegado el ansiado día de mi graduación como Ingeniero de la Republica. Tardé 8 años de mi mejor existencia, entre los 20 y 28 años para obtener el Título. Me rasparon en tres semestres y perdí cuatro por huelgas. Recuperé un semestre estudiando en vacaciones. Total 3 años perdidos. Ese día no fué tan extraordinario como esperaba. En la UCV siempre iba a ver las graduaciones para cuando me tocara. Todo era solemne y emocionante. Aquí no había mucho protocolo, casi le tiraban el título al voleo y uno lo atrapaba en el aire. Además yo no tenía familia que me aplaudiera. Tan sólo mi amigo Graciano Montes y no podía aplaudir, o no se le oía, porque tenía una mano inutilizada. Había pasado tantos años de hambre y privaciones por este título y ahora que lo obtenía no sentía ninguna emoción. Mal presagio y comienzo. De pronto me dí cuenta que no tenía ninguna meta en la vida. ¡Que idiota había sido! Había puesto todo mi empeño en obtener este título, esa era mi meta y no había previsto “el después”. Ahora no encontraba qué hacer y me daba lo mismo cualquier cosa. Malos augurios, para un hombre que se había acostumbrado a luchar contra situaciones adversas y se encuentra con que de pronto todo se volvió demasiado fácil. En efecto: de la estrechez económica en la cual vivía, uno siente de pronto que sus entradas de dinero se multiplican por 10 ó 15. Uno ve como una revancha ante la vida, dilapidar todo ese dinero en parrandas y más parrandas, sin mirar hacia el futuro, vivir al día y cómo siente gran placer en hacerlo. Vivir por vivir, esa era la consigna, ya que no hay ni una brújula ni un puerto de atraque, ante este mar inmenso e ignoto. Si hubiese sido drogómano, me hubiese sumergido en las drogas. Como era borracho me sumergí en el aguardiente. En mis épocas de estudiante me tocó compartir habitación con gente que consumía drogas. Me la ofrecieron. No la acepté. Yo era de la generación de la caña y doble vicio, caña y drogas, sería demasiado. Le tuve miedo. Soy borracho, pero no depravado. Realmente no estaba preparado para este cambio de

estatus socio económico de estudiante a profesional. Al no ver un gran futuro en la empresa donde trabajaba como Ingeniero antes de graduarme, me retiré y me fui a mi pueblo.



Octubre 1.973 - Graduacion de Ingeniero

Pasé el resto de mis vacaciones en Puerto Ayacucho y solicité una beca para continuar estudios en Caracas. Me asignaron unos Bs. 200 al mes, unos \$ 40. Nunca me puse a pensar dentro de mi euforia de continuar estudios, si eso era suficiente o no, teniendo en cuenta que más nadie me podía ayudar económicamente. Lo importante en ese momento era continuar adelante, sea como sea y con lo que sea. Energía de adolescente, que siempre piensa al revés, primero en el objetivo, pero descuida los medios para lograrlo. Me dieron la beca y me fuí a Caracas, a vivir con mi hermano Pedro en la misma pensión. Nunca pensé que pasaría apuros y estrecheces económicas. Sobre todo que aguantaría hambre. Mi hermano ganaba un sueldo muy bajo y no alcanzaba para los dos. Yo tenía que darle la mitad de mi beca para tratar de pagar la pensión.

Me inscribí en el Liceo Fermín Toro, por considerarlo el más prestigioso de la zona Metropolitana. Un nuevo Liceo, nuevos compañeros, nuevo hábitat. Todo era nuevo. Mi timidez extrema continuaba acompañándome por todas partes. Comencé el 4º año de bachillerato en mi nuevo Liceo. Caminaba diariamente más o menos 1 Km. para llegar hasta él. Había que levantarse muy de mañana y Caracas era muy fría para ese entonces. Éramos toda una generación de Amazonenses que nos fuimos a la Capital y estaban en las mismas condiciones: con 200 Bs. de beca y sin otra ayuda. Comencé a ver la otra cara de Caracas: el que no tiene dinero no come. No era como en mi pueblo, donde cualquiera le regala un plato de comida a uno. Me costaba hacer nuevos amigos en el Liceo y el frío todo el tiempo. Había que utilizar uniforme de caqui y usar chaqueta para protegerse del frío estaba prohibido. Mis estudios comenzaron a marchar mal y supe por primera vez lo que era rasparme. También por primera vez no era el primero de la clase. Son situaciones amargas que tuve que tragarme. Fué duro descubrir que había gente más inteligente que yo.

¡Claro que quería emigrar de un país que me había hecho aguantar tanta hambre! Recién graduado me presenté al Consulado Francés: quiero emigrar. ¿Adónde? No a Francia. Quiero vivir en Tahití. Al Este del Paraíso, como una serie televisiva de la época. Quiero emular a Paul Gauguin. El funcionario me dice con sorna: “No creas lo que ves en el cine. Es pura ilusión. Tienes un país maravilloso. Eso allá ha cambiado mucho y ya no es el paraíso de las películas. Si quieres te doy la visa, pues además de reunir las condiciones, te pareces a un tahitiano. Pero con sinceridad te recomiendo: quédate en tu País”. Empecé a ver a mi País de otra manera.

Llegaron las vacaciones de Diciembre y me fuí a mi pueblo. Ahora me dí cuenta lo que valía ese montón de casas que se llama Puerto Ayacucho, donde había vivido parte de mi niñez y mi adolescencia completa. Viví intensamente esos días de vacaciones y entonces me dí cuenta de las mentiras de algunos amazonenses que me habían precedido en el viaje a Caracas para continuar estudios. Llegaban contando grandezas y conquistas que sólo existían en su imaginación. Algunos ni siquiera estudiaban. Llegó enero y

con él la época del retorno a la capital a recomenzar mis estudios y fuí perdiendo interés. A mitad de año llevaba casi todas las materias raspadas. Decidí hacer un esfuerzo y comencé a estudiar. Hice algunos amigos con los cuales a veces estudiaba. Al final del año me quedaron 3 materias por reparar en septiembre y las más difíciles. Ví la gravedad de mi situación y decidí quedarme en Caracas para estudiar para las reparaciones, sin vacaciones. Estudié durante 2 meses como un condenado y pasé dos materias y me quedó una. Podía agarrar el 5° año con una materia del 4° de arrastre.

Para esta época me había dado cuenta que no podía seguir viviendo al lado de mi hermano por razones económicas. Después de vivir un año juntos, él se había empobrecido por mi causa. Su sueldo no alcanzaba para los dos. Decidí vivir por mi cuenta en Caracas y se lo manifesté. Él no estuvo de acuerdo. Yo le expuse mis razones para irme y él comprendió.

Me fuí a una pensión sin comida donde pagaba la mitad de mi beca por solamente dormir. Los otros 100 Bs. eran para otras necesidades, incluida la comida. En la pensión la mayoría eran policías uniformados. Comencé el 5° año de bachillerato, quizás el año más negro de mi existencia, donde supe lo que era verdaderamente aguantar hambre. La plata me duraba hasta la mitad del mes, comiendo solamente una buena o al menos abundante comida diaria. El resto del mes vivía de la caridad de los amigos o de mi hermano cuando podía darme. Aun así en los estudios comenzó a irme bien. Llevaba dos meses y medio estudiando en estas condiciones y vi que no podía continuar a causa del hambre. A veces pasaba 2 días sin comer. Decidí retirarme y me fuí a hablar con mi profesora guía. Ella me ayudó.

Me fuí de vacaciones de Diciembre a Puerto Ayacucho, las cuales aproveché para olvidar las penas. Pasadas las Navidades, de nuevo a Caracas, ciudad que ya comenzaba a odiar. Para estirar la plata los fines de semana me iba a visitar a los amigos amazonenses que tenían casa en Caracas. Procuraba llegar un poco antes del mediodía para que me invitaran a almorzar. Los rotaba y así comía más o menos una vez al mes en cada casa. Esta práctica se hizo costumbre y continuó con la Universidad, pues allí mi situación económica no mejoró mucho.

Por supuesto, había leído a Cervantes: “Que si algún poeta llegare a casa de algún su amigo o conocido, y estuviese comiendo, y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande”.

En Febrero de 1.965 presenté la materia que llevaba de arrastre y la pasé satisfactoriamente. Me continuó yendo bien en los estudios, sin llegar a ser brillantes mis notas, y llegó el final del periodo escolar. Mi situación económica se agravó con el cierre del Liceo para estudiar para los exámenes finales, pues no podía almorzar allí y la beca de Bs. 60 feneció. Presenté las primeras materias y en todas pasé bien. Cuando faltaban las dos últimas mi situación era insoportable, pues no tenía dinero para comer y no tenía a nadie a quien recurrir. Presenté el penúltimo examen con dos días de hambre. Pasé el tercer día sin comer y continuaba estudiando, echando el resto. Fuí a presentar mi examen final con 4 días sin comer. Salí bien y me pesé: había rebajado 4 Kilos en 4 días. Me fuí a mi cuarto de pensión pálido y tembloroso a dormir para olvidarme del hambre. Me despertó una bulla de unos pensionistas que bebían cerveza y jugaban dominó. Fuí hasta ellos y les pedí ayuda, explicándoles mi situación, que me había graduado, pero no tenía con qué comer y mucho menos con qué celebrar. Reunieron entre todos 10 Bs. y me los dieron. Fuí a comer y después celebré junto con ellos. Todavía no había llegado al límite de mi capacidad de aguante. Por estas circunstancias que pasé es que no le tengo ningún amor al dinero. Por eso lo dilapido y lo derrocho. Como viene se va y no miro hacia el mañana. Después de lo que viví a causa de la falta del vil metal, le agarré como aversión y me río de él cuando lo tengo. Creo que otros lo necesitan más que yo y por eso, a veces en mis rascas, tiro los billetes para arriba, que recoja el que quiera y lo que hago es reírme a carcajadas al ver a mis amigos o no recoger con tanto afán los billetes del suelo.



1.965 - Graduación de Bachiller.  
Al fondo mi Profesora Agueda de Arteaga.

Pariente, Pariente  
Pariente Mayor  
Es Miguel Guape  
El Gobernador.

La canción la había compuesto Tomás Payema. La cantaba Iris Chacón. Al compás de ella fuimos a inscribir mi candidatura para la primera elección de gobernadores del naciente y nuevo Estado Amazonas. Nadie se atrevía a lanzar, salvo los líderes tradicionales comandados por Bernabé y Sayago. Como ningún amazonense se lanzaba me lancé yo. Sabía que no ganaría, pero mi candidatura era para el futuro, si había capacidad de aguante, como cuando estudiaba Ingeniería. Se trataba una vez más de demostrar talento y valor. Para alcanzar la meta calculaba entre 5 y 10 años, dependiendo de la suerte y las coyunturas políticas. Navegaba de nuevo en aguas turbulentas y sabía que esta lucha sería muy dura. Sería como una nueva carrera universitaria, con actores y situaciones diferentes. ¿Aguantaría mi ánimo y mi espíritu esta nueva lucha? ¿Era un verdadero líder? ¿Sobreviviría una vez más? Eran preguntas que debía responder.

Me fuí de vacaciones a mi pueblo con el título de bachiller entre las manos. Antes me había preinscrito en la UCV para estudiar ingeniería. Esas vacaciones las pasé reponiéndome del mal tiempo pasado. Dentro de mi espíritu pronto se borraron los sinsabores del hambre. Sus secuelas se manifestarían más tarde.



Los Parientes de 1.993  
Con el Movimiento Amazonas Primero.



El Sapo España fué uno de los fundadores de la Asociación de Estudiante de Amazonas (AEA) en Caracas. Este luchador vehemente e incansable también fué boxeador y tuvo, literalmente hablando, que repartir y recibir golpes por

nuestra estudiantil causa. Para recabar fondos organizábamos rifas, verbenas y ¿por qué no? combates de boxeo, ya que si en ésta época de juvenil arretrato se repartían los coñazos gratis, pues era mejor capitalizarlos. Con El Negro Mata organizamos las peleas estelares. La cuerda de la Asociación contra la cuerda de El Negro.

Primera pelea a 3 rounds, en la categoría Mosca Jr. de los 48 Kgs., por la AEA el Sapo España, invicto en todas sus peleas callejeras o no. Por la cuerda de El Negro, Rafael Fuentes (El Mulito), invicto porque va a debutar. Comienza la pelea, sin estudio ni tanteos preliminares se fajan en un toma y dame feroz... Termina la pelea por KO a favor de la AEA en el segundo round.

Segunda pelea, a tres rounds, en la categoría Gallo de los 53 Kgs. por la AEA el Chamo Rufo, invicto en todas sus peleas, se entrena preferiblemente en los botiquines. Por la cuerda de El Negro, Adolfo Herrera (El Danto) invicto porque va a debutar. Comienza la pelea, el local se ve goloso y al parecer quiere terminar rápido la pelea, aventaja, apabulla... ¡Pero sorpresivamente recibe una mano! Y se va al mundo de los sueños. No es necesario contarle. Ganó el Chamo Rufo de la AEA. Conserva su invicto y se ve acalorado y con ganas de refrescarse en el bar más cercano.



Arriba: Graciano Montes, Cañón Silva,  
Manuel Henríquez, Sr. Baldallo y Sor Carmen Vegas.

AEA - 1.966

Abajo: El Gobernador Avendaño Casanova, El  
Director de Educación Sánchez, Nelsy Cova, Eleazar  
Silva, Luis Rivas, Lucila Clarín y Angel Belisario.



Tercera y última pelea, en la categoría Pluma de los 57 Kgs. por la AEA el Chirringo Sotillo, invicto y con record de 5 peleas ganadas por KO. Por el patio Juan Luna con record de tres peleas ganadas por decisión. Al centro del ring y comienza la pelea... Es el tercer round y

en verdad ha sido una pelea muy reñida, donde no se ha definido un ganador. Comienza este tercer round de definición. Caen en el clinch. Se separan y el Chirringo logra conectar una mano al mentón. ¡Pero que mano! ¡Sé calloó! Señores buenas noches a todos.

¿Sucedió así realmente? Ciertamente que sí. Aun en el estado de cuenta de la AEA al 30 de junio de 1.967 en su periódico El Impulso aparece un rubro titulado: Por ventas de bonos para boxeo Bs. 180, en haber. Ese fué el día que el Sapo España, al igual que el Sapo Cuaimo, nos salvó. Nos volvió millonarios gracias a sus puños. Para desgracia de él, fué su KO sentimental, pues había noqueado al cuñado y la novia lo botó.

Me presenté a la Universidad junto con un millar de nuevos alumnos más. En el recibimiento a los nuevos alumnos nos pelaron el coco, según la tradición. Esta facultad era un régimen de terror y los profesores eran todos unas mierdas, con pocas excepciones. Mi situación económica no había cambiado mucho. Ahora pagaba Bs. 110 en una pensión sin comida y el resto era para alimentarme, vestirme y libros. Comencé a aguantar hambre de nuevo. Esta vez no era tan crítica como cuando estudiaba 5º año, pero a veces pasaba un día entero sin comer. Para completar, la carrera era difícil de verdad, verdad.

Vivía en la misma pensión un amigo, el cual estaba en las mismas condiciones económicas que yo. Era un magnifico estudiante de medicina y estaba empezando. Aguantábamos hambre juntos. Aun así el amigo Macias era el primero del curso, al menos en los pocos meses que estuvo en la Facultad. Lo veía estudiando con hambre. Un día me dijo llorando de rabia que él se iba para su casa en el interior. Que no aguantaba más esta vaina. Yo traté de animarlo a quedarse, pero fué inútil. Su determinación era definitiva. Algunas veces, cuando encuentro a gente de ese pequeño pueblito de Venezuela les pregunto por él y todos me dicen lo mismo: es un borrachito del pueblo. Valores de Venezuela que se pierden por tener nosotros un sistema económico social basado en las desigualdades y donde los ricos y clases gobernantes se confabulan para saquear el tesoro nacional, dejando que esto pase a la mayoría del pueblo venezolano, a quien condenan al atraso. Dejan las migajas a las mayorías y las

condenan a pasar hambre y miseria, negándoles las oportunidades de estudiar y trabajar al capital humano provenientes de las clases campesina, obrera e indígena.

No todas las veces fui pobre y a veces me iban a buscar amigos millonarios. Siempre buscaba las pensiones mejor ubicadas y más baratas y siempre los amigos amazonenses hacia allá se dirigían y siempre eran los mismos: Graciano Montes (†), el Chamo Rufo (†), Víctor Oliveros (†), Julián Marcano y yo. Entre las esquinas de Cárcel a Monzón 108-4 nos reuníamos los amazonenses a soñar y a tomar. Desde la Torre sur del Silencio, donde trabajaba como telegrafista, todos los quince y último nos iba a buscar mi amigo Diego Figueroa (†) y nos metíamos a los bares de la esquina a comer y beber. Un fin de semana nos invitó al apartamento donde vivía con su familia y pasamos dos días parrandeando. Estaba componiendo la canción a Puerto Ayacucho y quería que lo ayudáramos en su composición:

- Miguel, inspírate –me decía - ¿Qué le pongo después de “son tus encantos”?

- No se. Tú eres el compositor y yo el tomador – me excusaba ante mí manifiesta ineptitud.

- Es mejor que sigamos tomando. Para eso sí somos buenos todos – nos decía. Y continuábamos la parranda con este entrañable amigo, que fue tan humano y tan millonario que nos socorría cada quince días. Ya en Puerto Ayacucho y graduados, cuando nos reencontrábamos, de mi parte o de mi hermano Manuel, podía tomarse las cervezas que quisiera por nuestra cuenta.

Otro entrañable amigo, fundador de La Asociación de Estudiantes y millonario fue Pedro González cuando se ganó un cuadro de cinco y seis de 76.000 bolívares en Caracas. Me fue a visitar a mi pensión y me dijo que se iba a enseriar: se casaría, dejaría las malas compañías y se dedicaría a terminar su carrera. Lo felicité y animé con sinceridad a seguir adelante. Como a la semana estaba yo de cumpleaños y por lo tanto de parranda con los amigos en la pensión, cuando lo vi llegar irreconocible en un Ford Falcón nuevecito y con ganas de sumarse a la celebración. Con tanto dinero la fiesta duró una semana. Y cuando nos cansamos de Caracas, vinimos a continuar en Puerto Ayacucho. Menos mal que también me había pagado el pasaje de regreso. De lo contrario aún estuviésemos parrandeando. Al tiempo le pregunté:

- ¿No dijiste que te retirabas de nosotros? ¿Por qué volviste?

Aún hoy espero la respuesta. A lo mejor la tenga Joan Manuel Serrat.

Pero lo importante es que gracias a estos amigos “millonarios” también nosotros lo fuimos.

Si no pasaba en el semestre siguiente me botaban de la Universidad por el Reglamento de Repitientes. Mis condiciones económicas seguían iguales, pero pasé y me pude tomar unas vacaciones en mi pueblo. En esos tiempos, un grupo de Amazonenses, estudiantes, decidimos fundar una Asociación de Estudiantes de Amazonas en Caracas. Era para tratar de mejorar nuestra condición económica a través de la lucha y participación en las decisiones que se tomaban a escala regional y que nos concernía, específicamente con respecto a las becas. También a concientizar a los compañeros estudiantes sobre nuestros valores como Amazonenses. Yo no era el único Amazonense en Caracas que estaba en malas condiciones económicas. Conocí compañeros que estaban en peores condiciones y que tuvieron que dormir debajo de los puentes, como el Mono Julián Gómez, ya fallecido. Nosotros, los Amazonenses estábamos en desventaja con respecto a los otros estudiantes del país. Amazonas ha sido tradicionalmente la parte de Venezuela más desasistida y eso se reflejaba en nosotros que éramos los parias. Aunado a esto, no había vías de comunicación terrestres y obligatoriamente había que trasladarse en avión cuyo costo era 300 Bs. ida y vuelta, o sea, un mes de beca, mientras un estudiante de cualquier otra parte del país con 60 Bs. iba y venía en autobús. Eran pesadas cargas sobre nuestras menguadas economías. Unido a ello iba el atraso cultural, pues en Amazonas no existían medios para cultivar las inquietudes intelectuales, situación de abandono que aún persiste. Como muestra, no había ni aún hoy una imprenta y por lo tanto un periódico. También la Asociación tenía objetivos políticos: “Amazonas para los Amazonenses y todos los gobernadores deben ser de aquí”. Fue el principio de nuestro regionalismo.



AEA - 1.966

Arriba: Enrique Silva.

Abajo: Enrique Gutierrez, Yo y Alfredo Arvelo.



“Cacique les dicen unos  
 otros pariente mayor  
 es el líder de las etnias  
 y es el centro de atracción

Empezaba esta campaña electoral para gobernadores con mucho ánimo. De las salidas con Rocinante y con mi adarza al hombro fué la más loca y disparatada de todas. Pero a la vez la gesta más bonita, así no haya llegado al final. Al Quijote los siguieron los Sancho Panza que nunca faltan cuando de aventura se trata. Sobre todo me apoyó un sector indígena de vanguardia ¿Los recursos? Bueno, vendí mi casa y mi carro. No vendí a la mujer porque nadie me la compró. Yo tengo como todo tímido un gran sentido del ridículo y no iba a permitir que se burlaran de nosotros porque no teníamos dinero. Además, no tenía a nadie con quien compartir una buena casa y un buen carro. Bueno, lo mejor era distribuirla equitativamente entre el pueblo. Si no ganábamos, al menos que comieran bien por un tiempo. Y también, estaba seguro, que nos divertiríamos bastante.

Comencé el segundo semestre de Ingeniería cuando debería estar en el 2º año. Me fué mal una vez más. Otra vez se cernía sobre mi cabeza el RR. Pero el semestre siguiente pasé bien. Parece que las amenazas de botarme de la Universidad pesaban grandemente sobre mí. Si continuaba de esta forma, terminaría la carrera en 10 años en vez de 5. Al 3º semestre me volvieron a raspar. El siguiente semestre aprobé bien. Llevaba ya 3 años en la Universidad y había aprobado tan solo 1½. Empecé el 4º semestre y me iba bien; ya el trago amargo estaba pasando, el de los 2 primeros años de la carrera donde es el colador. Muchos compañeros míos habían abandonado o los habían botado. Entonces comenzaron los líos en la Universidad con la renovación académica. Todo era cuestionado y el gobierno allanó la Universidad en 1.968. Perdimos el semestre ahora que me estaba volviendo buen estudiante. Ese año aprobamos un sólo semestre.

El año 1.968 fué un año electoral y volvimos a perder en las elecciones de los primeros de Diciembre. ¿Qué hacer para matar el aburrimiento? Viajar

es lo mejor. Hablo con Don Santana Tovar para que me lleve en su carguero que arranca para San Carlos de Río Negro el 5, en época de sequía. Duda en llevarme. Piensa que soy un inepto refinado. Le aseguro que no voy a molestar, ni a quejarme en lo más mínimo. Todo lo contrario lo ayudaré como marinero. Navegamos al fin. Un barco muy cargado de lentitud que no fastidia porque no estoy apurado. Nunca había pasado de Atabapo en mis correrías. Ahora entramos al Casiquiare que está muy seco. Nos atascamos en un banco de arena. El barco no quiere salir ni pa` lante ni pa` tras. Trabajamos en el agua, con palancas y el motor de retro, tratando de sacarlo pero nada. Pasamos todo el día en este trajín y nos acostamos en la noche cansados y desalentados. A media noche vino un gran chubasco, con relámpagos, lluvias y brisas a millón que nos sacaron del atolladero. Si no, todavía estuviésemos allí. Llegamos a San Carlos el 21. Nadie regresaba a Puerto Ayacucho hasta el otro año. Para celebrarlo, cuando llegamos, nos bebimos 20 botellas de Ron Cacique de un solo tirón. Cada botella era una ronda, como entre 10 ó 15 personas. Mi rasca fué inmensa. Ahí pasé la Navidad.



Maroa: Diciembre 1.968  
Manuel Caidana, Yo y  
Waldemar Reverón

Con el amigo Dugarte nos fuimos a Maroa a recibir el Año Nuevo. Recuerdo que mi pobre capital era de Bs. 1.50 que olvidé sobre una laja cuando me fuí a bañar. En Maroa me uno a la familia Briceño y Angulo. Fiestas y más fiestas a la luz de la lámpara y con tocadiscos de pila. Esa fecha fué la expedición del Apolo. Cuando el hombre estaba llegando a la luna, yo estaba llegando a Maroa. Aparecí en Puerto Ayacucho como el 15 de Enero. No sé cuándo aparecieron los astronautas en la tierra.

Al otro año comenzamos con los mismos líos y la renovación continuaba. Era una lucha fratricida, a muerte, entre facciones políticas por la preponderancia ideológica en la Universidad. Todos los estudiantes tomamos posiciones radicales. Ésta fué una etapa que marcó con hierro candente a la generación de Universitarios de mi época. Nos envenenó socialmente y ya nunca más volvimos a ser los de antes. Era admirable ver cómo estudiantes, hasta entonces apáticos y burgueses, tornarse en revolucionarios furibundos: fué la época del Mayo Francés y la revolución cultural China. Era imposible ser imparcial en un proceso de hondo contenido ideológico. Yo tomé partido por la izquierda como era mi deber. Estábamos perdiendo clases y no nos importaba perder un semestre o un año, lo importante para nosotros era la acción política. Ese año también hicimos un solo semestre. Ya no me raspaban materias.

Los enfrentamientos con la policía eran casi cotidianos. A veces, dentro de la seriedad de la discusión de las ideas había situaciones cómicas. El chascarrillo dentro del drama. Una vez íbamos en manifestación, los de Ingeniería, dentro de la Universidad y pasábamos frente a la residencia femenina y se asomó a propósito una muchacha en paños menores. Enseguida, como era costumbre en la Facultad, nos pusimos a silbarla y “¡Pásamela!”. “¡Que está sabrosa!”. Siempre que nos enfrentábamos con la policía aparecía “el líder” a pedirnos: “compañeros: favor no caer en provocaciones con la policía”. Esta vez se paró un jodador haciendo las veces de “el líder” y desde una improvisada tribuna se dirigió a las masas (nosotros) y con toda la seriedad del mundo nos pidió: “Compañeros, favor no caer en provocaciones sexuales”. Ahí acabó la manifestación y cada uno agarró su camino muerto de la risa.

Empezamos el otro año escolar e iba por la mitad de la carrera. En mi pensión también vivía Luis Hernández, estudiante de Sociología, de Aragua de Barcelona. Era un peleador igual que yo. Eramos amigos. Pertenece al MIR. Estando en su casa de vacaciones, lo pusieron preso lo torturaron y lo desaparecieron. José Vicente Rangel denunció el caso. La indignación se apoderó de todos y de mí en particular. Luis era mi vecino de pieza y muchas veces él me daba para comer y otras era yo quien lo auxiliaba. Salimos a protestar de la Universidad y en la Plaza Venezuela trabamos pelea con la policía. Nos tiraban bombas lacrimógenas y nosotros piedras. Nos dispersaron y corrimos por la avenida de los Estadios. Nos refugiamos en la Universidad. Ahí comenzó la lucha armada. La policía cercó la Universidad y durante 3 días fue tiros de parte y parte. Un estudiante que no conocía, pero lo veía frecuentemente, trajo una ametralladora y, mientras él disparaba desde el gimnasio cubierto, nosotros abajo aplaudíamos. También había otros estudiantes disparando con pistolas y revólveres desde el mismo sitio. Hirieron a varios policías y al 4º día cayó del lado nuestro Carlos Escobar, profesor de natación de Barquisimeto. Lo midieron desde lo alto de la Torre Capriles, con fusil. Cayó a mi lado.

Al 5º día del cerco, alguien se levantó de nuestra barricada a la entrada de la Universidad y nos hizo señas de seguirlo. Nadie lo siguió, pues del otro lado estaba la policía. Entonces él se dirigió, sólo, a la “tierra de nadie”. Cesaron los disparos y las bombas de parte y parte para ver esa acción tan valerosa. Este hombre caminó como un valiente y es una de las acciones más hermosas y dramáticas que he visto en mi vida. Una lección de gallardía y dignidad, dada en un momento trascendental que vivía la Universidad. Al llegar al otro lado, desarmado, los policías lo interceptaron y le cayeron a culatazos y a golpes. Era el poeta Ludovico Silva.

A los 7 días el gobierno allanó la Universidad. Iba más o menos por el 5º allanamiento mientras estuve allí y esta vez sí fué para largo la cosa. Un año entero perdimos.

En esos tiempos vi a los policías heridos de bala en el Hospital Salas, cuando los estaba visitando el entonces Gobernador de Caracas. Yo visitaba a mi amigo Humberto Pérez Morillo, que agonizaba en una sala contigua, después de un aparatoso accidente.

Con el amigo Don planeamos irnos a Sudamérica en auto stop. Pero no teníamos dinero y desistimos. Se acercaban las Navidades y decidí enterrarme en mi pueblo, desesperado, desesperanzado y frustrado, pues sabía que el allanamiento sería para rato, como efectivamente fué. ¿Qué hacer en el pueblo sin dinero y sin hacer nada, salvo leer, alguien que se había acostumbrado a la acción, a la lucha diaria por la supervivencia y contra el hambre? Para ganarme algunos reales comencé a dar clases particulares. En el tiempo libre, que era bastante, comencé a tomar y a parrandear. Era el visitador asiduo de los botiquines y de las fiestas. Mi horario era corrido: acostarme a la 5am. borracho, dormir hasta las 2pm. comer y pasar el ratón hasta las 5pm., hora en que comenzaba a buscar a los amigos para parrandear. Todos los días el mismo plan y los efectos se comenzaron a hacer sentir. A veces eran los amigos que me iban a llevar, cuando estaba demasiado borracho e impertinente. A veces me quedaba durmiendo en otras casas. Mi padre no me decía nada, pues él había adquirido por nosotros una gran estima y respeto por nuestras decisiones. Pero esto no quiere decir que no se sentía preocupado. Vivíamos en el mismo rancho de madera que había construido hacía años. Como mi novia no me quería (con razón) me puse a vivir en concubinato con otra mujer. En estos tiempos vivía en mi rancho Alberto Herrera (Chogüí) y era mi compañero de parrandas.

Estaba en Paris en periodo de readaptación para venirme a Venezuela. Carolyn me llamó desde Inglaterra para despedirnos en terreno neutral. Decidimos que ella atravesaría el Canal de la Mancha y yo tomaría el tren hasta Le Havre, puerto en la costa Francesa. No podía ni quería negarme. Ella me enseñó muchas cosas en la vida que todavía le agradezco. Me enseñó a no ser celoso.

Una navidad ella fué a una fiesta en Inglaterra. Me recomendó no ir porque me iba a fastidiar, pero que la fuese a buscar a las 11 de la noche. Me quedé viendo TV con un hermano de ella y a las 11 me puse mi chaqueta, tomé mi carro y la fuí a buscar. Era una Farm muy lujosa y todo el mundo andaba en Frac o muy bien vestido, a pesar de estar en el campo. El otro hermano de Carolyn estaba en la fiesta y enseguida me trajo un trago, reclamándole a Carolyn porque no me había invitado a la fiesta. Después de varios tragos se me olvidó que andaba mal

vestido y otro Miguel, pero Michael, joven, alto y bonito fué a bailar con ella. Me quedé con una pareja y el hombre sacó a bailar a otra mujer que no era su esposa, la cual se quedó hablando conmigo. Al rato, como nadie bajaba, pues la sala de baile era una especie de discoteca en el segundo piso, invité a la dama a bailar y subimos. Bailábamos y mientras me ambientaba a la oscuridad ví a una parecida a Carolyn, que resultó ser Carolyn, bailando pegao y beso trancao con Michael. Se me hundió el piso y el mundo, pero al lado estaba el marido de mi pareja de baile en las mismas condiciones y su esposa que estaba bien buena y bailaba conmigo ni pendiente. Y había otras parejas que bailaban en iguales condiciones eróticas. Yo, para probar, atraje a mi pareja y nos comenzamos a jamonear. Nadie dijo nada, salvo yo, que agarré a mi pareja, me fuí donde Carolyn y se la arranqué a Michael, le entregué la mía y sin escándalo, pero firmemente, me llevé a mi mujer, arrechísimo. Mi reclamo fué inmenso. Nuestra pelea fenomenal. Mis celos me mataban.

Al otro día tratamos el asunto civilizadamente. Ella me dijo que me quería y no estaba haciendo nada malo. Le había contado a los hermanos, porque se extrañaban de mi conducta, y éstos, al saber que era por los celos (palabra desconocida entre ellos) se explayaron en sonoras carcajadas. Había visto previamente a los hermanos casados de Carolyn que al recibir a ciertas parejas visitantes, las mujeres de unos se sentaban en las piernas de otros, de lo más normal. Era el intercambio de pareja. Tampoco Carolyn me celaba de su hermana soltera, bonita y adolescente y a veces me decía: “si te gusta, dale”. Jamás me atreví. Ví a la mejor amiga de Carolyn, salir con otro con el permiso de su pareja. Bueno, estos ingleses sí son liberales y yo todavía con estos retrógrados celos.

Hablamos. Le conté cómo éramos en mi país. Cómo éramos de celosos. La diferencia entre la mujer Inglesa, superliberal y la de nuestro país. Me dijo algo definitivo: “Cuando estas mujeres alcancen nuestro estatus, ya nosotras estaremos en la luna”. Es cierto, pero nosotros nos podemos querer a la manera inglesa aquí en Inglaterra. Yo no tendría problemas en adaptarme. Pero yo me voy a mí país y no puedo llevarte como tú quieres y yo desearía porque allá los hombres todavía también estamos retrazados en mil años con respecto a los de Uds. Aquí es

normal ver mujeres solas en los bares y nadie las molesta. Allá les caemos encima a montones. Tú me harías quedar en desventaja respecto a mis congéneres que les gusta cogerse a las mujeres de los demás, pero se arrechan cuando se la cogen y hasta la matan. Solamente hay un bicho más retrazado todavía que nosotros que son los árabes. “Está bien, yo te comprendo, pero si tú dudas de mi amor por ti, te diré una cosa: yo, después de conocerte, jamás volveré a querer un inglés, porque aman más a su trabajo que a sus mujeres, todo lo contrario de Uds.”.

Por mi parte me prometí no celar a más ninguna otra mujer y así ha sido hasta ahora. Y si lo siento, lo disimulo o lo diluyo al recordarme de ésta clase de amor inglés.

Después de nuestra despedida, lo último que recuerdo de Carolyn es su falda tremolando al viento, corriendo, porque el barco la iba a dejar.

Creo que agarré fama de borrachito por todas partes y a veces eran tales las rascas que me daban pesadillas y soñaba que estaba borracho. ¿Soñador borracho o borracho soñador? Quizás las dos cosas. Así pasó el tiempo de borrachera en borrachera y de parranda en parranda. Algunos pensaron que yo estaba acabado, eliminado, pero sabía que no y en ese momento creo que tan sólo yo creía en mí mismo. Hasta la mujer con quien vivía decía que no volvería a estudiar. Sólo yo me comprendía y a nadie daba explicaciones. Además nadie me hubiese creído.

Comencé a trabajar en el Liceo como profesor suplente. Esto me dió más entradas para parrandear más y mejor. Terminaron las clases en el Liceo y ya tenía 9 meses sin clases y parrandeando. Un día le propuse a mi hermano mayor irme a México a continuar estudios, como habían hecho otros compañeros, que habían emigrado al exterior, ante la imposibilidad de estudiar en Venezuela. Él me daría tan sólo el pasaje. Dejé las parrandas y las borracheras y comencé a hacer los preparativos. A comenzar otra vida. Sabía que en México no podría vivir con tan poco dinero y estudiando. Pero de ahí pensaba emigrar a Cuba a vivir, quizás para siempre, en una sociedad nueva, diferente, donde el hombre sea más valorado. Donde el ser

humano esté por encima de las mezquindades. Donde los incentivos para crear y trabajar no sea el dinero, sino los incentivos morales. Estaba asqueado y cansado de mi sociedad. Tanta lucha y trabajo pasado para nada y lo único concreto que tenía hasta ahora era un futuro incierto, pues no sabía hacer nada. Llegaría a Cuba y no sería más estudiante, sería obrero o campesino, un trabajador normal, de la clase donde en verdad pertenezco y de la cuál nunca debí salir. Volvería a ser yo y dejaría de ser lo que en ese momento era: un ser atormentado. Fui a Caracas a preparar el viaje. Me iba con otro amigo que también estaba en las mismas condiciones. Mi hermano tenía que sacar el billete fiado y tardaría una semana. Aproveché esa semana para ver cómo funcionaba la Universidad del Zulia. Llegué a la ciudad sin conocerla y sin conocer a nadie. Fuí a la Universidad y me dijeron que nunca habían perdido un semestre y dentro de 15 días comenzaba el año escolar, me podía inscribir y continuar mi carrera con ellos. Bueno, pensé, lo que pasa es que los maracuchos no son revolucionarios. ¿Cómo es posible que nosotros hayamos perdido tanto tiempo y aquí ni un semestre? En ese momento lo que más me interesaba era graduarme. Me quedé.

A los tres días encontré un amigo que venía de la UCV. Estaba instalado en una residencia de la Universidad. Para allá me fui y solamente pagaba Bs.180 por comer y dormir, lo que en Caracas costaba el doble. Qué fácil es el interior y yo desperdicié tanto tiempo en Caracas. Tanta hambre que aguanté y en el interior se podía vivir mejor. Eso era un chiste cruel de la vida. A partir de ese momento más nunca aguanté hambre en mi vida. Comenzaron las clases y el nivel académico de ésta Universidad era más bajo que el de la Central, donde todo ya se estaba volviendo fácil, pues los difíciles son los dos primeros años. ¡Qué tontería! Perdí mi tiempo miserablemente: primero, irme los años más difíciles a la Central y luego venirme los años más fáciles a pasarlos a una Universidad “fácil”. Definitivamente: ¡qué chiste tan cruel! Demás está decir que nunca más me volvieron a raspar. El epílogo de todo esto es que en la UCV también comenzaron las clases y tampoco más nunca se volvieron a parar. “Yo, en mi trato con los demás, con los humanos y con la vida, no he salido vencedor nunca”. Argenis Rodríguez – Memorias.

Diciembre de 1.971 estaba ahí y las Navidades las pasé en Maracaibo. Si antes tenía que pagar pasaje Caracas – Puerto Ayacucho, ahora era el doble del valor: Maracaibo – Caracas – Puerto Ayacucho. Carecía de dinero. Ya no aguantaba hambre pero mi situación no era floreciente. El año nuevo lo pasé en Valera con los amigos. El semestre terminó en Febrero del 72 y no hubo problemas. Comenzamos enseguida el otro.

En marzo de ese año ocurrió algo que me puso a pensar por mucho tiempo. Debo decir que ya no era creyente en esa época ni profesaba religión alguna. Hacía bastante tiempo había dejado esos problemas filosóficos atrás. Una noche soñé que mi papá iba a morir y se despedía de mí de una manera dulce, tranquila y cariñosa. Me daba los últimos consejos, me decía dónde estaban las últimas cosas de la casa y qué debía hacer con ellas. A la mañana siguiente fuí a clase y en medio del curso recordé el sueño, pero enseguida lo olvidé. Me fuí a almorzar a la casa y luego a reposar un rato en la cama. En esa posición recordé de nuevo del sueño y se lo comenté al compañero de cuarto. Le dije que anoche había soñado que mi papá había muerto y de ser eso cierto, sería imposible ir al entierro, debido a lo lejos y costoso. Lo dije mitad en broma, mitad en serio. En la noche me puse a estudiar en la sala, como todas las noches lo hacíamos los que ahí habitábamos. Como a las 11 de la noche tocaron la puerta. Abrí y era un motorizado con dos telegramas urgentes para mí. Enseguida me recordé del sueño y comprendí que todo era una cruel realidad. Que mi padre había muerto. No quería abrir los telegramas, para no alarmar a los compañeros de pensión que estaban junto conmigo. Fuí a mi cuarto y los abrí. Eran de dos amigos que me participaban la muerte de papá en un accidente. La primera idea fué ir donde un conocido a buscar dinero para irme al día siguiente en la mañana, para tomar el avión. Recuerdo que mis medias estaban secándose en el patio y hacia allá me dirigí y los amigos me siguieron. Allí el compañero de cuarto me preguntó si mi papá había muerto. Le dije que el sueño era una cruel realidad. Me dirigí a la casa de un conocido, pero no tenía dinero disponible para prestarme. Volví a casa y la señora dueña muy gentilmente me ofreció el pasaje. Pasé en vela la noche escribiéndole la mala nueva al hermano menor que estaba en Brasil y tratando de poner en orden mis ideas. A la mañana siguiente tomé el avión vía Maracaibo – Caracas – Puerto Ayacucho. Llegué como a las 3 de la tarde y me estaban esperando en el

aeropuerto unos amigos. Lo primero que pregunté: ¿Cómo había muerto papá? Uno de ellos me dijo que se había suicidado. Esto me dejó en el mayor de los asombros y en un mar de confusiones. ¡Imposible! Yo había pensado en todas las posibilidades como su causa de muerte, pero jamás en el suicidio. Esto era inconcebible en un hombre como papá.

Sosa Pietri son apellidos bien conocidos en Venezuela. Todos son hijos de Julio Sosa Rodríguez, emparentado con Rafael Caldera, cuya mujer es Pietri. Hay un Jesuita famoso y otro que fue Presidente de PDVSA con el apellido Sosa Pietri. Cuando llegamos a Francia a estudiar con el Programas de Becas Gran Mariscal de Ayacucho entre la comitiva para recibirnos había un Sosa Pietri que estudiaba allá. Era un muchacho joven, bonito, con dinero e inteligente. Entre los estudiantes Franceses y extranjeros, era el primero. Algunas veces hablábamos intrascendencias y siempre lo veía con mujeres bellas. Era, a mi manera de ver, un triunfador con mucho éxito. Tuve como un año sin verlo. De golpe nos llegó la noticia a los venezolanos que se había suicidado. Se había encerrado en su apartamento en Paris y había abierto la llave del gas. Su compañera de entonces era una muchacha de Nueva Zelanda y había partido una semana antes a su país. Vino y lo encontró muerto. Acompañó a su amado cadáver hasta Caracas. Un militar, Coronel del Ejército, que era bruto pero su amigo sincero y estudiaba junto con él (era el último del curso) lloraba como un niño y decía: ¿Por qué no me muero yo que soy una mierda? ¿Por qué tiene que morirse la gente valiosa e inteligente? Para mí esto era algo inconcebible.

Puedo justificar el suicidio de Ernest Hemingway. Ya era un hombre acabado. No podía aceptar la vejez. “Un viejo es una cosa asquerosa” decía. A lo último vivía obsesionado por San Juan de la Cruz: “Ven muerte tan escondida / que no te sienta venir”. Cuando escribió FIESTA ya sabía su final: “La vida es una gran corrida, la mayor y única corrida de la existencia. El mundo entero es como un ruedo. Todo el mundo está en el redondel. La única manera de sobrevivir es luchando. Lucharé hasta el último día, y entonces lucharé contra mí mismo, con el objeto de aceptar la muerte como algo hermoso, con la misma belleza clásica de una corrida de toros”. Hemingway descartaba ser el buey de arado, que pasa trabajo, come y

vive mal. Tiene una vida quizás más larga, pero completamente oscura. Prefería por el contrario ser el toro de lidia, de vida corta pero fulgurante. Y que debe morir en una tarde. Y muere. Decía y hacía: “hacer lo que quiero, ir donde quiero, estar con quien quiero, eso es lo que quiero”. Bebía sin tasa ni medida, queriendo apagar una sed profunda, vital, desesperada.

Quería ver a Hemingway. Al menos cómo vivía en Cuba. Sabía vivir bien y beber mejor. Finca Vigía es una mansión digna de su genio, sus locuras y extravagancias. Eso sí es saber vivir y ¿quién no escribe bien con esas comodidades? Y para saber cómo y qué bebía me fuí a El Floridita y a La Bodeguita del Medio. Bebí lo que él bebía:

My mojito en El Floridita

My daiquiri en La Bodeguita.

Esta escrito y firmado por él en una estantería, al lado de las botellas y de las dedicatorias de Nicolás Guillén y Salvador Allende.

Lástima que no viva ni escriba como él, pero en el beber me le emparejo. Hasta puede que lo supere.

Puedo justificar el suicidio de Argenis Rodríguez. Al contrario de Hemingway, era un antihéroe, un perdedor y además le gustaba ese papel. Era un fatalista. Dijo que se iba a suicidar y cumplió su palabra. Su pensamiento favorito era el de Rimbaud: “Conseguí desvanecer de mi espíritu toda esperanza humana”. Copiaba a T.S. Elliot: “Todo horror puede definirse; toda pena conoce algún fin, en la vida no hay tiempo para consagrar a grandes pesares...” Meditaba sobre Shakespeare: “A fe que de mí no me preocupo. El hombre no puede morir más de una vez. Debemos a Dios una muerte; dejadla venir cuando quiera; pues aquel que muere éste año, ya tiene pagada la deuda para el que viene.” Argenis

Rodríguez era un ser superior, pero tenía miedo a que sus múltiples enemigos le dijeran con odio y satisfacción sádica en su desgracia: “Así te quería ver”. Eso lo evitó con la solución final. Desafiando a la muerte se rió de la vida y se burló de sus enemigos, aunque hizo llorar a sus amigos.



Cuba 1.990 - La Bodeguita del Medio  
y  
Finca Vigía.



Puedo justificar y comprender el suicidio de Ernest Hemingway y de Argenis Rodríguez, seres tan dispares y diametralmente opuestos. Pero no puedo justificar ni comprender el suicidio de mi padre ni de Sosa Pietri, seres igualmente dispares y contrapuestos.

Llegué al velorio y sólo me estaban esperando para enterrarlo. No lloré, pues tenía que ser fuerte, duro, a la manera como él nos había enseñado y criado. Al otro día fuimos a la PTJ a hablar con el Comisario del caso. Mi hermano Pedro trabajaba en ese cuerpo. Todo estaba descartado, menos el suicidio por ahorcamiento. Ninguno tenía la menor idea del porqué había sido. El Comisario nos dijo que cualquier causa pudo haber colmado su paciencia, porque todos los suicidas vienen madurando su final desde mucho tiempos atrás. La crisis estalla de golpe y se desencadenan los hechos. “Ahí están las cartas que Uds. le escribían” - nos dijo. Todas eran mías. Mi hermano Pedro agarró la última. Lee en silencio. Yo le dije que efectivamente, era mía y la había escrito en diciembre pasado. Mi papá acostumbraba escribirme (a través de otra persona) aconsejándome sobre cosas, a mi manera de ver, banales y fuera de lugar. Que si pórtate bien, pero de manera reiterativa. Yo le contesté la última arrecho. Que me escribiera de otras cosas. Que yo estaba grande y era ahora, después de viejo que me venía a regañar. Además, yo me portaba bien, y era verdad. Durante mucho tiempo he pensado que esa fué la gota que derramó el vaso. ¿Fuí yo el culpable de la muerte de mi padre? En todo caso fué sin querer, pues tenía casi un año sin verlo y poco sabía de su estado de ánimo. No me había dado cuenta, pero papá había cambiado mucho en los últimos años. No era el viejo duro, aparentemente sin sentimientos, el que nos abrió paso ante la vida a golpe limpio y por el contrario era un viejo muy sentimental. Nosotros éramos todo su orgullo, sus hijos que estaban estudiando e iban a ser “Doctores”. Su medio económico, dentro de su medida, también había cambiado. Se salió de obrero porque le daba pena serlo, al tener hijos “intelectuales”. Comenzó a trabajar por su cuenta y le iba bien. No tenía problemas económicos, dentro de sus necesidades vitales. Esto le daba tiempo a pensar más y a estar más sólo. Ese era

el meollo de la cuestión: el problema de papá era de soledad. Tenía 15 años viviendo sólo. Yo era el que estaba más cerca de él y lo visitaba solamente 2 veces al año, a veces ninguna. Por ejemplo, el último año no había ido. En nosotros no existía el concepto de unidad familiar. Él vivía sólo, al igual que cada uno de nosotros cuatro, sus hijos. Cada uno por su lado, pues en nosotros no se cumplió el adagio que en la unidad está la fuerza. Cada uno se abrió paso en la vida, sin contar con el apoyo del otro. Y cada uno triunfó a su manera. La lejanía trajo consigo la desunión de sentimientos. Yo quiero y estimo más a algunos amigos que a mis hermanos. Es duro reconocerlo, pero es así y es lógico, si ellos han estado más cerca de mí en todo momento. Hay la confianza, cosa que no existe entre nosotros que éramos cinco personas extrañas entre sí.

Estuve muchos años con sentimiento de culpa por la muerte de mi padre. Después de más de 30 años de este hecho y luego de haber visto la muerte de diversas maneras, ya no me siento culpable. Tampoco voy a prender velas al cementerio el día de los muertos. Ha pasado mucho tiempo y, en todo caso, es mejor que él me espere en el sueño eterno y sin retorno. También he aprendido porqué mi papá y Sosa Pietri se suicidaron: les acompañaba la soledad que, para mí, es mi mejor compañera.

Me ha llevado a pensar muchas cosas también el hecho de haber soñado con la muerte de mi padre precisamente cuando se moría. Fue tan preciso que llegué directo al lugar donde me había dicho que dejaría las prendas de oro que vendía. No recuerdo haber soñado con él nunca. Sería muy pequeña la posibilidad de una coincidencia de soñar con él precisamente que se está muriendo y precisamente se muere. Realmente creo que hay muchas cosas desconocidas y aun no descubiertas en la mente humana. A mí solamente no me ha pasado esto y he oído el testimonio de otras personas. También he leído el testimonio del poeta Alfredo Arvelo Larriva en su biografía durante dos casos con familiares en iguales condiciones.

Maracaibo continuó siendo la ciudad alegre y sobre todo el sitio donde nunca más volví a aguantar hambre. Mis estrecheces económicas continuaron, claro está. El tiempo de

graduarme (¡por fin!) de Ingeniero Civil se acercaba rápidamente. Dos meses antes de graduarme comencé a trabajar en una Empresa privada en Maracaibo.

Por fin llegó el día ansiado de mi graduación. No fué tan extraordinario como esperaba. Todo se volvió demasiado fácil. Ahora tenía dinero y lo dilapidaba a manos llenas, con título, joven y bonito. Parrandas y más parrandas era la consigna, sin mirar hacia el futuro. Me importaban tres cojones el pasado y el futuro. Estaba sano. Incansablemente sano. Sin penas ni remordimientos. Sin pasado, sin futuro. Tenía bastante con el presente. Día a día. ¡Hoy! ¡Le bel aujourd`hui! ¡Au vivre au jour le jour!

Mi tierra me llamó. Ya no tenía a nadie ahí, pero la tenía a ella. Me fuí a mi pueblo. Era el primer Ingeniero que ella paría. Y no podía faltar al juramento de la Asociación de Estudiantes de Amazonas: Amazonas para los Amazonenses.

Una vez más desafiaba a la vida. Desafiaba al mundo. En desventaja. Luchaba contra los grandes partidos tradicionales. Basamos nuestra campaña electoral, del Movimiento Amazonas Primero, en el trabajo con los indígenas. Hasta ahora nadie los había valorado ni tomado en cuenta. Eran carne de cañón en las elecciones. Recordaba a Anduze en “Bajo el Signo del Máguari”: “Quien logre dominar y basarse en las etnias indígenas, gobernará en el Amazonas”; “Algún día habrá quien reclame y quien acuse”. La campaña fué dura, inhumana, cruel, como toda lucha política. A mí no me atacaron en lo personal, a lo mejor porque no era un enemigo a tomar en cuenta, o porque no tenían argumentos. Nuestro pequeño partido político era un hervidero de románticos empedernidos todos, pero valiosos: Jesús Castillo, venido del Oriente del país, pero asentado en estas tierras; el Chamo Rufo, El Espectador de mi libro “El Camajayero y otros viajes imaginarios”, Carlos Coronel, el siempre jovial Quijote, Mario Loroño el eterno anacobero, Jaime Turon quien llegó a Alcalde y Francisco Cariban, lideres indígenas valiosos. Sabíamos que no ganaríamos, pero mi candidatura era para el futuro. Había decidido ser algún día Gobernador de Amazonas. Había empezado una nueva lucha, igual o más difícil que graduarme de Ingeniero. ¿Aguantaría?

¡¡¡¡CUMBREEEEE!!!! Es el grito guerrero que se oye por toda mi Patria.

¡¡¡¡CUMBREEEEE!!!! Y es el grito de conquista del Pico Humboldt de 4.992 mts. De vaina llegué. Como había conquistado el Pico Bolívar, me creía autosuficiente. No entrené previamente como es lo debido para cada novato como yo. El entrenamiento consistía en bajar y subir corriendo, los mil escalones que hay entre la estación Barinitas del Teleférico en la Plaza Las Heroínas y el barrio La Pueblita en el lecho del río Chama. Carlos Reyes y el Torito no entrenaban, pues eran veteranos y me esperaban en los bares de los alrededores tomando cerveza, hasta que nos botaron de todos por desordenados. Esta vez entrené con puras cervezas, por confiado. La desidia cobra sus dividendos y casi no llego. El Pico Humboldt es más difícil que el Pico Bolívar. Éste exige más escalada, pero el otro exige más esfuerzo, con una caminata de un día de aproximación en una forma dura y agotadora. Al otro día es que se sube y ya estaba cansado. En el glaciar Sieberts, Carlos Reyes tuvo prácticamente que cargarme. Creía que moriría, pero seguí adelante y llegué con mis últimas fuerzas. Por eso mi grito suena apagado.



Mérida 1.991 - Pico Humboldt.

Mérida 1.999 - Con Carlos Reyes y  
Orlando Toro (El Torito).





Mérida 1.991 - Pico Humboldt  
y  
El Glaciar Sieberts.





Mérida 1.991 - Pico Humboldt - Con Carlos Reyes  
y El Torito.



Había un puesto en Amazonas que yo quería. Estaba dispuesto a ser Director de Obras Públicas del Territorio. Y lo logré. No tenía experiencia administrativa, pero no importaba en ese momento. Venía recién salido de la Universidad. Era mi primer puesto

como profesional. En la Universidad se debaten las ideas y el enfrentamiento es dentro de ese orden. En la calle es totalmente diferente y son otros títulos los que valen. Son amargas lecciones que tuve que aprender. Para tratar de poner orden en mis sentimientos, me casé con una antigua novia a la cual quise mucho, pero ya no la quería, ni ella tampoco a mí. La verdad es que en ese momento me hubiese casado con cualquier mujer. Quería casarme para ser una persona normal, con un hogar, una esposa y unos hijos, como los demás mortales. Pensaba aquietarme y ver pasar la vida tranquila y sin complicaciones. Tenía una necesidad de cariño enorme, pues me sentía solo en el mundo y pensaba compartir mi vida con alguien. Puras ilusiones: al mes de casado me di cuenta que no servía para eso. Porque estaba seguro que algún día me divorciaría y no me volvería a casar jamás. Me di cuenta que mi mejor compañía era la soledad. El hecho de haber vivido tantos años solo, había calado en mí profundamente. Añoraba mi libertad perdida. Cuando nadie te quiere, quíete a ti mismo. Me fui una semana de “Luna de Miel” a Bogotá y cuando regresé ya habían aprovechado los enemigos para “serrucharne las patas”. El gobernador al cual servía era, a pesar de su edad y experiencia, era más ingenuo que otra cosa y daba lástima como los eternos aduladores lo manejaban. Toda la administración regional era un hervidero de chismes e intrigas en los cuales me veía envuelto. Aun así me negaba a reaccionar, porque ese no era mi estilo de llevar y traer chismes y de golpear de la manera más rastrera y artera al adversario. No me importaba lo que dijeran de mí. Continuaba parrandeando igual que siempre, a sabiendas que esto me perjudicaba enormemente. Derrochaba el dinero igual que siempre y no me interesó mi condición de casado. En vez de aquietarme, me alboroté más. Fue peor el remedio que la enfermedad.

Mis relaciones con el gobernador y su entorno devinieron tirantes y me botaron del trabajo a los 6 meses de haber conseguido el puesto. Fué mi culpa. No era un gerente. Eso no se aprende en la Universidad, sino al nivel de Post Grado. Al menos quienes nunca tuvimos experiencia de trabajo de responsabilidad.

Me fuí a trabajar al INOS en San Fernando de Apure y ahí a los 3 meses me volvieron a botar por la misma causa de las parrandas e irresponsabilidades. Probé suerte en la empresa

privada y también me fué mal. Mi situación económica comenzó a resentirse. Mis adversarios gratuitos empezaron el cerco económico. Si sobreviví en ese tiempo fue gracias a amigos que nunca faltan. No sabía qué hacer.

Hablo con mis amigos Félix Ramón Rivas y Carlos Coronel. Bueno, queridos amigos, ahora somos jefes. Me nombraron Director del Ministerio de Transporte y Comunicaciones en Amazonas. ¿Qué hacemos? Deliberaciones con libaciones y quedamos de acuerdo: vamos hacer una macro obra. Algo que represente y dignifique a nuestra ciudad que bien se lo merece. Al final barajamos dos opciones, ambas interesantes. Teníamos que escoger entre hacer una Avenida Perimetral de la ciudad o hacer un gran paseo, al estilo de Ciudad Bolívar, a la orilla del Orinoco. Bueno, tuvimos que escoger una y escogimos la Avenida Perimetral. Pedí que hicieran el Proyecto en Caracas, mientras yo conseguía los recursos y reparaba las máquinas para el movimiento de tierra, porque, contra todos los cánones establecidos, la haríamos por Administración Directa, sin contratistas de por medio, con los mismos obreros del MTC. Nos enviaron un Proyecto con una vía de dos trochas, ida y venida. “Un camino de bachacos” porque nuestra ciudad no se merecía más de ahí, según ellos. Sin pararle en nada y solamente respetando el trazado, iniciamos nuestra Avenida con 2 canales de circulación por lado más hombrillo e isla central. Una verdadera Avenida. Esta Avenida cambió el centro de gravedad de nuestra ciudad e “iluminó” a los otros gobernantes a hacer vías más decentes, pues las únicas vías que hasta ahora se podían ver eran las hechas en tiempo de Pérez Jiménez. La actual Av. El Ejercito también la hicimos nosotros. La otra obra el Boulevard Costero aún está por hacerse. He hecho la proposición ante los gobernantes pasados y actuales y todos están interesados, pero nadie hace nada. Verdaderamente, estamos huérfanos de gobernantes capacitados. Pero sé que algún día la harán y quizás yo no la vea. Pero la harán porque es una obra fundamental para la Ciudad que vive de espalda al río Orinoco, nuestro más hermoso ypreciado tesoro. Alguien, algún día, integrará la Ciudad al río.

El 20 de Noviembre de 1.975 apareció publicado en El Nacional mi nombre para realizar estudios en Francia por el plan de Becas Gran Mariscal de

Ayacucho. La petición la había introducido un año antes y ya me había olvidado de ella. En ese momento, cuando la introduje, no pensaba seriamente en irme. Se me habían olvidado los postulados de cuando era un idealista y estudiaba en la Universidad.



Pto. Ayacucho 1.985 - Construcción de la Av. Perimetral con maquinarias del M.T.C. - Arriba: Movimiento de Tierra frente al Caicet - Abajo: Trabajando frente al barrio el Paraiso.





1.985 - Construcción de la Av. Perimetral - Arriba:  
Movimiento de Tierra frente al Terminal de Pasajeros.  
Abajo: Frente al Barrio Francisco Zambrano.



Decía: “Supongamos que vaya a vivir 50 años. De esos solamente le pido uno a la vida para vivir a mi manera, sin trabajar, viajando por el mundo, fuera del país”. Siempre había querido recorrer el mundo. Ahora era mi tabla de salvación, cuando mi situación era desesperada y mi posición insostenible: mal económica y anímicamente y mi matrimonio

desecho. Era una nueva oportunidad para rehacer todo. Viajaría. Además, podía pensar bien lo que había hecho, lo que había dejado de hacer, dónde estaban las fallas y recomenzar otra vez con un horizonte nuevo. Mi buena suerte, que siempre me había acompañado en la vida, no me abandonaba una vez más.

Comencé a prepararme para el gran salto, el gran viaje, la retirada honrosa en la que siempre había soñado. Antes de partir me emborraché más y más para que aquellos que denigraban de mí se arrecharan más. Sabía que volvería otro hombre al regreso de la vieja Europa. Quería demostrarles a esos coños de madres de que yo valía mucho. Que siempre había sido y continuaba siendo un fuera de serie, inteligente. Mi defecto era que no era esclavo como ellos ni quería serlo.

Cuando esto se supo en el pueblo dejaron de echarme vainas. Intuían que vendría cambiado de la vieja Europa y que no iba para abajo como decían ellos, sino para arriba, el futuro mío lo veían inmenso al igual que yo y no era para menos: era el único de la región elegido por el Programa para realizar altos estudios en Universidades extranjeras. Todos me felicitaban, amigos y enemigos. Esperando, llegó diciembre del 75 y corrió la voz que ya no me iba, que me habían rechazado etc., etc., cuando en realidad me iba en Enero, el 22 de 1.976. Llegó el año nuevo y cuando los enemigos vieron que todavía no me había ido, comenzaron de nuevo a echarme vainas. Yo me sentía tranquilo y sonreído por dentro. ¡Por fin llegó el gran día!

¡Apártate Carajo! Había llegado a mi país, Venezuela. En el Aeropuerto Internacional de Maiquetía me había quedado un momento entre dubitativo y meditabundo en el umbral de la puerta de salida después de pasar la aduana del terminal y ver a mis familiares que me esperaban después de 3 años de ausencia en Europa. La frase soez me trae a la realidad y me obliga a traspasar la puerta para sumergirme en mi País y sus contradicciones, sus grandezas y pequeñeces, alto y bajo, blanco y negro, bueno y malo, todas individualidades pero que en conjunto conforman ese caleidoscopio que es mi País

subdesarrollado. Atrás quedaban mis dudas, después de haber convivido con Shakespeare y ver de cerca el to be or not to be y haber dudado de mi País. Fueron 6 meses de reflexiones profundas y la cuestión era: me quedo en Europa o me vengo a mi País. Venció ese espíritu quijotesco, mezcla de romántico y loco, de estar de parte del más débil. Mi decisión razonada fué: si mi País no me necesita no importa, de todos modos regreso a Venezuela y quizás no haga nada por mi País, pero que mi País haga conmigo lo que le dé la gana, que me tome como un conejillo de indias para sus experimentos en busca de un ser superior que lo engrandezca y le dé brillo, como lo hicieron nuestros Libertadores, para el engrandecimiento de la Patria. De ahí que la frase del venezolano apurado que me empuja hacia el abrazo de mis familiares no me hiere en lo más mínimo. Vengo preparado para todo porque conozco bien a mi País y he reflexionado mucho sobre él. Mi espíritu se había embriagado en las fuentes de la vida eterna que nace en el espíritu de Leonardo da Vinci, de los Césares de Roma, del espíritu de la Revolución Francesa, del espíritu de las Leyes de Montesquieu y Rousseau su arquitecto: fué un viaje a través del tiempo y del espacio para dialogar con los grandes de Europa a través de la Historia. Fué un reencuentro porque, como buen conocedor y curioso investigador del acontecer humano, había leído mucho y mi mente en ese tiempo adolescente viajaba a miles de kilómetros, hacia la añeja Europa y solamente le pedía un año a la vida para poder vivir como a mi me gusta: intensamente, sin ataduras, casi sin obligaciones, porque el estudiar no es para mí una obligación cuando hay comida y es por el contrario una diversión.

La vida fue demasiado pródiga conmigo. De indio pata en el suelo, llegué a graduarme de Ingeniero. Luego fuí seleccionado por el Programa de Becas para realizar estudios en Francia. De allá venía con la ilusión del primer amor o del reencuentro con lo mío, con mi tierra, con mi País. Tenía 3 años fuera de él, sin venir. Fueron 3 años de viajes de observación y conocimientos. Fué como dije antes, un viaje de reencuentro conmigo mismo, pues sabía bien que un pedazo de mí estaba en Europa, como corresponde a todo hombre de cultura universal. Después de ese reencuentro me sentía un hombre que no le tenía miedo a la vida y estaba dispuesto a enfrentarla con valor y decisión. Me arrojaba a ella con la frente en

alto y la sonrisa del triunfador, como en esos momentos me arrojaba a los brazos de mi hermano Pedro, de mis amigos Luis Rivas y Nelsy Cova.

Permanecí una semana en Caracas en periodo de “readaptación”. ¡Cuánto se cambia cuando uno esta fuera del país! Parece mentira, pero tenía años que no veía un pobre. Previamente había pasado un mes de “readaptación” en Paris, en compañía de venezolanos, pues tenía años sin ver ninguno.

A la semana de estar en Caracas me fuí a mi terruño, al Amazonas de mi querencia, a sus selvas, montañas y ríos. Fué un nuevo reencuentro esta vez con mi intimidad, lo que me pertenecía desde mi más tierna infancia. Había aprendido a valorar más a mi tierra, la veía como amazonense, pero con óptica extranjera. Sabía ahora que el mundo nuestro está en el futuro y hacia él miraba con la serena confianza que da haber visto otros países más desarrollados que el mío. Estaba dispuesto a quedarme en mi terruño y era una decisión que había tomado hacía un año atrás y era una extrapolación de mi pensamiento de mis años como Universitario. Me había dado cuenta que Amazonas estaba pobre de recursos humanos. Casi todos los “doctores” eran de afuera y algunos con títulos falsos. Podían ser catalogados como castigados, románticos o locos esquizofrénicos dignos de un psiquiatra la mayoría. Estos últimos eran aventureros extranjeros o venezolanos castigados con un pasado turbio o negro detrás. Escoria humana que la sociedad no hallaba donde más colocar y nos lo enviaban a los Amazonenses, esta especie de siete plagas. Pensaba en ese entonces que se debía imponer la presencia del profesional Amazonense, el que debía volver a su tierra con un título Universitario y desmitificar la creencia entre los coterráneos que los “doctores” siempre tenían que ser de afuera, porque los pocos Amazonenses que se habían graduado tampoco querían venir. Así lo decidimos varios estudiantes Universitarios del Amazonas que, entre los años 60 y 70 fundamos la Asociación de Estudiantes de Amazonas. Era la organización que nos cobijaba y bajo la cual se formaba nuestro pensamiento Universitario de aquel entonces y el cual traducíamos en acciones de vanguardia como era la discusión de las ideas sobre la problemática de nuestro Amazonas. Fundamos un periódico el cual consumía nuestro esfuerzo, pero nos sentíamos contentos de

poder expresar nuestras ideas. Desde esa época, hace más de 30 años, comienzan mis inquietudes como escritor, pues era uno de los columnistas del periódico. Ahora, haciendo una mirada retrospectiva, me doy cuenta que siempre he escrito y por lo tanto no soy un advenedizo en el quehacer de la pluma. De hecho decidimos que cuando nos graduáramos volveríamos a nuestro Amazonas. Nos graduamos, volvimos y nos quedamos, demostrando tener principios y ser fieles a nuestras ideas. Yo formaba parte de ese grupo de vanguardia de los primeros profesionales Universitarios Amazonenses que volvimos a Amazonas a servirle. Volvería a casa, una vez más, con los mismos principios intactos.

El avión nos lleva a Niza, ciudad Francesa de la Costa Azul, donde nació Garibaldi y que antes era italiana. Nos espera un comité de recepción y nos tratan a cuerpo de rey con una organización Franco Venezolana muy lejos de conocer en mi País. Toda esta maquinaria organizada la hace mover los dólares que mi País invierte en nosotros. Todo lo contrario de los pobres africanos y asiáticos, así como algunos latinos, que llegan aquí arrastrando su pobreza y sin ningún comité de recepción. Todos se nos facilita y somos alojados cómodamente.

Esa noche me echo una clásica y enorme pea y desde el primer momento me hago famoso en la delegación como borrachito. Muchos se rascaron, pero yo fuí el de la torta. El vino se llamaba Bonifacio y costaba 1 bolívar dos litros. Era de Córcega y me tomaría como 6 litros. Fué una pea no cagona, pero sí meona y me tuvieron que acostar.

Me desperté como a las 2 de la tarde del otro día. Los otros se habían marchado y me habían dejado durmiendo la mona. Tanta preparación para venir a estrenar a Francia y a los franceses con tremenda pea. Bueno, es mejor no rascarme más por un tiempo y vivir de acuerdo a como vive la gente civilizada, egoísta y cínica.

Rememoro mis primeros años. No trato de ser perfecto. Tengo defectos y también grandeza de espíritu. Total me siento reconfortado y en mis cabales. Aunque no todo el mundo piense igual. Pero en realidad tampoco me importa mucho lo que piensen los demás de mí.

Recuerdo, no sé dónde lo leí, que todo hombre es libre en la medida que lo quiera ser. Y mientras más libre sea, el resto de la gente no le perdona esa libertad. Lo ve como un atentado porque el hombre le tiene miedo a la libertad. ¿Libertad para que? Bueno, libertad para trabajar cuando y donde quiera. Para ir al trabajo si quiere, y si no, irse de pesca, si es su deseo. Libertad para emborracharse si quiere o de paseo al campo. En fin, hacer las cosas de acuerdo a su libre albedrío. Yo siempre he vivido de acuerdo a esas normas. Algunos me llaman bohemio, otros loco. Prefiero ser todo eso y mucho más y no un esclavo. ¡Abajo la esclavitud, los esclavistas y los esclavos! No pienso llegar a viejo llevando por orgullo haber sido un buen esclavo. O un buen esclavista. Vivo de acuerdo a mi forma de ser y esto no tengo que quitárselo prestado a nadie.

Viajamos en autobús por la campiña Francesa. Está nevando. ¡Que maravilla! Es la primera vez que veo y toco la nieve. Me siento bien, admiro el paisaje. Los guasones compañeros están todos bebiendo y me maman gallo porque ahora no quiero beber.

Al Rapais Julio Castillo le gustan las aventuras fuertes y a mí también. Junto con él, Diógenes Castillo (su hijo), el fotógrafo Silvio y yo decidimos bajar una lancha de madera de 20 tns. desde el puerto de Samariapo hasta el puerto de Ayacucho, pasando por los raudales de Atures y Maipures. Antes, él había guiado el Over Craf inglés, máquina de tecnología avanzada. Nosotros queríamos demostrar que con nuestros bongos, voladoras, curiaras y barcos también podíamos atravesar esos raudales. Debíamos desmitificar y amansar estos raudales. ¡Cruzamos!. Una semana antes había sido la tragedia del Grupo Madera en estos mismos parajes.

¡Violamos al Orinoco Rapais!

Carlos Reyes es otro aventurero fuera de serie. Además es mi amigo de farras en Mérida. Juntos hemos escalado el Pico Bolívar y el Pico Humboldt. “Vamos a atravesar de Mérida a Barinas a pie y en mulas vía Teleférico – Los Nevados – El

Quinó – Socopó” – me invitó. “¡Vamos!” – le respondí. Fueron cinco días a pie y en mulas, por caminos y trochas ya desaparecidas, atravesando el Parque Nacional Sierra Nevada.



Pto. Ayacucho 1.980 -  
Llegada al Puerto del Muelle  
de la Travesía desde  
Samariapo por el Río  
Orinoco a través de los  
Raudales de Atures y  
Maipures.

Entre otros: Alan Azavache,  
Luis Flores, Miguel Ramos,  
Delsy (Muñeca) Henriquez,  
Julio Castillo y  
Miguel Guape.



El Barco "Reina de Atures y  
de Maipures" a través de los  
raudales, frente al Balneario  
de Culebra.

Los Argonautas:

Diogenes Castillos,  
Julio Castillo y  
Miguel Guape.





Mérida 1.990 - Travesía de Mérida a Barinas -  
Ing. Gerardo Pineda Superintendente del Parque  
Nacional Sierra Nevada, Geog. Angel Rincón,  
Biol. Marielena Cuesta, Carlos Reyes y Yo.

Al Fondo:  
Los  
Nevados.



Los Nevados - Al Fondo: Ruta hacia Barinas.

Era una antigua ruta de la colonia española. ¡Llegamos! Al principio, cuando uno comienza una aventura, siente una dualidad de sentimientos que se traduce en emoción – preocupación. Pero al terminar la aventura es pura emoción. Es como un orgasmo ritual que nos marca.

De noche llegamos a Dijon, ciudad de arquitectura de contrastes. Vieja y moderna a la vez. Muchos compañeros se desaniman, sobre todo las mujeres y algunas lloran. Yo, todo tranquilidad. Mi optimismo no merma y todo lo contrario, reboso de alegría. Vine preparado para esto. Sabía a grandes rasgos lo que iba a pasar y además ¿ésta no ha sido mi forma de vida? De aquí para allá y así sucesivamente. Qué es una mancha más para un tigre, como dicen en mi tierra. El vivir solo es un arte que yo domino a la perfección. Toda mi vida he vivido sólo y a veces eso tiene sus ventajas, como ahora que me siento bien en un país extraño, que no lo es para mí. En conclusión: no me hace falta nada.

En estos tiempos fuí por primera vez a Paris ¡Qué grata impresión inolvidable e imperecedera! A un mes de estadía en este país, me encuentro con un ánimo y unas perspectivas del carajo. Me siento como si toda la vida hubiese sido estudiante y solamente hice un intervalo de 2 años. Henry Miller en su Trópico de Cáncer dice sobre Paris: “A lo largo de los Campos Elíseos las ideas manan de mí como el sudor. Tendría que ser lo bastante rico como para tener una secretaria a la que poder dictar mientras camino, pues las mejores ideas se me ocurren cuando estoy lejos de la máquina. Luego trato y no puedo reconstruirlas”. “¡Ah! Ya llega la primavera. Y Dios sabe qué, cuando la primavera se acerca a Paris, el más humilde de los mortales ha de sentir que vive en el paraíso”. Sí, Paris Era una Fiesta, yo vivía en el paraíso y era feliz, las ideas manaban en mí como el sudor y en ese momento decidí y empecé a escribir éstas mis memorias.

Creo que estos tiempos en Europa fueron los más importantes de mi existencia. Volver a estudiar, aprender otro idioma, todos profesionales en un mismo salón, fue una gran experiencia. Los otros venezolanos eran todos muy buenas personas y rápidamente se formaron los grupos. En seguida agarré el bando de los borrachos y siempre eran buenos los ratos para parrandear en la ciudad francesa de Dijon. Son amistades que duraron toda la vida. Me había preparado muy bien para este viaje, decidido a ser otro, cambiar mi personalidad retraída por una más abierta y amplia. Me volví o traté de ser extrovertido, sin penas. Fué un aprendizaje o

sea hacía el teatro. Aprender a actuar ante la vida. Al sentirme lejos de la sociedad donde vivía y donde nadie me conocía aprendí a ser yo mismo, sin inhibiciones ni convencionalismos sociales. Siempre había soñado con vivir así, a mi manera, en tierras lejanas y sentirme extraño entre extraños. Al huir la timidez, comencé a tener mejor suerte con las mujeres, sin llegar a igualar la velocidad de muchos de mis amigos de viaje, que en la primera noche, 4 de ellos se acostaron con mi profesora Elizabeth. Fue a los 2 meses de llegar a Francia que conocí a la primera francesa. Eso también lo había soñado: vivir amores extranjeros y lejanos, amar y ser amado en tierra extraña.

La comunidad Ye`kuana más bonita que existe en el río Cunucunuma es Belén de Culebra. Hay que remontar raudales impresionantes para llegarle. Ahí viven los Ye`kuanas felices en su paraíso encontrado. Para ser sincero, los Ye`kuana que viven ahí son hasta rubios y de ojos rayados. El pariente es uno, con cara y todo. Me gusta de los Ye`kuana su sinceridad en la relación entre parejas. Son más liberales sexualmente que nosotros los criollos. Es así como mi amigo Narciso Ortiz quiso cambiarme a Mari Carmen por sus tres mujeres. Lo arrecho es que ella estaba de acuerdo, pues Narciso es un tipo más alto, joven y bonito que yo. No acepté, porque a mi edad eran demasiadas mujeres para mí solo. Declaramos empate por esta vez.

También me compré un carro y para estrenarlo me fuí de viaje a Suiza. ¡Qué agradable experiencia ver los Alpes Suizos que siempre había soñado! En una palabra: me sentía completamente feliz y experimentaba una paz espiritual jamás hasta ahora sentida. Vivía cada día de mi existencia como si fuera el último. Pero aún en el Paraíso hay tempestades y la crisis estalló en un momento de búsqueda insistente de mí mismo. El 16 de Septiembre de 1.977 escribí lo que aquí transcribo textualmente, sin cambiar nada, por su valor testimonial y personal. Estaba sólo en mi apartamento en Francia: “Lo más difícil que hay en esta vida es resignarse a ser uno mismo, cuando se ha querido ser otro o se quiere, o se intenta ser otro. Cuánta falsedad hay cuando uno dice: yo soy quien soy y al que no le guste que se aguante. El hombre en su eterna búsqueda nunca llegará a ser nadie y a lo mejor llegará a ser

todo. Hay demonios y fantasmas que nunca nos dejan libres y tranquilos. El primero que no está de acuerdo con esta observación de autosuficiencia antes dicha, es uno mismo. Algo por dentro nos dice: yo no estoy contento contigo. Tú eres imperfecto, mezquino, pedante, envidioso, celoso y además bruto. ¿Qué es lo que queremos al fin y al cabo? Creo que nadie lo sabe. Pero todos vamos en busca de algo. Feliz del que está contento consigo mismo. Alguien dijo que solamente lo estaban los locos y los cretinos y yo lo creo. Voy a hablar de mi caso. Desde la miseria más extrema hasta donde ahora estoy he recorrido un largo trecho. No soy ni el primero ni el último en este caso. Hace tres meses acabo de abandonar a mi esposa y a mi hijo. A mi hijo es uno de los seres, quizás el único, que he querido verdaderamente. Mis pecados han sido de querencia. He odiado porque quiero. He querido y he odiado. A mi esposa quizás la quise, aún no lo sé. Pero lo importante, en esta eterna búsqueda es que quería estar solo, aislado si se quiere, quería pensar y mi esposa y mi hijo eran un obstáculo. Sé que solo, como siempre he estado, me buscaría mejor a mí mismo. Sabía que esto que me está pasando me pasaría y ya estaba resignado desde mucho antes. Hablo conmigo mismo y yo mismo me doy las respuestas. ¿Loco? Quizás, pero la clasificación no me importa: estoy resignado. Haciendo recuerdos y comparaciones he llegado a una conclusión: Miguel tu tienes alma de obrero, mezclada con campesino. Tú tratas de ser un pequeño burgués y a lo mejor lo eres disfrazado, pero no auténtico. ¿Cuál es el problema? Que en el fondo cuando tratas de decir y dices con mucho orgullo: “yo fuí pobre, campesino, hijo de obreros” las peores clases o las más desposeídas, lo que tratas de decir es: Ahora mírenme, ¿Qué les parece? Tratas de sacar al hombre vanidoso que todos llevamos por dentro. Eres en realidad un pequeño burgués disfrazado, pero tu alma tiene los vicios de los campesinos y obreros. Un amigo me dijo que de los indios. Creo que también, los vicios de los indios, inculcado por el hombre blanco. ¿Por qué no me quedaron las cualidades sino los vicios, que al fin y al cabo, los obreros, los campesinos y los indios tienen cualidades tan bellas? Precisamente ahí está la respuesta. La transculturización, la comodidad pequeño burguesa. Los indios, campesinos y obreros apenas tienen tiempo para sobrevivir y deben luchar en condiciones precarias por su supervivencia. No tienen tiempo para pensar. Cuando estudiante yo no era un pequeño burgués al contrario de mis otros compañeros de estudio. Luché por estudiar en condiciones muy precarias. Llegué a

aguantar cuatro días de hambre seguidos y estudiando para los exámenes finales. Pero nada me importaba, sino seguir adelante y triunfé donde muchos fracasaron. Esa vez era un obrero, un campesino, un indio. Igual que la meta de ellos es sobrevivir, la mía era graduarme y me gradué. Pero ahí vino el divorcio con mi clase, con mi gente. Ya nuestras metas y vidas se separaron. La de ellos seguía siendo la supervivencia primaria, elemental. La mía no lo sabía y ahorita, cuatro años después de graduado no la sé. La busco y ojalá supiera que no existe, al menos no buscaría más, pero sigo buscando. La supervivencia para mí no es más que un viejo y desagradable recuerdo. Pero no sé cuál es mi meta. Un círculo vicioso. Soy un mal obrero, campesino e indio porque solamente conservo sus vicios: me emborracho y soy una mierda, alma de obrero que bebe para olvidar sus penas y tiene razón. Yo no bebo para olvidar las mismas penas que los obreros, quizás bebo por beber solamente, pero el resultado es el mismo. Improvisación en la vida: alma de campesino, ignorante y retrógrado. Tímido y confiado: alma de indio, la clase social más explotada. La otra mitad es pequeño burguesa, con sus cualidades si las tiene. Las he adquirido, porque antes no las conocía: afición por los buenos placeres de la vida, las buenas comidas y bebidas; en fin el buen vivir. Pero dentro de esta clase social, a la cual soy un arribista, no tengo ninguna meta, y en consecuencia, ningún porvenir. No me llama la atención, aunque los conozco suficientemente, por tener una cultura aceptable, ni la cultura con sus manifestaciones (pintura, arte, escultura, etc.), ni la política, ni tampoco ser el pequeño burgués típico con buena casa, carro, plata, etc. En cuanto a lo último no tengo grandes ambiciones, pues no pienso morir con úlceras y amargado. Un apartamento alquilado y un carro siempre los tendré y plata, para en mi medida joder el parque. ¿Pero qué más? No sé y eso me duele. En cuanto al trabajo que me gustaría desempeñar, no sé cuál me gustaría más y me doy cuenta que me da lo mismo ser Ingeniero, Economista o Profesor Universitario. Me da absolutamente lo mismo. Definitivamente soy un mal burgués. Debo inventar una clase social para mí, con sus defectos y grandezas, sus metas bien definidas y sus valores. Pero ya sé el destino de los que se salen de los patrones establecidos: soñadores o locos”.

Transcribo textualmente, lo escrito el viernes 10 de noviembre de 1.978 en Puerto Ayacucho: “Hoy tengo 2 meses y ocho días que llegué al país. Fué una gran experiencia pasar

3 años seguidos en el exterior: dos en Francia y uno en Inglaterra. La verdad es que no sabía que había cambiado tanto en tres años. No quería regresar al país hasta mi estadía total allá en la vieja y romántica Europa. Regreso con un DEA (Diplome des Etudes Approfondies) en Economía y ahora hablo dos idiomas más, el francés y el inglés a medias, además de la experiencia emocionante de haber vivido en los países “civilizados”. Como experiencia personal muy buena, sin más. Creo que estos tres años que pasé fuera del país han sido muy impactantes en mi vida. He cambiado, ahora valoro cosas que para mí eran antes insignificantes. Me gusta ahora más y me siento apegado a la vida del campo. Voy a vivir en mi propia ciudad y terruño, porque no me gusta las grandes ciudades. Además hay muchas cosas por hacer aquí. Tengo que fundar una infraestructura económica, pues no tengo nada, ni casa, ni familia en el sentido que nosotros conocemos. Solamente me siento con un gran ánimo de hacer todo y recomenzar una vez más mi vida. ¿Por cuánto tiempo? También me siento más realizado, mi espíritu se ha alimentado y esto me da coraje, para enfrentarme una vez más a la vida como un hombre nuevo. Ya maté ese demonio del viaje y las ansias de conocer nuevos mundos. También la gente de mi pueblo es muy noble y siempre esta dispuesta a perdonar todo mi pasado de parrandas e irresponsabilidades y ahora valora en mí el nuevo ser que soy, dedicado por entero a mi región porque la quiero mucho. He fijado dos objetivos: primero económico. No aspiro a ser millonario, pero en esta sociedad hay que tener el dinero necesario para cumplir ciertos objetivos políticos. Esta etapa será de 5 años. Segundo, políticos. Quiero ser gobernador del Territorio Federal Amazonas, mi región y esta meta espero cumplirla entre 5 y 10 años después. Quiero serlo porque es solamente a través del poder que se logran los cambios sociales y pienso que yo puedo influenciar en el destino de Amazonas. Mi tesis se fundamenta en una sola: Amazonas para los amazonenses. Nunca hasta ahora hemos tenido un gobernador amazonense. Todos son enviados de afuera y generalmente no conocen al Amazonas, es mas, denigran de nosotros y vienen con aires de perdonavidas, como si estuvieran haciendo un gran sacrificio al venir a gobernarnos. Casi todos se van ricos de aquí pues son corruptos y ladrones del tesoro público. La situación está cambiando. En la actualidad hay una serie de jóvenes de mi generación que hemos encarado el problema con seriedad y hemos sacado como conclusión que nosotros, los amazonenses debemos tomar el poder a nivel regional. No hay mejor gente en el

poder que nosotros que conocemos a nuestra región, sus gentes, sus costumbres y su geografía. Hemos hablado mucho al respecto y hemos estado de acuerdo en que debemos enfrentar la situación y remediarla. En eso estamos y ya he sacado varios escrito al respecto en la prensa local. Espero que nuestros esfuerzos fructifiquen. También en el orden sentimental me siento muy tranquilo. Vivo separado de mi esposa y visito todos los días a mi hijo. Tengo muchos amigos y mucha suerte con las mujeres. Parece que el viaje a Europa me hizo demasiado bien. Ahora no soy tímido o al menos no se me nota. Creo que era un problema de comunicación que ahora he resuelto. Tampoco tengo por ahora compromisos sentimentales con nadie. Eso me gusta, pues tengo muchas cosas que hacer en el orden primario de la subsistencia a lo cual estoy en este momento abocado. Siento una gran confianza en el futuro. Creo que siempre he tenido exceso de confianza en mí mismo y aún en las peores crisis que he pasado mi confianza ha quedado aletargada por momentos pero jamás abandonada”.

Este siempre eterno deambular me llevó de la mano por todos los rincones de mi Patria. La conocí, la palpé, la sentí en toda su extensión y profundidad. No hay rincón que no conozca ni sentimiento de mi pueblo que se me escape. Creo difícil encontrar a otra persona en Venezuela que la conozca más que yo. En mis correrías estuve en todas sus fronteras Norte, Sur, Este y Oeste. Me sumergí en sus lagos, mares y ríos y los navegué. Atravesé sus sierras y montañas. Estuve en Elorza un 19 de Marzo, al lado del Arauca vibrador. Pasé por El Amparo y Guasualito rumbo a San Fernando. Venía de Maracaibo, pasé por Santa Bárbara y me fuí a San Cristóbal. Pero de golpe oí el aire de una Fulía y al Oriente me fuí. Primero a Margarita. Luego a Sucre con las playas más bonitas de mí Patria. Hasta Macuro fuí a dar por agua, porque todavía no había carretera. Ahí pasé un 31 de diciembre. Bolívar es mi vecino y como a buen vecino hay que visitarlo. Alrededor de 5 veces fuí a la Gran Sabana, una vez me aparecí ahí por Brasil. Aproveché por su cercanía para conocer a Tucupita. A la Vela de Coro fuí en dos ocasiones y la recorrí totalmente. El Estado Zulia, bueno, ahí me gradué y estuve 2 años. Lo exploré hasta Colombia. Me estacioné un año en Mérida y el trabajo consistía en pasear. Atravesé de Mérida a Barinas a pie y en mulas en 5 días. En Lara tuve una estación obligada de un año y aproveché, cojo y todo, para conocer lo poco que no conocía.

¿Y mi Estado Amazonas? Los Ayacucheros tienen un problema. Del interior de Amazonas de vaina si conocen al Tobogán de la Selva. Por eso dije al principio que dudaba que hubiera alguien en Venezuela que la conociera más que yo, porque generalmente, los que se dedican a excursionar no conocen al Amazonas al menos como yo: el Sipapo, el Autana y el Guayapo; por el Atabapo, el Guainía y el Río Negro hasta el Brasil; por el Orinoco hasta Peñascal; por el Ventuari hasta Cacurí ya en frontera con Bolívar; por el Cunucunuma hasta Huachamacare; por el Padamo hasta Buena Vista, donde está el tesoro de los Ye`kuanas. Llegué hasta el campamento de Parima B, en frontera con Brasil. Por el Casiquiare pasé no menos de 10 veces. Me faltó conocer el Siapa y el Pasimoni. Me hubiera gustado ir por el Cuntinamo hasta Kamasowochi y Kikiricha, donde según la tradición, Wanadi creó al hombre Ye`kuana, porque yo también soy Ye`kuana. ¡AKENEMANÁ! Hay hombres que conocieron al Amazonas más que yo, como Pablo Anduze y González Niño. Son palabras mayores. En la actualidad por el trabajo que desempeñan, la gente de Malariología, como Rafael Fuentes, o los guías turísticos como Lucho Navarro y mi compadre Javier Vielma, andino que trabajaba conmigo en Tour de Montaña en Mérida. Se vino conmigo y se estacionó aquí para siempre.

En todas estas correrías por Amazonas y las comunidades indígenas me acompañó un Ángel Guardián llamada Mari Carmen Pulido, española por demás e indocumentada. También me acompañó en una parte del recorrido de mi vida.

Cuando muera y recorra los pasos perdidos, tardará algún tiempo mi ánimo en vagar por estos sitios, teniendo en cuenta que también deberá tomar vuelos internacionales para despedirme de los países que visité. De Venezuela me faltó Canaima y los Roques. Del mundo, el resto, que es bastante.

Hicimos una campaña muy bonita para estas primeras elecciones a gobernadores del año 93. Le dimos realce al indígena y nos respondieron. Sacamos más de 1.000 votos en una población de 13.000 votantes. Fuera de los que nos robaron. Era un

buen comienzo. Ganó Sayago y Bernabé segundo. Los amazonenses, estaba comprobado ahora, preferían a los de afuera que a sus coterráneos para que los gobernara. Todavía no estaban maduros, pero continuaríamos adelante.

Después de la derrota nos dispersamos. Continué con mi propósito, pero limpio y sin dinero y además en la oposición. Me dediqué por más de dos años a hacer vida comunitaria con los indígenas. Conviví con ellos en Sipapo, Autana y en el Ato Orinoco. Fué unas de las experiencias más importantes de mi vida. Aprendí a sentir lo que sienten nuestras etnias indígenas.

Comprendí su amargura y resquemor hacia todo lo que es criollo. Su desconfianza ancestral hacía los blancos. Ví su doble cara en el trato con el criollo, pues a todo le dicen sí, pero es condicional. Tienen razón ante tanto engaño y desprecio. También me dediqué a recorrer la geografía amazonense. Palpé que todavía mi pueblo no estaba preparado para ser redimido y yo me cansé de ser redentor. Me decepcioné. Trabajar directamente con la base no sirve. Lo que vale es la componenda entre los grupos políticos. Lo que rendía era el acuerdo entre partes a veces contrapuestas y traicionando la base. La zancadilla, la trampa era el arma preferida. Me asquee. Mi nausea era profunda. Me faltaron bolas y estomago. Decidí abandonar. Yo no sirvo para ésto. También mi espíritu de lucha había mermado y no sentía el impulso vital de otros tiempos como cuando estudiaba Ingeniería, porque esta lucha por la gobernación era igual o peor que la anterior. Igual de sucio y triste era el camino.

No logro arrepentirme de nada de lo que hice o dejé de hacer porque no hay ambición en la vida que logre perturbarme el sueño. Hay cosas que dejé de hacer para siempre y entre ellas están la búsqueda del poder y la riqueza. La misión mía en esta vida fué cumplida: muchos vivieron a través de mí, cuando no pudieron viajar, yo viajé por ellos y les conté cómo era el mundo.



Alto Orioco 1.994 - Belén de Culebra -  
Maricarmen y Lucas Camico.

La Esmeralda - Maricarmen.



¿Fuí? ¿Un mercenario de la vida? ¿Un Sancho Panza que no encontró un Quijote?  
¿Un Quijote que no encontró un Sancho Panza? ¿Un actor sin rol? ¿Un Rey sin corona? ¿O un

hombre impaciente que nunca esperó cosechar lo que él mismo había sembrado? ¿No tuve la suerte de morir joven? ¿Fuí un sentimental? Todas las personas sentimentales son traicionadas muchas veces. ¿Fuí un pirata? Según Joan Manuel Serrat “No hay historias de piratas que tenga un final feliz”. Pero Jesucristo, Simón Bolívar y Gandhi no fueron piratas. Y no tuvieron un final feliz. Mais... “Ce n`est pas important, mon amour, de toutes façons je suis déjà partí”. (François Mitterand)

Vivo en mi región, donde pocas veces he trabajado. Creo qué, al igual que mi hermano Víctor, quien también vive aquí, nos preparamos demasiado, nos pasamos de estudios. Como el boxeador que se pasa de entrenamiento. Por eso en nuestra región no se utilizan nuestros servicios. Pero tampoco hay amargura por esto. Por el contrario hay calma y serenidad de espíritu. Por que “No es propio a caballero andante, quejarse de herida alguna”. (El Quijote).

Tampoco estoy reconcomido con mi pueblo. Todo lo contrario. Sé que vendrán otros tiempos y otros líderes que lo comprenderán mejor que yo y salidos de su propio seno, de las comunidades indígenas y llevaran a mis parientes, sus parientes, al sitio de honor y dignidad que les corresponde. Entonces asumirán verdaderamente, efectivamente, su propio destino y ahí, en ese momento, sí es verdad que comenzará la verdadera revolución en Amazonas. A veces me encuentro con los parientes que lucharon junto conmigo en las comunidades y me dicen desesperanzados porque no ven salida a su abandono ancestral: “Miguel, vamos a luchar de nuevo. Vamos a lanzarte otra vez”. Esto me parte el alma porque leo en sus ojos y su alma la esperanza que ya no represento. Esto me hace recordar cuando Don Quijote yace en su lecho de muerte, ha recobrado el juicio y sus apenados amigos intentan reanimarle para que se restablezca, hablándole del desencantamiento de Dulcinea y de sus futuros planes como pastor enfermo de amor. Él rechaza firmemente todas aquellas fantasías y prefiere permanecer en la realidad y cuerdo: “que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma”. Es el momento más conmovedor de todo el libro e igualmente me conmueve tales ofrecimientos, cuando ya no tengo ánimos para salir a cabalgar en busca de los molinos de viento.

Fui tan sólo una estrella fugaz en el cielo negro, inmenso e infinito. Que mi amor por Amazonas quede presente e inscrito en cada piedra del río, en los raudales del Sipapo y del Orinoco y en el canto del piapoco. En el dolor y sufrimiento de una raza.

Mientras, lucharé el resto de vida que me queda brazo a brazo, hasta caer en el mortal regazo, con el alma en paz y la frente erguida.